

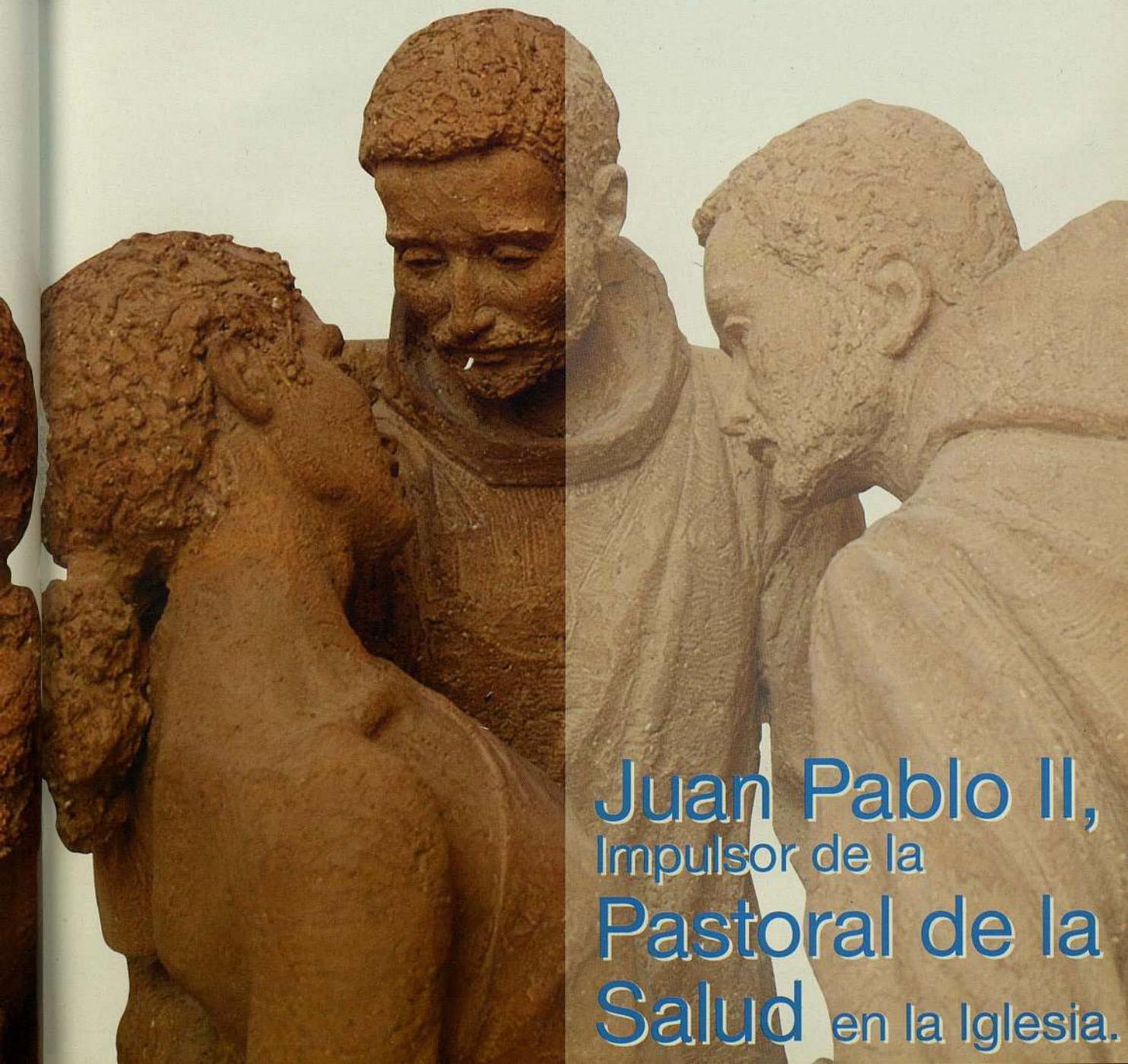
LA BOR HOS PITA LARIA

2 - 2005

Abril / Mayo / Junio

nº 276

Humanización, pastoral
y ética de la salud



Juan Pablo II,
Impulsor de la
Pastoral de la
Salud en la Iglesia.

LA
BOR
HOS
PITA
LARIA

Humanización, pastoral
y ética de la salud

Hermanos de San Juan de Dios Barcelona - Provincia de San Rafael

Año 57. Tercera época. Abril - Mayo - Junio 2005
Número 276. Volumen XXXVI

Consejo de Redacción

Director - Miguel Martín
Administración - Joan Lluís Alabern
Coordinación y Redacción - Maite Hereu

Consejo Asesor

Francisco Abel, M^a. Carmen Alarcón, Miguel A. Asenjo,
Manuel Cebeiro, Esperanza Cachón, Ángel Calvo,
Jesús Conde, Rudesindo Delgado, Joaquín Erra,
Francisco de Llanos, Pilar Malla, Javier Obis, José A. Pagola

Dirección y Redacción

Curia Provincial
Hermanos de San Juan de Dios
Doctor Antoni Pujadas, 40
Teléfono 93 630 30 90
08830 Sant Boi de Llobregat -Barcelona-
curia@ohsjd.es

Fotografía de la portada

Santiago Domingo i Franquesa

Información y suscripciones
revistas@ohsjd.es

www.sanjuandedios.net

Publicación autorizada por el Ministerio de Sanidad como Soporte
Válido. Ref. SVR nº. 401

ISSN 0211-8268 - Dep. Legal: B, 2998-61
COLOR DIGITAL - BCN

0

Gracias Juan Pablo II.

Pág. 5

1

Juan Pablo II: Breve reseña biográfica.

Pág. 7

2

La pastoral de la salud en el pontificado
de Juan Pablo II: Breve aproximación
y valoración teológica.

> Joan Torra Bitlloch

Pág. 11

3

Juan Pablo II, mensajes de vida no
escritos.

> Francisco Álvarez Rodríguez

Pág. 21

4

Comunicaciones.

Pág. 33

4.1 - En unión con el Papa Juan Pablo II.

> José L. Redrado Pág. 35

4.2 - Juan Pablo II y la cultura de la vida.

> Rafael Palmero Pág. 39

4.3 - Aportaciones de Juan Pablo II
a nuestra vocación hospitalaria.

> Pascual Piles Ferrando Pág. 45

4.4 - Juan Pablo II y la bioética.

> Francesc Abel Pág. 51

4.5 - El Papa y los Profesionales de la Salud.
Desafíos después de Juan Pablo II.

> José M^a Rubio Rubio Pág. 61

4.6 - Juan Pablo II, y la Pastoral de la Salud.

> Rudesindo Delgado Pérez Pág. 69

5

Biografía del nuevo Papa Benedicto XVI.

Pág. 81

Fe de erratas.

Pág. 86

Boletín de suscripción:

Año 2005

Suscripción anual: cuatro números

España 36 €

Zona Euro 50 €

Resto 50 \$

LA
BOR
HOS
PITA
LARIA

Apellidos		Nombre		
Calle		Número	Piso	Puerta
Código postal	Población	Provincia o país		
Teléfono		Profesión		

Indique con una X la forma de pago que le interese

Por giro postal **Por cheque nominativo** adjunto nº _____
a favor de LABOR HOSPITALARIA

Por Caja o Banco (rellenar la orden de pago siguiente, sin omitir datos)

Banca o Caja de Ahorros _____

Titular de la cuenta _____

Entidad _____ Oficina _____ DC _____ Núm. de cuenta _____

Ruego a ustedes se sirvan de tomar nota de que, hasta nueva indicación mía, deberán adeudar en mi cuenta los recibos que a mi nombre les sean presentados por la revista LABOR HOSPITALARIA, de Barcelona.

Fecha _____ / _____ / _____

Firma _____

Enviar esta hoja debidamente cumplimentada a:

Hermanos de San Juan de Dios, Dr. Antoni Pujadas 40,
Tel. 93 630 30 90, 08830 Sant Boi de Llobregat

www.sanjuandedios.net

curia@ohsjd.es

revistas@ohsjd.es



Gracias, Juan Pablo II.

No sería de bien nacidos que quienes nos movemos en el mundo de la Pastoral de la Salud no agradeciésemos a Juan Pablo II, en el momento de su partida, el gran servicio ofrecido por el mismo en su dilatado ministerio apostólico, a la Pastoral de la Salud.

La promulgación de su Carta Apostólica "Salvifici Doloris" en 1984, la creación del Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud -en un primer momento Comisión Pontificia- mediante el Motu Proprio "Dolentium Hominum" un año más tarde, la instauración a nivel de la Iglesia universal de la Jornada del Enfermo el 11 de febrero... Todos ellos, pasos importantes en la sensibilización y el cuidado de la acción pastoral a un ámbito tan determinante en la vida de los seres humanos como es la enfermedad, el sufrimiento, la muerte.

Todo un Magisterio impartido desde la propia experiencia personal. Una experiencia que arranca, probablemente, cuando en la tarde del 13 de mayo de 1981, una bala a él dirigida se aloja en su abdomen y le obliga a visitar los quirófanos y la UVI del Policlínico A. Gemelli. Una experiencia que abarca hasta este febrero último en el que una traqueotomía necesaria para solventar sus problemas respiratorios, significaba el principio del fin de una vida fuerte, pero entregada, y frecuentemente visitada por la enfermedad.

El "Evangelio del sufrimiento" que tan sugerentemente él describe en su carta "Salvifici Doloris", encuentra en el propio Juan Pablo II uno de sus más preclaros seguidores. En su capacidad para asumir el dolor y en su fortaleza para hacerle frente, para integrar las limitaciones que poco a poco iban hipotecando su salud y menguando su autonomía, Juan Pablo ha escrito quizá uno de sus "magisterios" más contundentes.

LABOR HOSPITALARIA no puede menos que agradecerle todo este servicio. Y agradecerle, especialmente el que contase para colaborar en él, de una forma especial, con quien en ese momento era su Director, el Hno. José Luis Redrado. Cuando se produce la constitución de la entonces Pontificia Comisión, nuestro Director era llamado por el propio Pontífice para desarrollar la misión de Secretario de la misma bajo la Presidencia de S.E. Mons. Fiorenzo Angelini. El día de la Epifanía de 1999, José Luis Redrado era ordenado obispo en la Basílica de S. Pedro del Vaticano por el propio Juan Pablo II.

Humildemente, en la persona de quien fuera nuestro Director y siempre un entusiasta colaborador de **LABOR HOSPITALARIA**, queremos percibir la cercanía, el apoyo y aliento de quien durante veintiséis años nos ha confirmado en la modesta y sencilla misión de contribuir a la difusión del carisma y a la formación de tantos discípulos que anuncian la Salud -"la salvación"- del "Evangelio del sufrimiento".

LABOR HOSPITALARIA pretende con este número monográfico hacer un humilde acercamiento a la figura y el ministerio apostólico de Juan Pablo II, en su vertiente dirigida a nuestro mundo de la salud. Un ministerio intenso, fecundo y, sobre todo, encarnado en la realidad de su propia trayectoria vital; un ministerio hecho "testimonio personal en su propia vida".

LH

Juan Pablo II: Breve reseña biográfica*.

A continuación presentamos los datos fundamentales de la biografía de Su Santidad Juan Pablo II, que nos introducen de forma telegráfica en la intensa vida de un hombre profundamente creyente al servicio del Evangelio, de la Iglesia y en definitiva del hombre de nuestro tiempo. ▶

Karol Józef Wojtyła, conocido como **Juan Pablo II** desde su elección al papado en octubre de 1978, nació en Wadowice, una pequeña ciudad a 50 Kms. de Cracovia, el 18 de mayo de 1920. Era el segundo de los dos hijos de Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Su hermano mayor Edmund (médico) murió en 1932 y su padre (suboficial del ejército) en 1941.

A los 9 años hizo la Primera Comunión, y a los 18 recibió la Confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela Marcin Wadowita de Wadowice, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química (Solvay), para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

A partir de 1942, al sentir la vocación al sacerdocio, siguió las clases de formación del seminario clandestino de Cracovia, dirigido por el Arzobispo de Cracovia, Cardenal Adam Stefan Sapieha. Al mismo tiempo, fue uno de los promotores del "Teatro Rapsódico", también clandestino.

Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el seminario mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica, hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946.

Seguidamente, fue enviado por el **Cardenal Sapieha** a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en teología, con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz.

En aquel período aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia, y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los

universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953 presentó en la Universidad Católica de Lublin una tesis titulada "**Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler**". Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el seminario mayor de Cracovia y en la facultad de Teología de Lublin.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado por **Pío XII** Obispo Auxiliar de Cracovia. Recibió la ordenación episcopal el 28 de septiembre de 1958 en la catedral del Wawel (Cracovia), de manos del Arzobispo Eugeniusz Baziak.

El 13 de enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967.

Además de participar en el Concilio Vaticano II (1962-65), con una contribución importante en la elaboración de la constitución **Gaudium et spes**, el Cardenal Wojtyła tomó parte en todas las asambleas del Sínodo de los Obispos.

Desde el comienzo de su pontificado, el 16 de octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II ha realizado 104 viajes pastorales fuera de Italia, y 146 por el interior de este país. Además, como Obispo de Roma ha visitado 317 de las 333 parroquias romanas.

Entre sus documentos principales se incluyen: 14 Encíclicas, 15 Exhortaciones apostólicas, 11 Constituciones apostólicas y 45 Cartas apostólicas, de especial relevancia para los profesionales de la salud la *Salvifici doloris*, publicada el 11 de febrero de 1984 acerca del significado cristiano del sufrimiento. El 11 de febrero de 1985 y mediante el *Motu proprio Dolentium Hominum* instituyó una Comisión, convertida después en Pontificio Consejo de la Pastoral de la Salud. Su primer presidente fue el Card. Fiorenzo Angelini, y como secretario fue nombrado José Luis Redrado, Hermano de San Juan de Dios, consagrado obispo por Juan Pablo II en 1999. Por fin el 13 de mayo

s
5
s
r
o
e
e

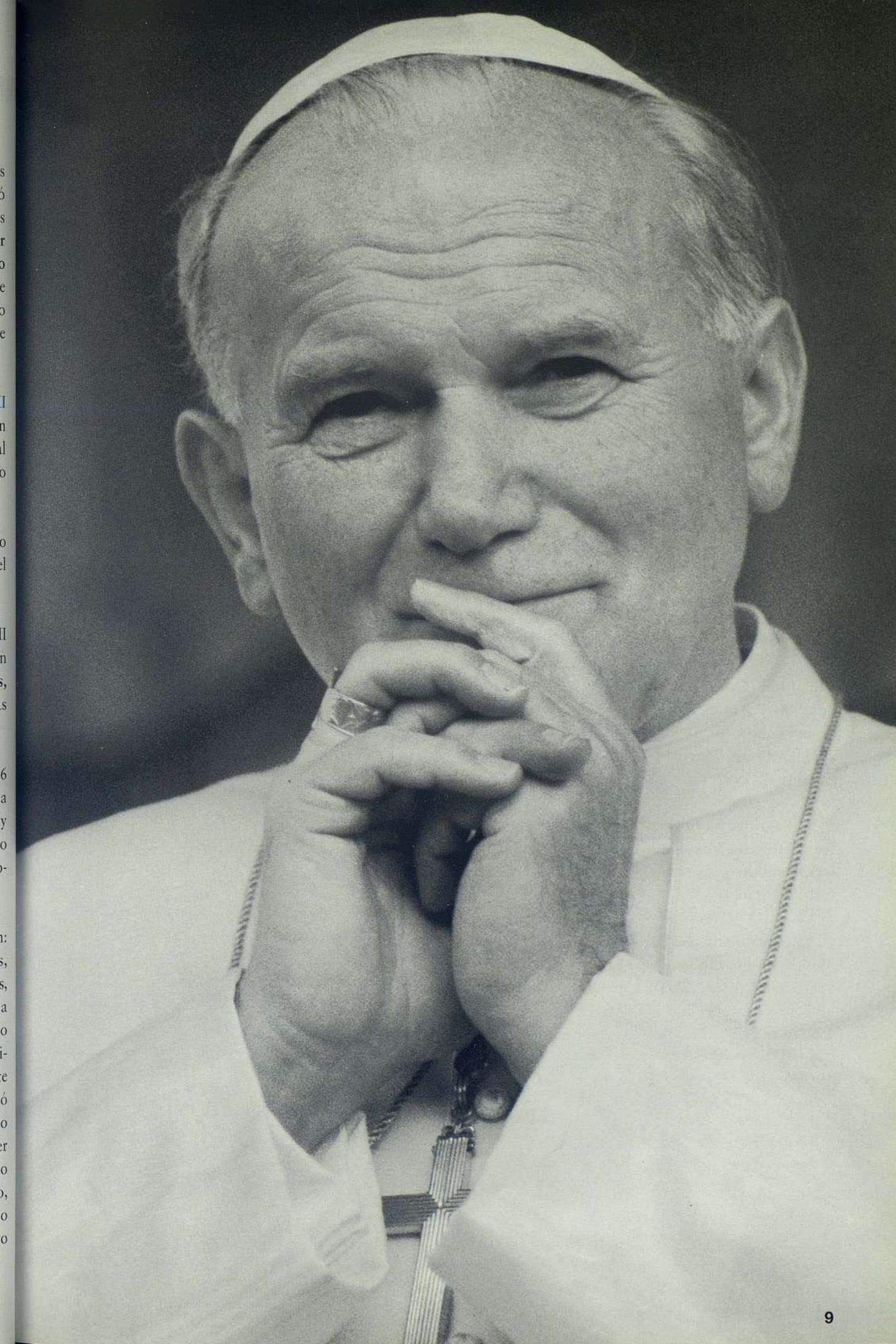
I
n
l
o

o
el

II
n
s
s

6
a
y
o
o-

r:
s,
s,
a
o
i-
e
ó
o
er
o
o,
o
o



de 1992 instituyó la Jornada Mundial del Enfermo que se celebra el 11 de febrero de cada año, memoria litúrgica de la Virgen de Lourdes.

El Papa también ha publicado cinco libros: “Cruzando el umbral de la esperanza” (octubre de 1994); “Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal” (noviembre de 1996); “Tríptico romano - Meditaciones”, libro de poesías (marzo de 2003); “¡Levantaos! ¡Vamos!” (mayo de 2004) y “Memoria y identidad” (su publicación está prevista para la primavera de 2005).

Juan Pablo II ha presidido 147 ceremonias de beatificación -en las que ha proclamado 1338 beatos- y 51 canonizaciones, con un total de 482 santos.

La Orden Hospitalaria se ha visto honrada con el nombramiento de 3 santos (**San Ricardo Pampuri**, canonizado el 4 de octubre de 1989, **San Juan Grande**, canonizado el 2 de junio de 1996 y **San Benito Menni**, canonizado el 21 de noviembre de 1999) y con la beatificación de 71 Hermanos Mártires de España el día 25 de octubre de 1992.

El Pontífice ha celebrado 9 consistorios, durante los cuales ha creado 231 Cardenales. También ha presidido 6 asambleas plenarias del Colegio Cardenalicio.

El Santo Padre ha presidido 15 Asambleas del Sínodo de los Obispos: 6 ordinarias (1980, 1983, 1987, 1990, 1994, 2001), 1 general extraordinaria (1985), y 8 especiales (1980, 1991, 1994, 1995, 1997, 1998 [2] y 1999).

Ningún otro Papa se ha encontrado con tantas personas como Juan Pablo II: en cifras, más de 17.600.100 peregrinos han participado en las más de 1160 Audiencias Generales que se celebran los miércoles.

Ese número no incluye las otras audiencias especiales y las ceremonias religiosas (más de 8 millones de peregrinos durante el Gran Jubileo del año 2000) y los millones de fieles que el Papa ha encontrado durante las visitas pastorales efectuadas en Italia y en el resto del mundo. Hay que recordar también las numerosas personalidades de gobierno con las que se ha entrevistado durante las 38 visitas oficiales y las 738 audiencias o encuentros con Jefes de Estado y 246 audiencias y encuentros con Primeros Ministros.

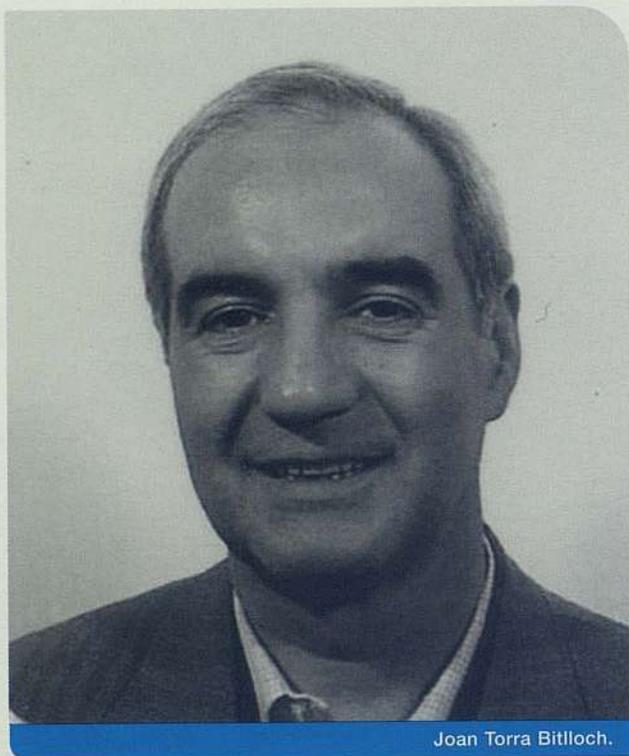
La pastoral de la salud en el pontificado de Juan Pablo II: Breve aproximación y valoración teológica.

> Joan Torra Bitlloch
Sacerdote de la diócesis de Vic

El misterio de la pasión está incluido en el misterio pascual (SD 21)

Es pronto, muy pronto todavía, para hacer valoraciones correctas del largo pontificado del papa Juan Pablo II. Será necesario tener más distancia histórica y realizar estudios con detenimiento de la enorme cantidad de producción teológica salida bajo su nombre para podernos hacer cargo con más claridad de sus aportaciones y valorarlas debidamente. Aún entonces convendrá distinguir cuidadosamente la categoría conferida a cada uno de sus escritos para darle su correcto valor. De otra forma se corre el peligro de caer en las afirmaciones genéricas que desembocan fácilmente en los tópicos hartamente repetidos.

¿Por qué, teniendo en cuenta esta premisa, nos atrevemos a escribir, casi de urgencia, para hacer una primera aproximación teológica -necesariamente breve-, con una cierta valoración de la pastoral de la salud en su pontificado? ▶



Joan Torra Bitlloch.

En primer lugar porque ésta ha sido la petición que se nos ha formulado desde la dirección de la revista y, ante los razonamientos esgrimidos, hemos creído que valía la pena correr un cierto riesgo, poniendo muy claro el adjetivo de “provisional” a esta aportación por los mismos motivos generales que antes se aducían.

En segundo lugar -y ello es determinante- porque ha sido durante el pontificado de **Juan Pablo II** cuando la Iglesia ha decidido la creación del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios para la misión evangelizadora en el mundo de la salud. Esto es de crucial importancia, porque representa la individuación de esta pastoral.

Se ha institucionalizado, además, la **Jornada Mundial del Enfermo** (1992) que durante estos años ha tomado la envergadura suficiente como para determinar en gran medida la pastoral en este ámbito.

Ello hace que haya una documentación determinada que avale la creación de este Pontificio Consejo y ésta, aunque sea de forma rápida

y corriendo el riesgo de no poder inscribirla dentro de todo el global ponderado del pensamiento del papa, permite hacer una valoración sucinta. Es lo que nos proponemos.

Las raíces en el concilio Vaticano II

Aunque ahora sería demasiado largo de describir, creemos que no se debe perder de vista que el pontificado del papa Juan Pablo II se extiende a lo largo de los años posteriores a la celebración del **Concilio Vaticano II**. Este dato no es menor. Intentaremos mostrarlo brevemente. Los tiempos posteriores a la celebración de un concilio son tiempos de “recepción” del texto conciliar. No debemos olvidar este parámetro. Creemos que este dato va a ser el que en la historia quedará como lo determinante del pontificado recién terminado.

La recepción en sentido teológico implica un proceso de lectura y profundización teológica del texto, junto con la debida pedagogía del mismo, para hacer posibles las estructuras necesarias como para que el texto conciliar pase de ser letra impresa a estar presente en el espíritu y la acción del pueblo de Dios.

Al fin y al cabo va a ser el **sensus fidelium**, el sentido de la fe de los fieles en la Iglesia, el que va a determinar el último proceso de recepción del concilio. Se podrían citar ejemplos de textos -conciliares o no-, a pesar de haber sido escritos y promulgados, no han recibido la correspondiente recepción por parte del pueblo de Dios. Han quedado en lo que podemos llamar, siguiendo al Apóstol, letra muerta.

**Al final es la recepción
la que llega a determinar**

el mismo documento y su contenido.

Se podría decir que en cierta forma la recepción del texto puede llegar casi a volver a escribirlo e incluso a modificarlo. Así, por ejemplo, hoy es común afirmar que la eclesiología del Vaticano II es la llamada eclesiología de comunión; pero esta afirmación no se puede hacer sino al precio de estudiar a fondo la recepción del texto conciliar puesto que en los textos del mismo concilio conviven diversos enfoques eclesiológicos; ha sido la recepción conciliar la que ha hecho triunfar la eclesiología de comunión -hasta este momento- a partir de la reflexión teológica y de la recepción del pueblo de Dios.

En el proceso de recepción el papel del magisterio en la Iglesia es fundamental.

Le corresponde ser guía que encauza el proceso, lo dirige, lo anima y, si es necesario, lo corrige.

De ahí que sea tan importante para la recepción de cualquier concilio el ejercicio del magisterio posterior. De ahí, pues, la importancia y el acento que creemos se debe poner en este aspecto para hacer una justa valoración teológica del pontificado de Juan Pablo II.

Que la recepción del Concilio ante temas muy cruciales fue el contenido del pontificado de Pablo VI es algo evidente. Su ejercicio del magisterio estuvo consagrado precisamente a esta labor que, en su caso, por la inmediatez al mismo acontecimiento conciliar, conllevaba incluso la creación

de determinadas estructuras que hicieran posible y real la aplicación del espíritu conciliar.

El gran paradigma de ello es la liturgia que en su pontificado pasó por el proceso de renovación y reforma que el concilio había auspiciado. Pero no es menor, por ejemplo, el tema de la colegialidad episcopal y con él el de las nuevas estructuras de funcionamiento eclesiales: conferencias episcopales, sínodos, consejos presbiterales, consejos de pastoral diocesanos y parroquiales...

Es interesante hoy volver a leer los textos que conforman el paso que va de Pablo VI a Juan Pablo II para percatarse de todo ello, sin olvidar el breve pontificado de Juan Pablo I que ha tenido, también en este sentido, suficiente importancia.

Es fundamental para cualquier justa valoración leer de nuevo la llamada encíclica programática (1978) de Juan Pablo II, *Redemptor hominis* (RH),

y en especial, sus primeros párrafos (1-6) para darse cuenta de ello. Para nosotros tiene una notable importancia en nuestra reflexión. Sirva un fragmento de esta encíclica como resumen de esta reflexión inicial.

Me es necesario tener en la mente todo esto al comienzo de mi pontificado, para dar gracias a Dios, para dar nuevos ánimos a todos los Hermanos y Hermanas y para recordar además con viva gratitud la obra del Concilio Vaticano II y a mis grandes Predecesores que han puesto en marcha esta nueva «ola» de la vida de la Iglesia,

movimiento mucho más potente que los síntomas de duda, de derrumbamiento y de crisis (RH 5).

Junto con ella, es fundamental y revelador al mismo tiempo recordar que la segunda encíclica, escrita poco tiempo después (1980), llevaba por título *Dives in misericordia* (DM). Un análisis del índice de ambos documentos nos lleva a descubrir una insistencia en algunos temas que van a ser de vital importancia a lo largo de todo el pontificado.

Confluyen la reflexión sobre el hombre y sobre su situación en los momentos concretos de la historia -los signos de los tiempos del concilio- junto con la reflexión -siempre bíblica, es decir, a partir del análisis de textos revelados- de la obra de la Redención que ha tenido lugar por la Encarnación y el Misterio Pascual de Jesucristo en la historia y que se hace presente por el Espíritu a través de la actividad de la Iglesia y en especial de los sacramentos de la misma.

Todo ello es lo que va a determinar también la enorme importancia que ha tenido para su pontificado el *Gran Jubileo* del año 2000 como tránsito hacia el tercer milenio de la era cristiana. Una lectura atenta del testamento del papa lo corrobora.

Encuentro del Dios de la misericordia con el hombre necesitado de salvación; encuentro que se produce en la historia humana concreta; encuentro para el que la Iglesia es mediación querida por Dios.

Por ello la Iglesia tiene que estar atenta a los signos de los tiempos del hombre y de la sociedad para llevarle ahí la salvación de la que ella misma es sacramento.

Son los interrogantes profundos del hombre los que reclaman respuesta, son sus limitaciones, sus insatisfacciones, sus elecciones las que configuran su ser más íntimo. Así lo describía la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo del Vaticano II:

Sin embargo, ante la actual evolución del mundo, son cada día más numerosos los que se plantean o los que acometen con nueva penetración las cuestiones más fundamentales: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que, a pesar de tantos progresos hechos, subsisten todavía? ¿Qué valor tienen las victorias logradas a tan caro precio? ¿Qué puede dar el hombre a la sociedad? ¿Qué puede esperar de ella? ¿Qué hay después de esta vida temporal? Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse...

El Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época (GS 10).

Este es el marco -creemos- en el que se deben inscribir las aportaciones que en el campo de la Pastoral de la Salud se producen en el pontificado de Juan Pablo II. Una pasión por el hombre contemplado como hijo de Dios y necesitado de salvación. La observación de la sociedad en la que este hombre vive junto con el análisis de los avances técnicos que se dan con una aceleración enorme. La admiración profunda ante el Dios misericordioso, creador de la vida, que en Cristo responde a los anhelos de la criatura humana extendiendo su salvación a lo largo de la historia... Van a ser constantes repetidas incesantemente.

Encontraremos algunos documentos que van a ser cruciales para nuestro objetivo de analizar la aportación al ámbito de la Pastoral de la Salud durante su pontificado. Básicamente nos referimos a la carta apostólica *Salvifici doloris* (SD)

de 1984, al motu proprio *Dolentium hominum* (DH) de 1985, junto con la exhortación apostólica *Christifideles laici* (ChL) de 1988, y las encíclicas *Redemptoris missio* (RM) de 1990 y *Evangelium vitae* (EV) de 1995, sin olvidar la institución de la Jornada Mundial del Enfermo que se produjo el año 1992.

“Cada hombre se convierte en camino de la Iglesia” (RH 14)

La frase, derivada del Concilio Vaticano II, es retomada con fuerza en la carta apostólica *Salvifici Doloris*:

Pensamos de nuevo en la verdad expresada en la Encíclica Redemptor hominis: en Cristo “cada hombre se convierte en camino de la Iglesia”.

Se puede decir que el hombre se convierte de modo particular en camino de la Iglesia, cuando en su vida entra el sufrimiento. Esto sucede, como es sabido, en diversos momentos de la vida; se realiza de maneras diferentes; asume dimensiones diversas; sin embargo, de una forma o de otra, el sufrimiento parece ser, y lo es, casi inseparable de la existencia terrena del hombre (SD 3).

Se debe destacar, cosa que desde el inicio es una constante en el pensamiento papal, una preocupación continua por el hombre concreto al que se dirige el mensaje de la Iglesia.

La voluntad es la de tener una mirada completa sobre el hombre integral, considerado en los múltiples aspectos que se dan en su vida, sin olvidar ninguno, llegando, por lo tanto, a aquellos que son más cruciales en la vida humana: el sufrimiento, el dolor y, finalmente, la muerte. Cualquier mensaje para el hombre tiene que ser así de integral, debe tener una mirada completa hacia al hombre.

El objetivo de esta antropología “adecuada” -en una expresión usada muy a menudo- es doble. Por una parte cualquier mensaje al hombre debe tener en cuenta estos aspectos y fundamentalmente aquéllos que cuestionan con más radicalidad la existencia del hombre -lo veremos enseguida-, y en segundo lugar porque el objetivo del mensaje evangélico es dar un sentido más humano a la vida del hombre sobre la tierra, haciéndole consciente de su situación contingente y colocándole en el horizonte escatológico, verdadero horizonte humano sólo realizable desde la salvación divina. De nuevo resuena el texto programático del concilio Vaticano II:

Todo lo que llevamos dicho sobre la dignidad de la persona, sobre la comunidad humana, sobre el sentido profundo de la actividad del hombre, constituye el fundamento de la relación entre la Iglesia y el mundo, y también la base para el mutuo diálogo... La Iglesia tiene una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el mundo futuro podrá alcanzar plenamente...

De esta forma, la Iglesia, entidad social visible y comunidad espiritual, avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios (GS 40).

Del mismo texto conciliar deriva la conciencia de que el hombre posee hoy un poder sobre sí mismo y sobre su mundo como nunca había llegado quizás ni a soñar. Y esto se ha producido con una rapidez y una aceleración insospechadas. Un doble peligro acecha al hombre colocado en un mundo con estas características. De una parte el de llegar a creer que aquellas realidades que le manifiestan como

lo que verdaderamente es, de manera más evidente -sufrimiento, enfermedad, dolor, muerte...- el hombre podrá hacerlas desaparecer por sí mismo, "salvándose" así de ellas, cosa que conlleva el hecho de que el hombre evite ya de situarse ante sus preguntas fundamentales y no se sienta necesitado de salvación. Por otra parte, el peligro de que el hombre se sienta dueño y señor absoluto de la vida no entendiendo que ésta la ha recibido como don, y creyendo que puede disponer de ella, sin considerar su auténtico valor sagrado (natural, diríamos en otro contexto). Ya el Concilio había alertado de que esta visión "inadecuada" del hombre puede llevar a situaciones inhumanas o degradantes.

No sólo esto. Cuanto atenta contra la vida...; cuanto viola la integridad de la persona humana...; cuanto ofende a la dignidad humana...; o las condiciones laborales degradantes...: todas estas prácticas y otras parecidas son en sí mismas infamantes, degradan la civilización humana, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador (GS 27).

El tiempo del pontificado de Juan Pablo II ha sido un tiempo de insistencia continua en la defensa de la vida y en los peligros que puede conllevar la intervención en ella de forma no correcta. La aparición de la carta apostólica *Salvifici doloris* sitúa de nuevo al hombre ante la realidad del sufrimiento y de la enfermedad que por más avances científicos, técnicos, médicos..., que haya no consigue alejar.

La mirada al hombre, se vuelve una mirada hacia la integridad de la vida del hombre y en especial hacia las situaciones que lo cuestionan con detenimiento.

Es a estas situaciones

-básicamente, la enfermedad y su tratamiento- a las que se debe responder, y es en

ellas donde tiene que llegar una palabra salvadora de parte del Cristo que con su sufrimiento se ha hecho hermano de todos los sufrimientos humanos de todos los tiempos.

Sólo así se consigue el objetivo, también definido en *Gaudium et spes*, de hacer un mundo más humano; de otra forma, el mundo sería muy técnico, muy aséptico, pero quizás rehuiría el hecho de ser humano.

Al buscar su propio fin de salvación, la Iglesia no sólo comunica la vida divina al hombre, sino que además difunde sobre el universo mundo, en cierto modo, el reflejo de su luz, sobre todo curando y elevando la dignidad de la persona, consolidando la firmeza de la sociedad y dotando a la actividad diaria de la humanidad de un sentido y de una significación mucho más profundos. Cree la Iglesia que de esta manera, por medio de sus hijos y por medio de su entera comunidad, puede ofrecer gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre a su historia (GS 40).

“El «sufrimiento», esencial a la naturaleza del hombre” (SD 2)

Así reza el texto papal:

El sufrimiento... es un tema universal que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía. En cierto sentido coexiste con él en

el mundo y por ello hay que volver sobre él constantemente... Lo que expresamos con la palabra «sufrimiento» parece ser particularmente esencial a la naturaleza del hombre. Ello es tan profundo como el hombre, precisamente porque manifiesta a su manera la profundidad propia del hombre y de algún modo la supera. El sufrimiento parece pertenecer a la trascendencia del hombre; es uno de esos puntos en los que el hombre está en cierto sentido «destinado» a superarse a sí mismo, y de manera misteriosa es llamado a hacerlo (SD 2).

La enfermedad, el sufrimiento, están manifestando la esencia misma del hombre, porque lo cuestionan con detenimiento. Al final, cualquier lenguaje de salvación que la Iglesia quiera hacer llegar al hombre de hoy situado en una sociedad en la que *“en estos últimos años ha progresado mucho y muy significativamente todo lo que se refiere a la salud de los hombres”* (DH 3), tiene que dar respuesta a estos profundos interrogantes puesto que, si no lo hace, corre el peligro de volverse innecesario o vacío de contenido.

No es raro que en la progresión del magisterio papal hallemos una presentación de la cruz de Cristo como la respuesta salvífica a este hombre más necesitado de salvación ante la enfermedad, cuanto más se producen avances médicos y terapéuticos que “salvando” tantas situaciones de enfermedad y de dolor, “alejando” tanto la realidad de la cruz para el hombre, no pueden conseguir sin embargo hacerla desaparecer. La muerte sigue presente en la vida humana.

La presentación de la cruz, con todo, está abierta constantemente -como no podía ser de otra forma- al Misterio Pascual de Jesús, muerto y resucitado para dar vida al hombre. Este Misterio Pascual -cruz y resurrección- es la respuesta “humana” que la Iglesia debe ofrecer como salvación a todo hombre y de forma especial al hombre en su enfermedad.

La cruz de Cristo arroja de modo muy penetrante luz salvífica sobre la vida del hombre y, concretamente, sobre su sufrimiento, porque

mediante la fe lo alcanza junto con la resurrección: el misterio de la pasión está incluido en el misterio pascual... Así pues, la participación en los sufrimientos de Cristo es, al mismo tiempo, sufrimiento por el reino de Dios... Cristo nos ha introducido en este reino mediante su sufrimiento. Y también mediante el sufrimiento maduran para el mismo reino los hombres, envueltos en el misterio de la redención de Cristo (SD 21).

La Iglesia es portadora de este Misterio Pascual para el hoy de cada hombre y en especial cuando está sumido en el dolor.

Lo es incluso ella misma porque es cuerpo de este Cristo, doloroso y glorioso, y ella misma “sufre” también con cada hombre que sufre, y con él y para él, sumándose al sufrimiento de Cristo, completa en su cuerpo los sufrimientos de Cristo a favor del mundo (cf Col 1,24). Así, la Iglesia se convierte ella misma en mediación para la salvación de Cristo a favor del hombre.

“Actuando como el Buen Samaritano” (SD 29)

En la visión cristiana, la redención de Cristo y su gracia salvífica llegan a todo el hombre en su condición humana y, por lo tanto, también en la enfermedad, en el dolor y en la muerte (DH 2).

La Iglesia, portadora de esta “gracia salvífica”, nunca se ha quedado sin embargo en la simple actitud de predicar de palabra este mensaje o de hacerlo llegar sólo por mediación de los

sacramentos de los enfermos, sino que ha sentido que ella y cada cristiano debía hacer real en sus acciones esta salvación para cada momento de enfermedad y de sufrimiento.

A semejanza de Jesús, que “pasó haciendo el bien” tal como resumen sus contemporáneos sucintamente, que se acercó a cada enfermo particular para sanarlo tal como testimonian los relatos evangélicos, que en cuanto a Rey universal se identifica con los enfermos y necesitados a los que se ha prestado ayuda, la Iglesia se ha sentido siempre llamada a ser activa en este amor capaz de llegar a hacer donación de sí mismo como Jesús lo hizo. No es extraño, por lo tanto, que el modelo de actuación en la especificidad de la caridad en este campo pastoral, sea la parábola del Buen Samaritano (Lc 10,25-37). La carta apostólica *Salvifici doloris* desarrolla largamente esta parábola.

Tocamos aquí uno de los puntos clave de toda la antropología cristiana. El hombre no puede «encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás», (GS 24) Buen Samaritano es el hombre capaz precisamente de ese don de sí mismo (SD 28).

En la carta papal para la institución de la Jornada Mundial del Enfermo (1992) el papa lo sintetiza de nuevo especificando que la Iglesia ha sentido siempre esta misión como propia y esencial:

La Iglesia que, a ejemplo de Cristo, siempre ha sentido el deber del servicio de los enfermos y los que sufren como parte integrante de su misión (DH, 1), es consciente de que “en la aceptación amorosa y generosa de toda vida humana, sobre todo si es débil o enferma, la Iglesia vive hoy un momento fundamental de su misión” (ChL, 38). Y no deja de subrayar el carácter salvífico del ofrecimiento del sacrificio que, vivido en comunión con Cristo, pertenece a la esencia misma de la redención (cf. RM, 78).

Pero había sido ya antes, en el Motu proprio *Dolentium hominum*, cuando el papa había

“actuado” también en este específico ámbito pastoral. Los motivos ya habían sido apuntado suficientemente en la carta *Salvifici doloris*, donde se deja constancia de los enormes avances médicos y terapéuticos así como de la maravilla de la profesión dedicada a la salud, que vista desde la perspectiva no ya evangélica sino humana, constituye una verdadera vocación de ser “samaritano” para aquellos de los que está cerca y a los que pretende cuidar y sanar.

Es importante dejar constancia de que la actuación pastoral de la Iglesia, pretendiendo cuidar de forma especial el ámbito de la Pastoral de la Salud se produce por el efecto de un análisis atento de los signos de los tiempos

que lleva a concluir que ha habido suficientes modificaciones en el mismo que hacen necesaria por parte de la Iglesia la creación de estructuras nuevas que permitan reflexionar y dar respuesta a las necesidades nuevas surgidas en la sociedad actuando siempre a favor del hombre. Dos párrafos del texto son importantes y significativos.

De hecho, en el correr de los siglos, la Iglesia ha sido muy sensible al ministerio para con los enfermos y los que sufren, como parte integrante de su misión, y no sólo ha favorecido entre los cristianos la floración de diversas obras de misericordia, sino que ha hecho surgir de su seno

muchas instituciones religiosas con la finalidad específica de promover, organizar, perfeccionar y extender la asistencia a los enfermos y a los débiles. A su vez, los misioneros, al realizar la tarea de evangelización, asociaron constantemente la predicación de la Buena Nueva con la asistencia y el cuidado a los enfermos (DH 2).

Este amplio y complejo sector atañe directamente al bien de la persona humana y de la sociedad. Por esto precisamente plantea cuestiones ineludibles y delicadas, que afectan no sólo al aspecto social e institucional, sino también a la índole ética y religiosa, ya que se ven implicados fundamentales sucesos "humanos", como son el dolor mismo y la enfermedad, así como la muerte unida a los interrogantes sobre la función de la medicina y la misión del médico en relación con los enfermos. Las nuevas metas pues, que ha abierto el progreso de las ciencias y sus posibles aplicaciones técnicas y terapéuticas, tocan los ámbitos más delicados de la vida en sus mismas fuentes y en su significado más profundo (DH 3).

Por todos estos motivos Juan Pablo II instituyó la Pontificia Comisión para la Pastoral de los Agentes Sanitarios que se denominó Pontificio Consejo a partir de la Pastor Bonus de 1988.

En su horizonte se debe inscribir la Jornada Mundial del Enfermo. Son respuesta del Buen Samaritano dedicado a cuidar a los enfermos y a cuidar "a los que cuidan a los enfermos".

Es notable esta voluntad de cuidar a los que están cerca de los enfermos, es decir, a los Agentes Sanitarios, puesto que ellos son los que entran en contacto con el hombre cuando está viviendo sus momentos quizás más humanos, momentos que son de prueba, momentos en los que se concentra toda la vida vivida, momentos de encuentro del hombre consigo mismo. Ahí debe haber la presencia del "Buen Samaritano" que además de cuidar al enfermo se "conmueve" con él y lo acompaña en su ser más íntimo, más allá de los cuidados médicos que sean necesarios.

Una reconciliación sanadora

Hemos dado una notable prioridad en nuestra reflexión a la transcripción de los mismos textos que permitían valorar la reflexión y la actuación del papa Juan Pablo II en el mundo de la enfermedad y del sufrimiento. Creemos que en estos momentos puede ser interesante volver a leer estos fragmentos. Hemos procurado ceñirnos casi exclusivamente a la documentación que afecta directamente a nuestro ámbito pastoral. En ella se ha resaltado lo que constituye las opciones de fondo de la reflexión papal.

No podemos terminar, sin embargo, sin hacer mención de otro de los mensajes que ha llenado el pontificado de Juan pablo II. Nos estamos refiriendo al tema del perdón. En los momentos de sufrimiento y de enfermedad, el perdón, la reconciliación, es por sí misma sanadora.

Por el camino del perdón el hombre sufriente puede sentirse reconciliado con toda su vida, con los demás y con Dios gracias a Cristo.

Sólo haciendo llegar al hombre enfermo este perdón, ganado por Cristo en la cruz y del que la Iglesia es depositaria, se está haciendo algo más que simplemente cuidar y acompañar; se está sanando el alma humana. De la misma forma que el sufrimiento lleva al hombre más allá de sí mismo, cómo veíamos, el perdón le hace trascenderse.

El mundo de los hombres puede hacerse cada vez más humano, únicamente si introducimos en el ámbito pluriforme de las relaciones humanas y sociales, junto con la justicia, el «amor

misericordioso» que constituye el mensaje mesiánico del evangelio. El mundo de los hombres puede hacerse «cada vez más humano», solamente si en todas las relaciones recíprocas que plasman su rostro moral introducimos el momento del perdón, tan esencial al evangelio.

El perdón atestigua que en el mundo está presente el amor más fuerte que el pecado. El perdón es además la condición fundamental de la reconciliación, no sólo en la relación de Dios con el hombre, sino también en las recíprocas relaciones entre los hombres. Un mundo, del que se eliminase el perdón, sería solamente un mundo de justicia fría e irrespetuosa, en nombre de la cual cada uno reivindicaría sus propios derechos respecto a los demás; así los egoísmos de distintos géneros, adormecidos en el hombre, podrían transformar la vida y la convivencia humana en un sistema de opresión de los más débiles por parte de los más fuertes o en una arena de lucha permanente de los unos contra los otros (DM 14).

El perdón está en el corazón del Misterio Pascual que constituye la salvación de Dios para el hombre. El perdón lleva más allá de la justicia.

El perdón hace que el débil sea fuerte. El perdón sana en la debilidad de la enfermedad integral del hombre.

El perdón presencializa el Reino de Dios en la vida humana.

La experiencia de perdón y de reconciliación que transmitió Juan Pablo II con su gesto de demanda de perdón el primer domingo de Cuaresma del Año 2000 en el contexto del Jubileo, manifiesta el valor sanador del Evangelio para el hombre de hoy y de siempre, y que la Iglesia tiene que visualizar constantemente.

Séanos permitido terminar, pues, con esta imagen a modo de fotografía que resuma la valoración teológica que al inicio resumíamos también con un breve titular y que ahora expresaríamos así:

“El misterio del perdón sanador está incluido en el misterio pascual”.

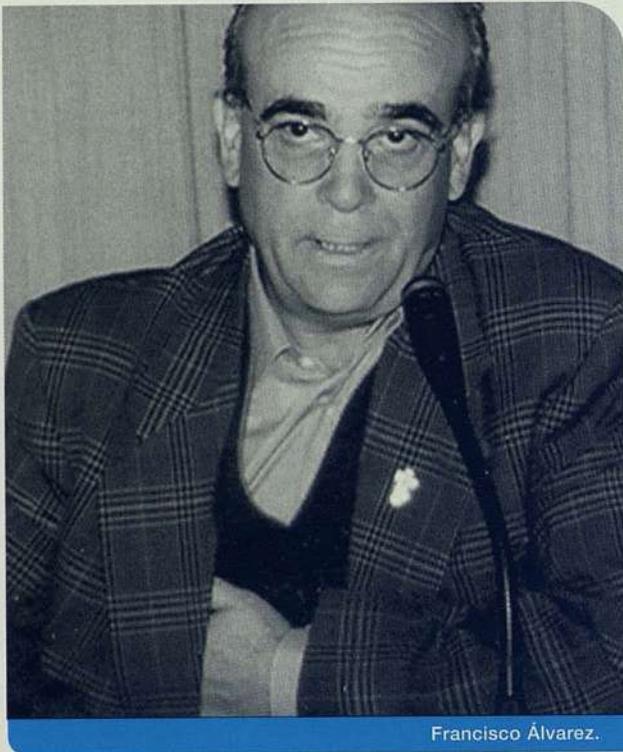
Juan Pablo II, mensajes de vida no escritos.

> Francisco Álvarez Rodríguez
Rector de la Universitat de Lleida
Roma, antes de la elección del nuevo Papa

La última semana de marzo y la primera de abril de 2005, tiempo litúrgico de semana santa y de pascua, pasarán a la historia como los días de la pasión, muerte y “glorificación” de Juan Pablo II, seguidos y, de alguna manera, vividos mundialmente. Tal vez en un próximo futuro los acontecimientos concentrados en esos quince días serán catalogados como una gigantesca hipérbole, de un inusitado impacto mediático. De momento, aquí ahora, todavía no han pasado por el filtro sosegado de la razón, que busca analizar, entender, calibrar y discernir.

La avalancha ha sido imponente. Los medios de comunicación, como si despertaran de pronto de un largo olvido, se han volcado con una generosidad insospechada (a veces sospechosa) en el relato audiovisual y escrito de cuanto, relacionado con el centro de la noticia, acontecía en Roma y en el mundo. Han corrido mares de tinta, se han multiplicado y alargado las tertulias; pero sobre todo ha llamado poderosamente la atención la inmensa marea humana levantada por el Papa doliente y difunto en torno a su figura.

Todo ha superado con creces cualquier previsión o expectativa. ▶



Francisco Álvarez.

A pesar de la todavía breve distancia de los hechos, creo poder hacer ya una lectura que vaya más allá de una provisional evaluación, pues no en vano recurriré a una de las claves que explican, por lo menos en parte, la magnitud del fenómeno.

**Es la clave de los gestos.
Esos memorables quince
días dejan tras de sí una
impresionante herencia
y memoria de gestos;**

sencillos y complejos, elocuentes y misteriosos, individuales y colectivos, locales y universales. Cuando la letra deja de leerse (cosa que sucede habitualmente muy pronto), cuando las voces se han apagado (a menudo se van con el viento), cuando las imágenes pierden el brillo, la frescura o el impacto del momento... quedan los gestos: Los que nos entusiasmaron y nos confirmaron en

el agradable sentido de pertenencia a la Iglesia; los que nos emocionaron profundamente o nos sorprendieron o desconcertaron; los que nos hirieron o interrogaron.

No es fácil adivinar las razones que en nuestro tiempo están provocando que los gestos hayan alcanzado una relevancia humana, social y política tan grande. Hay quienes los justifican diciendo que han venido a cubrir o sustituir la falta de sistemas uniformes universales de pensamiento y de visión del mundo (cosa muy propia del postmodernismo). Parecería como si la uniformidad perdida hubiera de ser en realidad reemplazada por otra.

**De hecho, estamos viviendo
una "política universal
de gestos", que se
hace especialmente
patente en circunstancias
de magnitud supralocal,**

como las catástrofes del tsunami o del Prestige, o bien como la muerte del Papa Juan Pablo II. Más que las palabras y las declaraciones, se valoran e interpretan los gestos. Que haya un día de luto nacional en vez de tres, que algún personaje de gran significación política no se pronuncie ante el fallecimiento del Sumo Pontífice, que un grupo minúsculo de diputados/as permanezca sentado en su escaño durante el escaso minuto de silencio decidido democráticamente... son gestos que adquieren un gran poder simbólico, y, como sucede con los símbolos, remiten más al corazón que a la cabeza. Por eso suelen provocar adhesión o rechazo, pueden herir o simplemente interrogar.

Cabe preguntarse, o quizás sea obligado hacerlo, hasta qué punto la política y la gestión, a menudo bien estudiada, de los gestos no crece en proporción

aproximada a la progresiva ausencia de contenidos, hasta qué punto el pensamiento débil, la cultura ligh, la subversión y/o pérdida de valores... no necesitan camuflarse o esconder sus vergüenzas detrás de la aparente belleza, bondad y grandiosidad de los gestos. Estos siempre estarán atravesados, como todo lo humano, por la ambivalencia y por el riesgo de la ambigüedad. ¿Qué hay detrás de ellos? ¿Adónde remiten? ¿Son epifanía de la persona o simple puesta en escena? ¿Realidad virtual o verdad puesta en obra?

Es en este contexto sociocultural complejo y ciertamente ambiguo donde es preciso situar lo que pretendo desarrollar en esta reflexión.

Juan Pablo II, como veremos más concreta y extensamente, ha sido un gran maestro en el arte de los gestos. Su personalidad desbordante no se agotó afortunadamente en las demás expresiones de su inmensa obra. Para entenderla e interpretarla es preciso asomarse por lo menos a la espesura de su gran capacidad gestual. Con la expresión "mensajes no escritos" aludo justamente a esa característica relevante. Y me fijo precisamente en uno de los asuntos más sensibles, complejos, recurrentes y universales de su Pontificado: la vida.

Quando decimos vida...

Quando decimos "vida" estamos hablando de "algo" tan concreto como el pan y tan sencillo como la sonrisa de un niño, de algo tan cotidiano como los latidos del corazón y tan familiar como el propio cuerpo, tan íntimo como la conciencia, tan externo como el aire que se respira, tan común como el agua que bebemos. Al mismo tiempo la vida es el gran misterio que nos constituye y nos habita, nos envuelve y nos implica, nos interroga y se nos escapa... Que hablemos de la vida humana o de la vida en general, nunca podremos aislarla hasta el punto de prescindir del entramado relacional, de interacciones e interdependencias, en que se mueve.

**Nos asomamos un poco
más a su entraña si
añadimos, en seguida,
que entre sus notas están
por lo menos éstas:
es compleja, dinámica
y "teleológica".**

Puesto que trataremos básicamente de la vida humana, desde la perspectiva creyente hay que comenzar reconociendo la constitutiva singularidad del hombre, asociado al mismo tiempo a Dios y a la tierra, barro y aliento divino, poco inferior a los ángeles y pertrechada de los mismos o parecidos elementos que los animales, con los que compartimos, en un alto porcentaje, el mismo patrimonio genético... Su complejidad es manifiesta, también desde el punto de vista semántico.

No basta un nombre para decirla ni una sola mirada para captarla y contemplarla. Por más que, para entender, distingamos y cataloguemos sus diferentes dimensiones o expresiones, las palabras se quedan cortas. Su complejidad, aun cuando creamos haber llegado ya a su penúltimo secreto, no disminuye, más bien al contrario.

La vida humana se identifica con el misterio de la persona, pero es carne y cuerpo con fecha de caducidad; es límite y posibilidad, naturaleza e historia, vocación y libertad. Es intimidad y comunión, acción y pasión. Se desenvuelve en el tiempo y en el espacio, necesita una casa y un ambiente propicio, armonía relacional y tensión, contrastes y resistencias. Convive con paradojas aparentemente contrarias a ella: la enfermedad y la renuncia, el ofrecimiento de sí misma y el sacrificio. Don a compartir: la vida se multiplica y se expande en una inmensa alianza de solidaridad y de complicidades. Frágil, precaria y tentada: se

va haciendo y deshaciendo en un mundo repleto de insidias y de incertidumbres, en el que la muerte y la no-vida están siempre al acecho.

Esta primera nota nos lleva espontáneamente a la segunda. La vida se define también por el movimiento, como reclama la filosofía. Dicho menos "asépticamente", hay en ella una inmensa y misteriosa carga de dinamismo. Fruto, en última instancia, de la autocomunicación de Dios, la vida se hace historia, biografía, camino, co-creación, proyecto a realizar, perfección a alcanzar, límites a superar.

Si lo propio de Dios es "bajar" (y, de hecho, vino a morar entre nosotros), lo propio del hombre es "subir". La vida humana arranca desde "abajo", se afirma en la debilidad, recorre el camino de las pasividades, y de este modo se abre a las potencialidades depositadas en ella por aquel soplo divino que le da sustento y que ya nunca la abandonará.

Es, pues, una vida que se acoge y se respeta, se protege y se desarrolla; una vida que reclama sentido y libertad, un sujeto responsable y una comunidad fraterna.

Finalmente, la dimensión que he denominado "teleológica". Sería vana, ilusa y decepcionante una vida encadenada a los límites humanos, sin más horizonte futuro que su definitiva desaparición. Quien ha puesto en el hombre el ansia, la sed o incluso una nostalgia de eternidad y de plenitud, también ha impreso en su vida una dirección, una orientación. El deseo se convierte, por gracia, en vocación.

**La vida no es, pues,
un callejón sin salida, una
pasión inútil; es más bien
el río que desembocará
en la inmensidad de Dios.**

Hacia Él apunta siempre, aunque, como es bien sabido, el curso puede desviarse, la dirección equivocarse, la tensión sofocarse. Este horizonte último pone en evidencia la importancia del tiempo, en el que, de alguna manera, se ensaya y se aprende la eternidad; pero al mismo tiempo nos sugiere que la vida en este mundo ha de verse aún como la realidad "penúltima", que ha de ser vivida siempre en función de ese horizonte.

Éste es y será siempre para el creyente el punto de referencia determinante y vital que lo impulsa a gastar y sacrificar incluso su propia vida, hasta la entrega martirial de sí mismo. He aquí la última "lógica" de la vida: Perderla para tenerla en abundancia y en la plenitud sin fin.

Quienes trabajamos en el mundo de la salud y de la enfermedad somos conscientes de que en ese ámbito la vida humana adquiere a diario otros nombres muy propios. Por supuesto, el de salud; pero también el de enfermedad y voluntad de vivir y de superación, aceptación de los límites y convivencia saludable con los inevitables de la existencia, esfuerzos denodados por devolver la salud a quien la ha perdido y, al mismo tiempo, reconciliación con la impotencia.

Estoy firmemente convencido de que en ningún otro ámbito de la sociedad (es decir, de la existencia individual y colectiva) la vida humana muestra tan a las claras las tres notas a las que he aludido brevemente. Situados, por vocación y por profesión, en los procesos de vida y de muerte, en el largo y misterioso itinerario de la existencia nos asomamos, no sin un cierto estupor, a sus agujeros negros.

Servidores de la vida, llamados a encarnar en ese mundo la biofilia divina, experimentamos con frecuencia la inadecuación humana y profesional, la desproporción entre los problemas y las soluciones, entre los interrogantes y las respuestas, el conflicto entre valores, la duda, la impotencia. Pero, al mismo tiempo, el misterio de la vida nos muestra a diario, envuelto en la fragilidad, su inmensa grandeza, su belleza oculta, su incesante remite a su origen primero y a su destino último.

Cómo decir la vida...

La vida, que no cabe en palabras, tampoco es objeto de una sola disciplina. A ninguna de ellas revela todos sus rostros; sus miradas no abarcan más allá de cuanto sus instrumentos de trabajo (su propia hermenéutica y metodología) se lo consienten. Nadie puede tampoco asomarse simultánea o sucesivamente a todas las ventanas abiertas sobre ella. Aunque alguien poseyera todos los conocimientos, antiguos y nuevos, le faltaría aún "aquello" que no está escrito, ni publicado...

**La vida no se
manifestaría por entero
ni siquiera a quien fuera
capaz de reunir todos los
fragmentos, a quien
juntara todas las
piezas del puzzle.**

Al filósofo y al naturalista, al médico y al antropólogo, al psicólogo y al sociólogo, al teólogo, al moralista y al bioeticista, al investigador y al contemplativo... junto con la última letra por escribir o el último hallazgo por celebrar, les quedará siempre el muro que se levanta infranqueable y la puerta que se abre seductora. Unos y otros se necesitan mutuamente. Nadie puede erigirse en dueño y señor de los procesos de vida en nombre de una ciencia sin más límite que el tiempo. Unos y otros harán bien en escuchar a los profetas dispuestos a perder su vida por salvarla. El moralista y el bioeticista necesitarán un poco del alma del poeta y del corazón del pastor. En definitiva, la vida es y será siempre una cuestión abierta, porque no sólo es problema y desafío sino también misterio que atrae y fascina,

que inquieta y apasiona. Por eso se deja decir de muchas maneras, sin quedar aprisionada en ninguna.

Entre los posibles lenguajes he escogido uno, por su clara dimensión bíblica y por su relación directa con nuestro tema: El de los gestos y, más concretamente, desde su capacidad o expresión simbólica. La biblia es el gran libro de los símbolos. En ella la realidad es contemplada no sólo desde el realismo posible en cada momento histórico, sino también desde la capacidad humana de captar sus significados y de construir sobre ella todo un universo simbólico. Hay ahí una forma estupenda de humanizar no sólo la vida misma sino también las diferentes realidades en torno a las cuales el hombre construye su propia existencia. A partir de ahí la vida es agua y luz, aliento divino y respiración, es tierra y hogar, descanso y trabajo, camino y meta, libertad y liberación, salud y curación, sed que busca saciarse, desierto árido y deseo de plenitud...

No es de extrañar, pues, que la pedagogía de Dios, siempre tan fiel a la tierra (que es suya) se vierta discreta o incluso prodigiosamente en gestos que nos "hablan" a través de esas realidades. Lenguaje estupendo que tiende puentes entre lo invisible y lo visible, entre lo divino y lo humano, entre la experiencia espiritual y su comunicación.

**A través de los gestos
Dios acorta distancias,
se hace familiar y
encontradizo,**

y sobre todo llama a las puertas del corazón, suscita adhesión o resistencia, pone al hombre en camino, puesto que sus gestos van más allá de sí mismos, el dedo apunta en otra dirección.

Esta pedagogía se hace especialmente elocuente en Cristo y no sólo en su actividad terapéutica o

taumaturgica. De hecho, habiendo tomado un cuerpo como el nuestro, él es el gran gesto de Dios, el símbolo por excelencia, el puente tendido entre las dos orillas, el único Mediador.

Sacramento (signo) eficaz del Invisible, su cuerpo fue lugar de encuentro y de vida, sus ojos nos dijeron cómo nos mira Dios; en sus manos que bendecían y curaban, en su humanidad, descubrimos al mismo Padre. Como nos recuerda la Dei Verbum, la palabra, los gestos, los signos y su misma persona (es decir, su propia humanidad) fueron los cauces a través de los cuales reveló y realizó el Reino. Hasta tal punto fue así que nunca ponderaremos suficientemente el valor mediador de la humanidad de Dios; y, a partir de la Encarnación, el de todas las mediaciones humanas.

Por otro lado, sus señales y sus gestos llevaban en su interior una carga impresionante pedagógica y salvífica. El pan, tan arduo de conseguir, al multiplicarse en sus manos apunta no sólo a su carne entregada como alimento que da vida en plenitud, sino también a la necesidad de constituir una comunidad fraterna que comparte; el agua transformada en vino va más allá de la respuesta momentánea a una situación de adversidad: el vino nuevo se convierte en anuncio de la gran novedad del Reino...

**El agua del pozo
de Jacob, de Siloé
y de Betesda era
también para Jesús H₂O
(aunque lo ignorara), pero,
desde entonces, es uno
de los modos privilegiados
de decir la vida,**

la recibida como primer don (la que sacia la sed cotidiana), la nueva (que renueva y regenera) y la eterna: la que se anticipa en este mundo como la nueva calidad de existencia que brota de la adhesión al Resucitado y de la comunión con Dios, el cual establece su morada dentro de nosotros mismos.

Mi predilección por el lenguaje simbólico se debe en buena medida al hecho de que, lejos de exiliarme de la realidad de este mundo y en vez de tentarme con disquisiciones que podrían encadenarme a las palabras, mantiene en cambio despiertas la fe y las preguntas, pone en movimiento el sentimiento e inquieta el corazón, mantiene despabilada la tensión, y al mismo tiempo provoca, aunque no sea demasiado frecuente, aquella paz que viene de las intuiciones que no pueden expresarse en palabras y que pertenecen a la experiencia hermosa de la fe: De la fe que busca e inquiere, que se inquieta y se abandona confiadamente en Dios.

Tal vez por ese mismo motivo, dentro de la espesura del bosque doctrinal y magisterial, moral y social, espiritual y humano de Juan Pablo II, mi atención ha ido preferentemente hacia lo no-dicho, o no-escrito. Un terreno, obviamente, resbaladizo, de ninguna manera neutro o indiferente, y ciertamente indispensable para acoger y discernir su gran legado. Y nada mejor que el tema tan complejo de la vida, para hacerlo.

Gestos de vida...

El recorrido por la geografía de los gestos, especialmente de los más directamente relacionados con la vida, ha de comenzar y seguir (sin perderlo nunca de vista) por aquel que es la fuente permanente de la gestualidad: El cuerpo. En Juan Pablo II éste ha jugado un papel fundamental, desde muchos puntos de vista y, seguramente, por muchas razones. En el Papa se han hecho patentes y realidad algunos

de los postulados de la antropología, de la espiritualidad y de la cultura de nuestro tiempo. Por ejemplo la recuperación del cuerpo, la superación (por lo menos en parte) de la permanente sospecha de que era objeto en la tradición espiritual cristiana, la necesidad de reconciliarlo con la naturaleza y de darle el necesario descanso, el respeto sagrado con que ha de ser tratado, la capacidad de sacarle partida y provecho a sus potencialidades naturales y a su educación esmerada...

Humanidad desbordante.

Es evidente que en la cascada imponente de gestos de Juan Pablo II podemos leer una antropología (no escrita) del cuerpo. En cuanto exteriorización y epifanía de la persona, desde cualquier ángulo que se le mire, el cuerpo es mucho más que un conjunto de órganos y de funciones, más que herramienta y utensilio. Está hecho para la comunicación y el encuentro, para ponerse por entero al servicio de la vida, para expresar en gestos y en lenguaje no verbal todo aquello que el diccionario es incapaz de formular, para irradiar por ósmosis y "contagio", sembrado en presencia cálida y humana, lo que ningún otro lenguaje podrá nunca conseguir.

**El cuerpo humano,
con su capacidad
simbólica gestual,
puede convertir la
biología en cultura
y espiritualidad;**

la comida, en intimidad compartida y en Eucaristía; las manos, en música, poema y bálsamo; los brazos,

en abrazos; los labios, en ternura más elocuente que cualquier palabra; en definitiva, la naturaleza en historia que crea y recrea, que eleva, dignifica e insinúa.

Juan Pablo II supo explotar con generosidad y sabiduría muchos de los resortes de su corporalidad. En los años físicamente más vigorosos de su Pontificado (e incluso cuando el deterioro se hizo más manifiesto), transmitía una fuerte corriente de vitalidad. Su palabra, a menudo declamada y siempre acompasada, era voz que exaltaba y entusiasmaba, que tronaba con la misma fuerza denuncias y verdades; que sacaba su fuerza arrolladora de sus convicciones profundas, que buscaba más eco que aplauso, más conexión íntima que impacto inmediato. No necesitaba "recitar". La posible sensación de teatralidad (por otro lado inevitable en los contextos multitudinarios y en los ambientes de una cierta solemnidad ritual) obedecía más a su talante, a su capacidad de adaptación y a su dominio de las situaciones y de los escenarios, que a una voluntad predeterminada de jugar un papel impuesto por su función.

**Su mirada era
penetrante y acogedora,
aguda y comprensiva.**

Así lo afirman quienes departieron con él en mayor cercanía o intimidad, y quienes, en los innumerables encuentros con grandes o pequeños grupos recibieron el regalo más bien infrecuente de una mirada particular, personalizada e incluso detenida...

En el hábil manejo del lenguaje corporal había dos notas que me llamaron especialmente la atención. En primer lugar la espontaneidad: Tanto más difícil cuanto más la tradición, el protocolo y los pre-juicios parecen exigir una compostura contenida, y un sometimiento a unos cánones a menudo rígidos, fríos, casi asépticos.

La espontaneidad, incluso en las personas habituadas al ejercicio de un constante señorío y dominio de sí mismas, posee el valor de la inmediatez sin filtros deliberados, es reveladora de lo que abunda en el interior y pugna por encontrar salida, es portadora de autenticidad no necesariamente "salvaje"; dice más de uno mismo que los mismos discursos, no siempre propios ni necesariamente apropiados. La espontaneidad, sobre todo en quienes se sienten forzados desde fuera a controlarla, descubre una parcela no pequeña de su alma y de su ánimo. Para saber lo que realmente piensan hay que "leer" en ese libro, que el Papa llenó de gestos.

El hombre que fácilmente se hubiera saltado las vallas y los férreos controles que lo distanciaban físicamente de la gente, era el mismo que en la gestualidad litúrgica rompía los estrechos moldes, incluso escritos, que gobiernan la acción litúrgica de la Iglesia. Los medios de comunicación, siempre tan atentos a cuanto se sale de los guiones preestablecidos nos han ofrecido innumerables instantáneas de ese talante del Papa: bien sea ataviado con la capa de peregrino jacobeo que con el poncho americano, cantando con los jóvenes o señalando con el dedo a Ernesto Cardenal que lo saluda de rodillas, entrando en la favela brasileña y tomando a un niño en sus brazos, no ocultando en público su extremo sufrimiento y debilidad (¡aquellas últimas estremecedoras imágenes...!), o inclinándose con gran agilidad sobre el suelo del país visitado...

En su espontaneidad había vida, un apasionado amor por la vida:

esa pasión que no se pierde en la adversidad, en la enfermedad o en el sufrimiento; al contrario, ayuda a sacarle partida.

En segundo lugar, su capacidad de comunicación. Topamos aquí con el eterno problema de la

Iglesia, hoy en día extremadamente agudizado: su dificultad de transmitir el mejor mensaje de entre los posibles: el de la salvación, es decir, el de la vocación del hombre y de la mujer a la plenitud. La oferta salvífica de la Iglesia ha perdido progresivamente mordiente y capacidad de seducción. Los cauces habituales de transmisión están ciertamente en crisis.

Sin embargo es difícil poner en duda la capacidad de atracción y de convocatoria de Juan Pablo II.

No es objeción suficiente el recurso a la fuerza mediática de su personalidad, o a la predilección de la sociedad actual por la imagen. Tampoco se resuelve la cuestión alegando que quienes le acompañaban y se entusiasmaban con él, quienes le vitoreaban y se sentían sobrecogidos en su presencia, antes y después podían ignorar sus escritos o dar la espalda a sus mensajes sobre cuestiones morales. ¿No se tratará también del hecho de que la fe tiene más de un lenguaje, de que es preciso acertar con las formas de expresión? ¿No será acaso cierto que, desde que la teología se propuso ser una ciencia (y de esto ya hace siglos), con la multiplicación del "discurso" racional (al que no es ajeno la liturgia) ha decaído en la misma proporción el valor de la experiencia y del testimonio, de los lenguajes no escritos ni canonizados de la fe? Topamos aquí con cuestiones muy complejas; pero no haríamos bien en subrayar únicamente las contradicciones de este lenguaje tan propio de Juan Pablo II:

"los mismos jóvenes que llenan las plazas no frecuentan en absoluto las iglesias", "los viajes de Juan Pablo no son más que un alarde mediático costoso e inútil", "todos parecen escucharle con atención y respeto e incluso con entusiasmo, pero desde posiciones religiosas y morales inamovibles"...

Quizás sea mucho más sabio profundizar en este hecho incontestable: Había “algo” en Juan Pablo II que ejercía un inmenso poder de atracción. Su humanidad desbordante, sus lenguajes no verbales; lo no dicho ni escrito... quizás nos esté remitiendo a una dimensión excesivamente olvidada del mensaje cristiano; éste, más que en un acervo de doctrina y de normas morales, consiste en la adhesión personal y comunitaria a la persona de Cristo. *“No tengáis miedo: abrid de par en par las puertas a Cristo”*. ¿A quién vio en realidad la gente sencilla, a quién intuyeron más o menos claramente los jóvenes “dentro” y “detrás” de la persona de Juan Pablo II?

Lo no escrito sobre el sufrimiento y sobre la vida cuestionada...

He aquí dos temas, tan amplios como complejos, que han sido y son alimento generoso y duro de la reflexión teológica y moral, pues no en vano la Iglesia siempre ha sido muy sensible a las cuestiones que plantean interrogantes a la fe y a la praxis cristiana, mientras que ha sobrevolado pacífica o distraídamente sobre otros. Alguna palabra, en primer lugar sobre el sufrimiento.

En ese espacio sagrado hay que entrar con sumo respeto y con la mayor humildad, la experiencia del sufrimiento humano nos remite, quíerase o no, a las cuestiones últimas de la fe, a los interrogantes fundamentales de la vida. En el horizonte aparece siempre el misterio del mal y, junto con él, los insondables agujeros negros de la existencia. Ahí se desata con fuerza, unas veces la necesidad de perentoria de entender y/o de encontrar sentido; otras, el deseo irrefrenable de justificar a Dios (y a su mundo) por encima de todo, o bien de pedirle explicaciones; otras, en cambio, la exigencia de evitar que tanta energía

(la del sufrimiento) se pierda inútilmente... Ante semejante misterio, se han delineado en la historia corrientes teológicas (y filosóficas) dispares y antagónicas, con un fuerte reflejo en la espiritualidad.

Como no podía ser menos, también en el magisterio de Juan Pablo II, éste ha sido un tema recurrente, pues no en vano lo ha incorporado de pleno derecho al ejercicio de su apostolado. Es, decir, lo ha hecho objeto de doctrina, hasta el punto de dedicarle, por primera vez en la historia un documento monográfico (la *Salvifici Doloris*); de su oficio pastoral y de su itinerario espiritual. Tampoco en este tema busco la doctrina (tantas veces adscrita a la línea dolorista) sino más bien los mensajes de vida no escritos.

Es justamente ahí donde habremos de bucear con mayor detenimiento y provecho.

**En el sufrimiento fue,
ante todo, testigo,
hasta el punto de que
su teología está
básicamente fundada
sobre su experiencia.**

En la fe que busca entender y que pregunta por el sentido, él encontró la aprobación y ratificación de su experiencia. Para Juan Pablo II el sufrimiento es, por encima de todo, una cuestión humana y vital, muy pegada a la vida, no necesariamente antivida sino más bien opuesta a ciertas maneras de vivir. Quienes han forjado su propia existencia debiendo hacer frente a una cadena ininterrumpida de pruebas y adversidades, de resistencias y contrariedades profundas; quienes han madurado su vida al frío y al calor, al aguijón y al bálsamo de esas experiencias, nos hablan desde su propia síntesis vital, siempre dialéctica. Desde ahí señalan

una dirección, a menudo demasiado ideal; otras veces, demasiado deudora de experiencias irrepetibles, pero siempre merecedora de acogida y de respeto. Salvadas, obviamente, las distancias, ¿no andaba por ahí la propuesta de Jesús o la experiencia de Pablo, quien, a posteriori, no dudó en alegrarse de los sufrimientos que hubo de soportar por la causa del Evangelio?

Testigos del sufrimiento y maestros de vida: Es ésta una conjunción que posee una gran fuerza de atracción y de ejemplaridad. Más allá de las cuestiones planteadas en torno a la imagen pública de un Papa anciano y sufriente que prolonga su servicio a la Iglesia y sus apariciones en público hasta el final de su vida, nos habremos de quedar sobre todo con la imagen de un hombre que fue valiente y coherente, que llevó hasta el extremo la "hypomoné" (el aguante activo), que supo sacarle partida a los límites más ostensibles, y, quizás por encima de todo, que hizo suyo el mundo del sufrimiento. Frecuentó los lugares institucionales de la enfermedad, y se mostró especialmente sensible hacia aquellas personas sobre quienes pesa más duramente la fatiga de vivir.

Esto nos lleva de la mano al otro asunto: sus mensajes no escritos sobre la **vida amenazada**; es decir, aquella que está marcada por la fragilidad natural o impuesta, la que aún no ha salido a la luz y la que está llegando al ocaso, la que no encuentra un lugar en el banquete de los bienes que son de todos, la que se queda injustamente por las aceras de las "autopistas" del progreso desigual y de la velocidad vertiginosa, la que muere de hambre y de soledad... Siempre he pensado que Juan Pablo II fue muy consciente de la paradoja extrema y de la contradicción flagrante de una sociedad que no cesa en bucear en los penúltimos secretos de la vida, mientras que fuera del laboratorio una muchedumbre inmensa se ve obligada a hurgar entre los residuos de la abundancia de la otra parte del mundo; consciente asimismo de los ingentes esfuerzos por salvar unas vidas -cosa muy legítima- y de la facilidad insensible con que se niegan otras. En un mundo de semejantes contradicciones (he citado sólo algún ejemplo) es

fácil enrocarse en posiciones extremas, minimalistas o maximalistas; tampoco es difícil comprobar que, mientras los estudiosos discuten, no se hacen suficientes esfuerzos por apagar el fuego de un mundo que arde por todas partes.

Siguiendo del lado de los gestos, me gusta recordar a Juan Pablo II como el hombre enamorado de la vida, dotado de una sensibilidad especial hacia todo lo humano y cuanto lo rodea, de una actitud seguramente contemplativa, de la que brotan espontáneamente el respeto y la admiración, el agradecimiento y la solidaridad. Más allá de discursos y de las cuestiones directa o indirectamente relacionadas con el origen y la transmisión de la vida humana,

El Papa fallecido pasará a la historia, más que por su magisterio en dichas cuestiones (fácilmente catalogado como excesivamente conservador), por su defensa vibrante, enardecida y testimonial de la vida y de toda vida humana.

Libro abierto...

Tomo esta imagen prestada por el viento que, durante los funerales en la plaza de la aldea global de San Pedro, fue leyendo y pasando las hojas del Evangelio colocado encima del féretro.

Un Evangelio proclamado con fuerza delante de la asamblea litúrgico social mayor de la historia; ante los representantes más “cualificados” del mundo, reunido no entorno a un difunto sino alrededor de una figura viva. Allí, con el Evangelio por testigo, dictó su último mensaje no escrito. Allí se aglutinó lo que, de alguna forma, todos han entendido, y por eso acudieron a la cita.

**Todos entendieron
su apuesta por el hombre,
por la vida, por la concordia
entre los pueblos, por
la justicia y por la paz.**

Fueron también muchos los que vieron en él el representante más cualificado de un liderazgo espiritual cada vez más necesario, y de un mundo de valores que corre el peligro de subvertirse y difuminarse cada vez más... Acaso esté ahí el último secreto de su inmensa capacidad de convocatoria y de su poder de atracción, que reunió también a los que, pudiendo hacerlo, no secundaron su apuesta constante por la paz, y de forma especial su rechazo persistente y valiente de toda guerra, de toda violencia y de toda dictadura opresora.

El viento de la Plaza de San Pedro nos leyó por última vez el Evangelio de la Vida de Juan Pablo II.

Muchos se preguntarán qué es lo que quedará del viento impetuoso que durante esos quince días de pasión y de gloria sacudió a la humanidad, en tantos aspectos adormecida. Más aún, habremos de preguntarnos qué huella habrá dejado con el tiempo, en la sociedad y en la Iglesia, su largo pontificado, qué lectura se hará de sus mensajes no escritos, hasta dónde llegará su benéfica sombra, hasta dónde sus límites...

Mientras tanto, deseo terminar con una anécdota que encuentro muy significativa. Camino de New York, para hablar ante las Naciones Unidas, en el avión los periodistas le preguntaron, entre otras cosas, sobre la hermosa película de Roberto Benigni “La vida es bella”. Su respuesta tuvo este estupendo remate: Los santos son la suprema expresión de la belleza.

Pues, eso, la vida es bella, incluso cuando, desde un campo de concentración nazi, un padre hace lo posible para que el niño no muera antes de tiempo. ¿Entenderemos los esfuerzos del Papa Juan Pablo II?



Comunicaciones.

El pontificado de Juan Pablo II ha sido extenso en el tiempo e intenso en su contenido. Presentamos a continuación diversas comunicaciones que tratan de analizar y valorar el significado que ha tenido para la Iglesia y para el mundo la vida y la misión realizada por el Papa, haciéndolo básicamente desde la perspectiva de la pastoral de la salud, teniendo en cuenta sus aportaciones ante el sufrimiento, la enfermedad y la muerte.

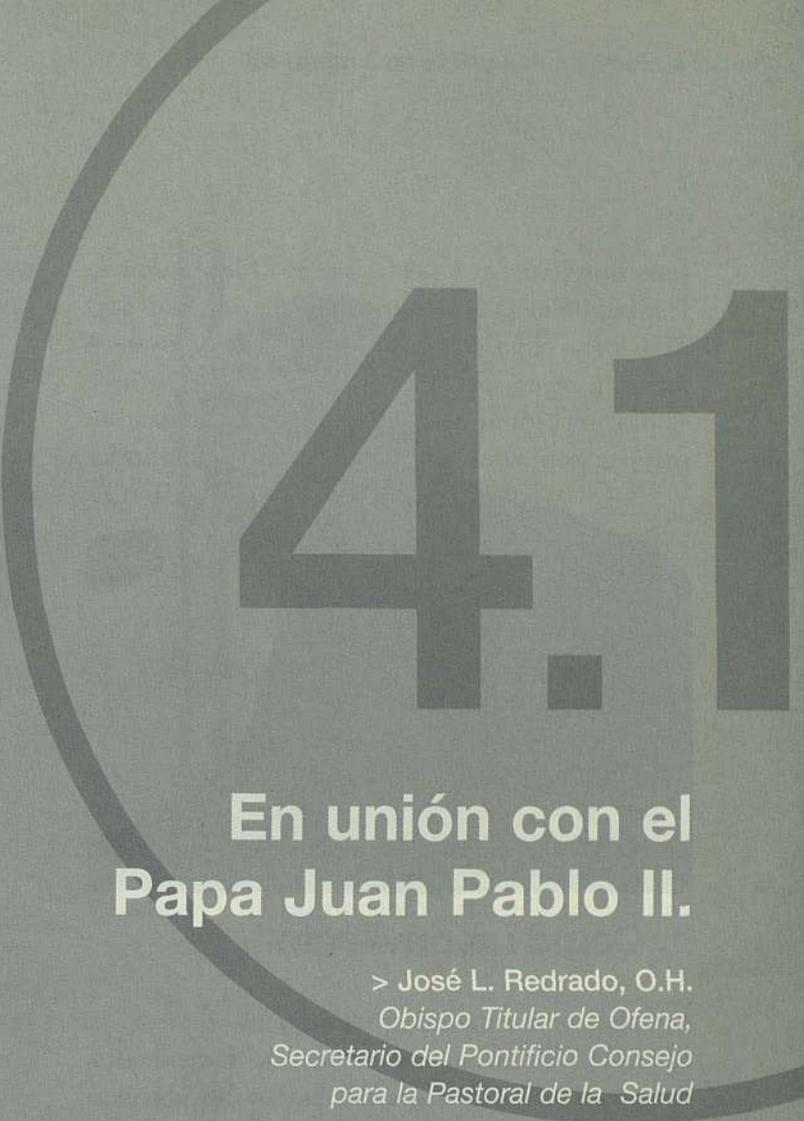
Las comunicaciones valoran también el significado y la defensa que Juan Pablo II ha hecho de la vida y de los más desfavorecidos, de las cuestiones éticas que se plantean al hombre de hoy especialmente en el campo de asistencia y de la investigación relacionadas con la salud y la enfermedad y de las personas que como “buenos samaritanos” se dedican al cuidado de los que sufren.

Toda la vida de desportar una reflexión moral sobre la vida por medio del diálogo entre creyentes y no creyentes.

Todos los autores de las siguientes
comunicaciones son conocedores
de estas realidades y habituales
colaboradores de nuestra revista.

Todos ellos exponen su particular
análisis y valoración, dándonos abundantes
pistas para conocer mejor la aportación de
Juan Pablo II, en un campo -el de la pastoral
de la salud y la defensa de la vida- que
ha sido pionero.

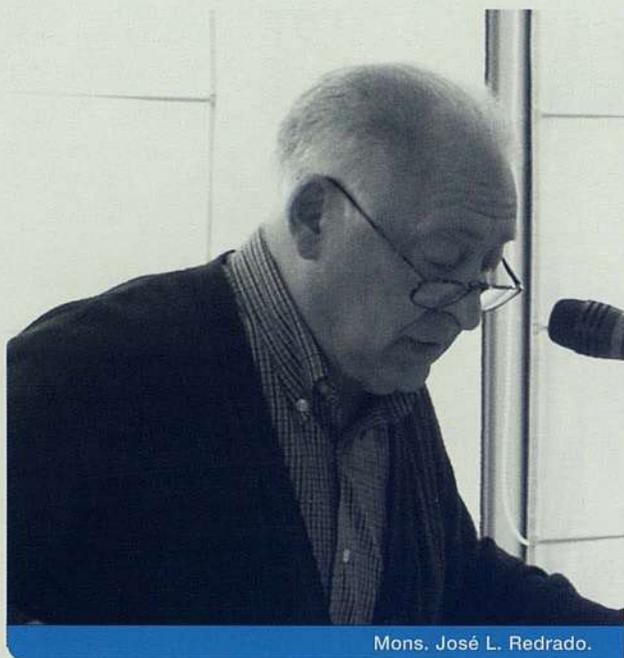
Ellos tratan también de atisbar algunos
desafíos más importantes para la
Iglesia después de Juan Pablo II. ▶



4.1

En unión con el Papa Juan Pablo II.

> José L. Redrado, O.H.
*Obispo Titular de Ofena,
Secretario del Pontificio Consejo
para la Pastoral de la Salud*



Mons. José L. Redrado.

1. Como un privilegio

He vivido los últimos momentos del Papa de una forma privilegiada. El mes de marzo 2005 ha sido también para mí un momento delicado a causa de la malaria que me llevó primero durante ocho días a la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI), en el hospital Isola Tiberina de Roma; después a la hospitalización en Planta de Medicina y, una tercera etapa, a un reposo, a cuidar preferentemente la salud, “vigilado”, controlado, sin poder integrarme en el trabajo, hasta nueva orden médica. Todo este período de tiempo ha coincidido con el repetido ingreso del Papa en el Policlínico Gemelli y con los últimos momentos en Vaticano que yo de forma “privilegiada”, en reposo a causa de la enfermedad, no integrado en el trabajo, con tiempo, he podido seguir por los medios de comunicación social, sobre todo los últimos días.

2. Un Papa testigo

He visto en este Papa un testigo; he visto la fuerza de Dios que obra en la debilidad; he visto

la mano de Dios que sostiene un cuerpo roto, fatigado, dolorido.

Los últimos momentos de este Papa han sido de gran conmoción, de gran solidaridad; han suscitado en todos, creyentes o no, un río de oraciones, de testimonios, sobre su persona, sobre lo que ha hecho y ha sido este Papa para la Iglesia, la sociedad, la gente.

**Un Papa que ha sufrido,
que no ha escondido
su enfermedad, que la ha
llevado como un atleta
hasta el final.**

A todos nos ha dado una gran lección de vida. Nada ha sido improvisado, ha sido un final coherente que tiene un iter más que lógico en su vida. Un Papa que viene no sólo de lejos, sino que viene del sufrimiento, pegado a su propia vida, formando parte de la misma: en familia donde crece huérfano; en la sociedad de su tiempo en la que debe experimentar el trabajo duro, alternado con su preparación al sacerdocio. Ya sacerdote, fue atraído en su ministerio por tres amores que ha cultivado hasta el final: la familia, los jóvenes y los enfermos.

3. Enfermo entre los enfermos

Es significativa la visita que el Papa hace al **obispo Deskur** en el Policlínico Gemelli al día siguiente de su elección; aquí recordó el Papa cuanto había dicho a los cardenales la mañana anterior, “*que apoyaba su ministerio papal, sobre todo, en aquellos que sufren y que unía sus oraciones al sufrimiento,*

a la pasión, al dolor". *"¡Carísimos hermanos y hermanas, me encomiendo a vuestras oraciones!"*. Y despidiéndose dijo:

**"Cristo está entre vosotros,
en el corazón de los
enfermos, en el corazón
de los 'Samaritanos' que
sirven a los enfermos"**.

El hospital ha sido para este Papa la mejor cátedra; verlo en el hospital, verlo "enfermo entre los enfermos" nos ha enseñado más que con sus escritos, más que con sus viajes. Verlo en la etapa final de su vida es la catequesis más rica, más sublime de este Papa. Su serenidad, con confianza en la Providencia, el verlo tan preparado, mirando la muerte de frente, sin esconderla, sin miedo, llegando al abrazo final con esa paz y confianza, todo ello es una lección que todos hemos aprendido de este Papa y que los medios de comunicación nos lo han hecho vivir profundamente.

En una de las ocasiones, desde el Policlínico Gemelli, el Papa daba al mundo el siguiente testimonio: *"En estos días de enfermedad he tenido la ocasión de comprender mejor el valor del servicio que el Señor me ha llamado a dar a la Iglesia como sacerdote, como obispo, como sucesor de Pedro: este servicio pasa también a través del don del sufrimiento..."*.

Y alentará también a los enfermos *"a ser testigos generosos de este amor privilegiado a través del don de vuestro sufrimiento, de gran alcance para la salvación del género humano"*.

Son expresiones todas de ánimo y esperanza que este Papa se las ha aplicado él mismo en la vida práctica, desde siempre, pero en especial desde

el atentado el 13 de mayo 1981 y en tantas ocasiones que lo hemos visto enfermo en el Gemelli hasta el final, siendo para todos cátedra, ejemplo de entereza y de fe en medio del sufrimiento, testigo excepcional; su testimonio vale más de cien libros, por eso es admirado, escuchado, porque antes que maestro es testigo y, por ello, atrae, evangeliza.

4. Una herencia para la Iglesia

Se hablará de este Papa por las muchas cosas que ha realizado en su largo pontificado pero, sobre todo, se hablará de él como del Papa que nos ha hablado del dolor y del sufrimiento habiendo tenido una experiencia personal de ellos como ninguno.

Junto a este gran testimonio personal del Papa está también otra herencia que deja en la Iglesia: la Carta Apostólica *Salvifici doloris* (11 febrero 1984) sobre el sentido cristiano del sufrimiento; el Motu proprio *Dolentium Hominum* (11 febrero 1985) instituyendo una Comisión, convertida después en Pontificio Consejo de la Pastoral de la Salud; y, por último, la institución de la *Jornada Mundial del Enfermo* (13 mayo 1992) que ha multiplicado en la Iglesia universal la atención al enfermo.

**Con estos "instrumentos",
con estas "mediaciones"
el Papa ha querido potenciar
la solicitud de la Iglesia a
favor del hombre que
sufre y animar al ejército de
"buenos samaritanos" que
están a su servicio.**

5. En unión con Juan Pablo II

Hace 19 años que el Papa me nombró Secretario del Dicasterio de la Salud que él había instituido y me siento privilegiado por los contactos diversos que he tenido con él por razón del trabajo. Voy a mi archivo personal y veo en mi Album fotográfico dedicado al Papa la foto de mi primer contacto con este Papa en 1979, con ocasión del Capítulo General de la Orden Hospitalaria, y la última fotografía en el mes de enero 2005 con ocasión de la Asamblea Plenaria del Dicasterio; entre ambas fechas cuento con unas ochenta las veces que he encontrado a este Papa por diversos motivos, entre ellos quince a comer o cenar, huésped del Papa, naturalmente con el Presidente y el Subsecretario del Dicasterio. Un privilegio que llena de entusiasmo, admiración y devoción. Momentos en los que uno percibe, entre coloquios y frases, el sentido de los interlocutores, aquí del Papa: su serenidad, su capacidad de escucha, el tesón, su entusiasmo, su preocupación por los enfermos y sanitarios, su fe y su exhortación a estar presentes en las realidades temporales.

Un día inolvidable, un encuentro excepcional con el Papa fue el día 6 de enero de 1999: era mi consagración episcopal recibida de manos del Papa; ese día y el siguiente, en Audiencia con mis familiares, fueron de una gran emoción para todos y, en particular, de una experiencia única para los míos.

6. El Papa nos ha dejado, ha muerto

Es la octava de Pascua, día 2 de abril 2005, primer sábado del mes. El hijo, el *Totus tuus*, es conducido al cielo por manos de María, la Madre que le ha acompañado en la vida terrena, en todas las circunstancias de su vida.

En la edición extraordinaria de L'Osservatore Romano (domingo 3 abril 2005), en primera página, se anuncia la muerte del Papa con las siguientes expresiones:

"Hoy, sábado 2 de abril, a las 21'37 horas, el Señor ha llamado a Sí al Santo Padre Juan Pablo II".

Y proseguía al pie de la foto del Papa también en primera página:

**"Nos has dejado,
Santo Padre.**

**Te has consumado por
nosotros. En esta hora
para tí gloriosa, para**

**nosotros dolorosa, nos
sentimos abandonados.**

**Pero cógenos de la mano
y guíanos con aquella**

**Mano Tuya que en estos
meses se ha hecho en**

Ti también palabra:

¡gracias, Padre Santo!"

4.2

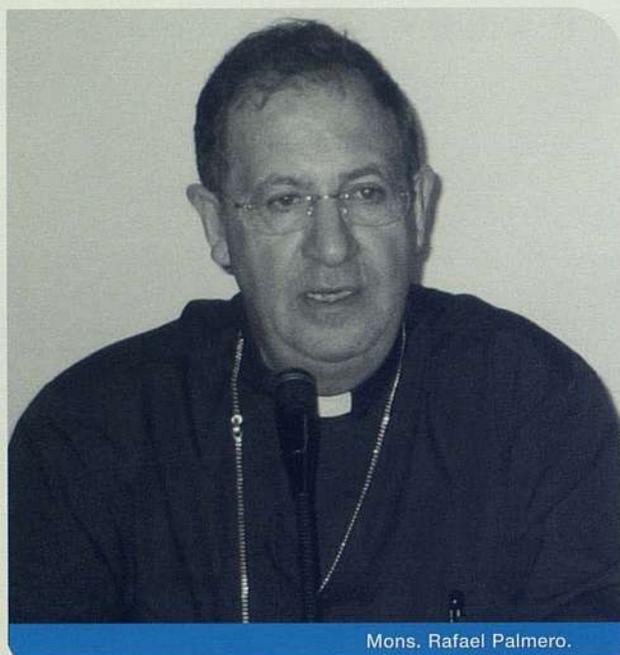
Juan Pablo II y la cultura de la vida.

> Rafael Palmero
Obispo de Palencia

Con el corazón todavía encogido por la muerte de nuestro querido Juan Pablo II, me pedís unas líneas, en referencia a su magisterio sobre la salud y la enfermedad, la vida y la muerte. Sobre el dolor, el sufrimiento y también los gozos de la vida.

Por razones obvias de espacio, voy a detenerme en el eje de dos encíclicas tuyas, importantes las dos: la *Sollicitudo rei socialis*, del 30 de diciembre de 1987, publicada en el vigésimo aniversario de la *Populorum progressio*, y la *Evangelium vitae*, del 25 de marzo de 1995, que habla del valor y del carácter inviolable de la vida humana. En una y otra carta reflexiona este testigo cualificado sobre el mandamiento "No matarás".

Con especiales referencias al aborto y a la eutanasia. Redondea y enmarca esta lección magistral el testimonio elocuente de su propia vida, sobre todo en la etapa final de los últimos días de ofrecimiento al Señor sobre el altar de su propio Calvario. ▶



Mons. Rafael Palmero.

Por una cultura de la vida

Se advierte con facilidad, en el copioso magisterio de Juan Pablo II, una melodía de fondo, que se escucha con atención en la encíclica *Evangelium vitae*. Refleja una mentalidad, empeñada en promover, por todos los medios y a todos los niveles, la cultura de la vida. Más que nunca, hemos de defender la vida, toda vida, desde su origen en el primer momento de la concepción, hasta el final, cuando llega la hora de partir hacia el Padre. Cuando la persona humana está menos protegida y más amenazada, es cuando más necesita ayuda, cuidado, defensa y protección.

Pero el tema central de EV no se centra en un mero rechazo de determinados comportamientos amenazadores de la vida, sino que gira en torno a la promoción de un cambio cultural a favor de la vida humana:

**El tránsito de la cultura
de la muerte a la cultura
de la vida. Tarea que ha**

**de ser llevada a cabo
por todos, tanto creyentes
como no creyentes.**

De ahí que pida el Papa “movilización general de las conciencias”, en la que seamos capaces todos de unirnos en “un común esfuerzo ético”. Solamente así será posible, en el seno de una sociedad pluralista y democrática, promover el cambio cultural que facilite “*una gran estrategia en favor de la vida*” (EV 95). De hecho, la presencia de más de doscientas delegaciones gubernamentales y la asistencia de los líderes religiosos más significativos del mundo en los funerales de Juan Pablo II ratifican y premian su esfuerzo permanente y su lucha incansable en la defensa sin condiciones de la persona humana.

Ha llamado siempre la atención el optimismo vitalista del Papa. En sus repetidos viajes, en sus abundantes discursos, en cada encuentro personal con él, se palpaba un convencimiento firme de que, más tarde o más temprano, vencerá el bien al mal, la vida a la muerte. En el número 26 de EV señala los signos que anticipan esta victoria, “*¡cuántas iniciativas de ayuda y apoyo a las personas más débiles e indefensas han surgido y continúan surgiendo en la comunidad cristiana y en la sociedad civil, a nivel local, nacional e internacional, promovidas por individuos, grupos, movimientos y organizaciones diversas!*” (EV, 26).

Un ejemplo concreto: desde que San Juan de Dios fundó el primer “hospital” de Granada hasta nuestros días, ¡cuántos enfermos atendidos en los centros de los Hermanos Hospitalarios! Millones han sido las personas acogidas en las casas de diversas Ordenes Religiosas que cuidan de los enfermos y desamparados.

Pienso en mi Diócesis de Palencia enriquecida por la presencia de los hermanos de San Juan de Dios y de las hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón en el Centro de San Luis, de los Padres Guanelianos,

de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados y de otras instituciones religiosas dedicadas a atender a los enfermos. Y, si tenemos en cuenta esa mayoría silenciosa de profesionales sanitarios cristianos que trabajan en los centros socio-sanitarios, se ensancha el corazón y se evidencia cómo la Iglesia sigue siendo samaritana.

Centenares y miles de sacerdotes diseminados por nuestra geografía visitan a los enfermos, consuelan a los que lloran, ayudan a las familias pobres, organizan campamentos de verano con los jóvenes, llevan de excursión a los discapacitados, imparten catequesis a los niños, y, con todo ello, no hacen más que colaborar de forma directa y admirable en el cuidado de esta cultura de la vida.

Otros signos indicadores del recorrido

Los esposos abiertos a la vida, las familias que acogen en su seno otros hijos, los centros de ayuda a la vida, los grupos de voluntarios, la larga lista de visitantes de enfermos. La misma medicina, cuando se dedica a abrir prometedoras perspectivas a la vida naciente, a los hermanos que sufren, a los enfermos en fase terminal, se convierte igualmente en un surtidor de agua fresca que revitaliza los campos secos de nuestra sociedad, tan materializada.

Y todavía señala el Papa como signos de esperanza, *“una nueva sensibilidad cada vez más contraria a la guerra”* y *“la aversión cada vez más difundida en la opinión pública a la pena de muerte”*.

BancSabadell



Sin que olvide la atención que se presta hoy día a la calidad de vida y al problema ecológico. Son los jóvenes, principalmente, quienes han de tener estas inquietudes en un mundo globalizado. Particularmente significativo es el nacimiento y el desarrollo de la Bioética.

Trata el Papa de despertar una reflexión moral sobre la vida por medio del diálogo entre creyentes y no creyentes.

Diálogo que contribuye de manera sorprendente a promover una mentalidad en favor de la vida. Este horizonte de luces nos lleva, a su vez, a valorar lo que tantas personas hacen cada día, de forma anónima y silenciosa, en bien de los demás. *“¿Cómo no recordar, además, todos estos gestos cotidianos de acogida, sacrificio y cuidado desinteresado que un número incalculable de personas realiza con amor en las familias, hospitales, orfanatos, residencias de ancianos y en otros centros o comunidades, en defensa de la vida?”*

La Iglesia, dejándose
guiar por el ejemplo
de Jesús ‘buen samaritano’
(cfr Lc 10, 29-37) y sostenida
por su fuerza, ha estado
siempre en la primera línea
de la caridad” (EV, 27).

Concluye Juan Pablo II este capítulo de su encíclica, resaltando la importancia de la fe en Jesús: *“la opción incondicional en favor de la vida alcanza plenamente su significado religioso y moral cuando nace, viene plasmada y es alimentada por la fe en Cristo”* (EV, 28).

Sabemos, muy bien, la importancia que ha tenido el seguimiento de Jesús en la estructura teológica de su magisterio, en dos momentos principalmente: la Encarnación y la Resurrección. En la misa eucarística celebrada en la plaza de San Pedro y presidida por el entonces **Cardenal Ratzinger**, hoy **Papa Benedicto XVI**, resultó emotiva y emocionante la homilía en torno a la palabra pronunciada por Jesús: “Sígueme”.

Escribo estas líneas en Pascua florida, cuando resulta hermoso contemplar los árboles frutales en flor a pesar de los rigores que este año se prolongan. Es la vida que vence a la muerte. La fe en el Resucitado nos llena de alegría, de ilusión y de esperanza. De Él recibimos la luz y fuerza para **anunciar, celebrar y servir al Evangelio de la vida.**

Frente a una cultura de la muerte.

Dos preguntas, recogidas en el número 10 de la carta EV, pertenecen al libro del Génesis. *¿Qué has hecho?* (Gn 4, 10), pregunta que hace Dios a Caín. *¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?* pregunta, respondiendo Caín a Dios. Cada persona humana ha de sentirse interpelada por estos interrogantes, si de verdad tomamos conciencia de la gravedad de tantos atentados contra la vida. Es cierto que hay amenazas que nacen de la naturaleza misma (el reciente tsunami). La gran mayoría, sin embargo, son *“fruto de situaciones de violencia, odio, intereses contrapuestos, que inducen a los hombres a agredirse entre sí con homicidios, guerras, matanzas y genocidios”*.

Cuando el Papa promulga la *Sollicitudo rei socialis*, en el año 1987, a los veinte años de la *Populorum progressio*, la situación del mundo era más negativa. Hablaba entonces de "otras muchas formas de pobreza" que han agravado notablemente nuestro mundo (SRS 15). Indicadores de las mismas son la crisis de la vivienda, el fenómeno del desempleo y subdesempleo, la deuda externa, el comercio de armas, las armas atómicas, los millones de refugiados, el fenómeno del terrorismo (SRS cap. III). Todo ello ha desembocado en las "estructuras de pecado", con una mentalidad difusa contraria a la solidaridad y que en muchos casos se configura como verdadera "cultura de la muerte" (SRS 36. EV 12).

"¿Cómo no pensar también en la violencia contra la vida de millones de seres humanos, especialmente niños, forzados a la miseria, a la desnutrición, y al hambre?... ¿O en la siembra de muerte que se realiza con el temerario desajuste de los equilibrios ecológicos, con la criminal difusión de la droga o con el fomento de modelos de práctica de la sexualidad que, además de ser moralmente inaceptables, son también portadores de graves riesgos para la vida?" (EV 10).

Como Pastor y Padre Juan Pablo II se une a las preocupaciones, angustias y sufrimientos de tantos padres al ver a sus hijos consumiendo alcohol, deslizándose por la pendiente resbaladiza de las drogas o iniciándose tempranamente en las relaciones sexuales. Por desgracia, hoy día, son muchas las amenazas, manifiestas o encubiertas, contra la vida humana.

De ahí que se precise una opción radical por la vida y la salud, una decisión seria en defensa de las personas más pobres, más enfermas, más necesitadas.

En sus alocuciones y documentos él siguió empleando una frase generalizada en el pensamiento teológico: opción o amor preferencial por los pobres.

"Esta es una opción o una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia... Este amor preferencial no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor" (SRS 42).

Poder elocuente del testimonio de su vida.

Pero nuestro querido Papa, no sólo se ha comunicado con palabras y escritos. Toda su vida ha estado marcada por gestos, signos, hechos, acontecimientos, que han enseñado este amor a la vida, a la vida de los más pobres, a la vida de los jóvenes, a la vida de los enfermos.

Nadie ha visitado tantas veces los países más desheredados de la tierra.

Nadie como él ha escuchado a los empobrecidos de nuestro mundo, ha enjugado las lágrimas de los que lloran, ha consolado a los tristes, ha abierto horizontes nuevos a los jóvenes, ha visitado a los enfermos en los hospitales, o en su residencia familiar. Resulta conmovedor verle agarrado de la mano de *Teresa de Calcuta*, acariciando a los recogidos y acogidos en sus casas o riendo con los jóvenes de Cuatro Vientos, en España. O bromeando con su sano buen humor: "Sí, sí el papa es un joven de 82 años".

Juan Pablo II se ha dejado acariciar por toda clase de personas, vestidas con los atuendos más variopintos de diversos pueblos o regiones. Adornado con un poncho del altiplano, o con el traje de esquimal, o con las plumas de los indios, o con el casco de los mineros de Bolivia. Siempre ha tenido un detalle de afecto y de cariño con quien se le acercaba. Impresionante la imagen del Papa en la celda de Alí Agca, el joven que intentó asesinarlo en la plaza de San Pedro.

Le hemos visto gozar y sufrir, llorar y reír, hablar y callar, caminar por las montañas y encontrarse con las multitudes. Y en estos meses últimos, envejecer y enfermar, sin ocultar el deterioro físico que no resta a la persona ni siquiera un ápice de dignidad. En un mundo tan pendiente de las apariencias, éste ha sido uno de sus mensajes más elocuentes:

**El ser humano vale
por sí mismo, porque
es persona, porque es
un fin y nunca un medio,**

aunque pierda su belleza, su juventud, su inteligencia en parte, y hasta llegue a desmoronarse al carecer de fortaleza física.

Nos ha enseñado a todos a vivir en la plenitud de la juventud, cuando esquiaba, nadaba, subía en canoa, salía de excursión a la montaña o recorría amplios horizontes, visitando poblaciones o grupos apartados. También nos ha mostrado el lado positivo del sufrimiento que acarrea la misma vida. El atleta de Dios, en una silla de ruedas, el políglota consumado, sin poder pronunciar una palabra de bendición. Cuando le hemos visto mayor, achacoso, débil, anciano, y, por lo mismo, más vulnerable que nunca, es cuando nos hemos acercado más a él. Quizá se esconda aquí uno de los polos más fuertes de su atracción universal.

**Finalmente, nos ha enseñado
a morir en paz, con dignidad,**

sin necesidad de acudir a un hospital, habiendo recibido conscientemente la unción de enfermos en su casa, acostado en su lecho y rodeado de sus colaboradores más inmediatos, de aquellas personas que, por haber perdido a los suyos, eran los miembros de su nueva familia.

En nuestra peregrinación por la vida, compartida con él a la cabeza, quedan en el camino, como hitos diferenciadores:

- Su carta apostólica **Salvifici doloris**, del 11 de febrero de 1984, sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano.
- El documento **Dolentium hominum**, instituyendo la Comisión Pontificia para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, hoy Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud.
- La **Jornada Mundial del Enfermo**, desde el año 1992, coincidiendo con la fiesta de Ntra. Señora de Lourdes. En España tiene un recorrido más largo, ya que, como auténtica campaña iniciada en esa fecha, se prolonga hasta la Pascua del enfermo en el mes de mayo.

Y tantas otras luces, iniciativa, visitas, acompañamientos, oraciones, momentos de cercanía, de consuelo, de auténticas curaciones, que ahora estamos conociendo tras su muerte, con detalle...

Él nos ha ayudado a compartir una mentalidad evangélica que no vanaliza el dolor con la mera resignación, sino que nos une a Cristo Redentor, incorporándonos a su Pasión, Muerte y Resurrección. La Salvación, en efecto, colma y corona nuestra alianza con Dios.

¡Gracias, Padre Dios, por el regalo grande que has concedido a tu Iglesia en estos 27 años últimos. Gracias mil por Juan Pablo II el Grande!

4.3

Aportaciones de Juan Pablo II a nuestra vocación hospitalaria.

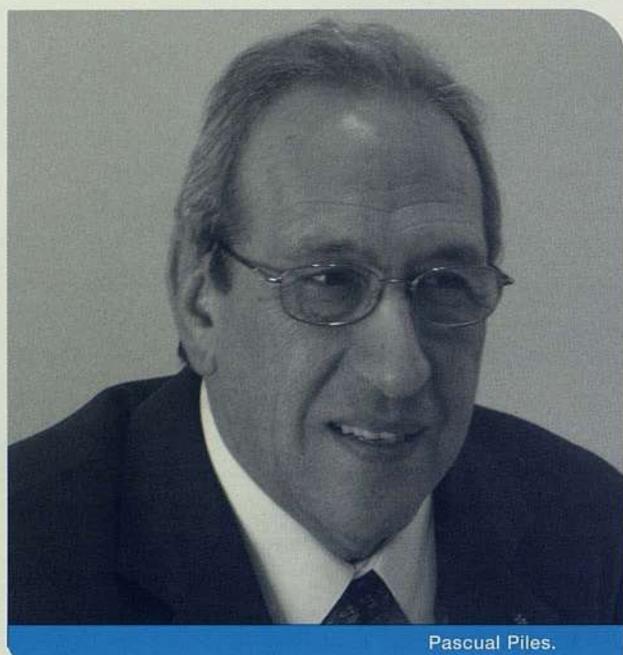
> Hno. Pascual Piles Ferrando

Superior General de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios

La muerte de Juan Pablo II ha llegado a lo más profundo del corazón de muchas personas. Muchos católicos han tenido la posibilidad a lo largo de su Pontificado de verlo de cerca, de saludarlo personalmente. Muchas personas de otras confesiones cristianas han tenido la oportunidad de valorar la riqueza de su personalidad.

Muchas personas pertenecientes a religiones no cristianas han tenido la oportunidad de apreciar lo que ha aportado al mundo de la fe y de los valores fundamentales de la vida.

Muchos políticos y representantes de Instituciones públicas han tenido oportunidad de acogerlo en sus países o instituciones, de valorar la riqueza de su ser, de ver la multitud de personas que era capaz de movilizar. El Papa con sus palabras, sus gestos, sus mensajes, sus celebraciones suscitaba en todos sentimientos de entusiasmo y de esperanza. De modo particular fue para los jóvenes un padre y una fuerza espiritual capaz de infundir estímulo y confianza frente a los desafíos del futuro. ▶



Pascual Piles.

Sin lugar a duda la Iglesia ha “perdido” un gran líder, uno de sus grandes papas. Han aparecido afirmaciones, motivadas por la emotividad o por el gran aprecio a su persona, como: Juan Pablo II, el grande, el magno; Juan Pablo II, santo inmediatamente. La historia más o menos próxima se encargará de confirmar tan justas como convenientes manifestaciones porque, de hecho, en tales valoraciones realizadas hay mucho de objetividad.

Esta comunicación la voy a realizar desde ciertos aspectos que pueden centrar mis impresiones acerca de su figura y en relación con nuestra Familia Juandediana

1. Valoración personal y como Hno. General de la Orden Hospitalaria

Personalmente pienso que Juan Pablo II, ha gozado de muchos elementos que han motivado estas apreciaciones: su pontificado ha sido largo (26 años), ha tenido una identidad católica muy definida, ha

sido una persona muy espiritual, inteligente, con una gran capacidad de comunicación, con una gran capacidad de trabajo, con un saber estar en el mundo actual desde muchos frentes. Ha tenido un Magisterio prolijo y profundo, ha tenido una dimensión pastoral muy impactante. Ha habido algunos temas que no ha promovido, según opinan ciertos sectores, y que les hubiera gustado, pero es cierto que no siempre se pueden satisfacer los deseos y los criterios de todas las personas.

De los 26 años de pontificado de Juan Pablo II, como Consejero y como Hermano General he vivido en Roma 16, tiempo que me ha permitido valorar mucho lo que ha realizado a favor de la Orden.

La admiración de Juan Pablo II por la Orden la ha tenido desde Cracovia, su tierra natal, de cuya diócesis fue arzobispo, donde tenemos un hospital bajo la protección de San Juan Grande. Cuando fui elegido General tuve una audiencia privada con él, me manifestó su sentir, me habló del hospital que la Orden tiene en Cracovia y manifestó alegría al decirle que yo lo conocía y que había visitado también su casa natal. De hecho en su última visita a Polonia con motivo del Jubileo del año 2000 pasando por la puerta de nuestro hospital se paró el papa móvil, y bendijo a la comitiva de Hermanos, profesionales y enfermos que salió a saludarle a la puerta del hospital.

Hemos sido recibidos como Capítulo General, como Consejo General y cuando hemos tenido reuniones. Siempre hemos sido confortados y animados con los correspondientes mensajes para la Orden.

Cuando tuvimos en Roma reuniones con los colaboradores en 1988 y 1995, nos recibió también como grupo y

De él recibimos mensajes estimulantes para la humanización,

la nueva hospitalidad y para seguir siendo verdaderos seguidores de San Juan de Dios.

Una gratitud grande tiene la Orden con Juan Pablo II, que al propiciar y promover los modelos de santidad en la Iglesia, en su largo pontificado la Orden fue honrada con la beatificación y canonización de **San Ricardo Pampuri** en 1981 y 1989, respectivamente, con la beatificación (1985) y la canonización (1999) de **San Benito Menni**; de igual manera inscribió en el catálogo de los santos al beato **Juan Grande** en 1996, y beatificó (1992), los 71 Hermanos mártires de la guerra española, siete colombianos y 64 españoles.

Estando los hermanos en la ciudad Roma, en el hospital San Juan Calibita, en la Isola Tiberina y el hospital de la Villa San Pietro, en la via Cassia, a las dos obras apostólicas, el Pontífice realizó una visita reposada en 1981 y en 1985 respectivamente, teniendo palabras especiales para las comunidades de Hermanos y Hermanas, para los profesionales, para los enfermos y familiares.

Los Hermanos somos los responsables de la administración de la Farmacia Vaticana. Muchas veces directa e indirectamente hemos tenido elogios por la presencia de la comunidad y por el acierto y conocimiento de los productos farmacéuticos del **Hno. Director, Fabiano Hynes**, que lleva al servicio de dicha farmacia casi 50 años.

Por otra parte, hemos tenido como Secretario del Pontificio Consejo de la Pastoral de la Salud al **Hno. José Luis Redrado** desde 1986, cuya ordenación episcopal tuvo lugar el 6 de enero de 1999,



agelectric

CORPORACIÓ AGE

Instal.lacions específiques d'establiments sanitaris
Instal.lacions d'electricitat (alta i baixa tensió)
Instal.lacions de seguretat
Instal.lacions contraincendis
Instal.lacions de comunicacions
Instal.lacions de control

c/Asturias, 8-10
08830 Sant Boi de Llobregat

Telf. 93 552 14 00

Fax. 93 552 15 00

e-mail:agelectric@agelectric.com

siendo el primer obispo de nuestra Institución. También ordenó como sacerdote al **Hno. José Tomás Salas** en Valencia en uno de sus viajes el 8 de noviembre de 1982.

2. Aportación a la Pastoral de la Salud

Juan Pablo II ha tenido una sensibilidad especial por las personas que sufren. Lo ha demostrado con su cercanía en las visitas a los distintos lugares, en las celebraciones, en las audiencias, etc. Rompiendo todo protocolo se acercaba con mucha espontaneidad y sensibilidad a los enfermos, a los ancianos, siempre situados en lugares preferentes.

Esta sensibilidad se acrecentó, sin duda, cuando en 1981 tuvo el atentado en la plaza de San Pedro que lo llevó a vivir de forma muy especial la experiencia del sufrimiento, con la posibilidad de la muerte.

Ya anteriormente, en 1980, había escrito su segunda encíclica *"Dives in misericordia"*, en la que de forma muy precisa manifiesta este amor del Padre por los que sufren y por tanto como consecuencia el amor de la Iglesia por ellos: *"Revelada en Cristo, la verdad acerca de Dios como "Padre de la misericordia", nos permite verlo especialmente cercano al hombre, sobre todo, cuando sufre"* (DM 2). En esta encíclica pone las bases para lo que es el fundamento evangélico de la pastoral de la salud preocupándose de hacer el bien y de evangelizar al que sufre: *"Cada vez que habéis hecho una de estas cosas a uno de estos me lo habéis hecho a mí. Bienaventurados los misericordiosos porque alcanzarán misericordia"* (DM 8).

El 11 de febrero de 1984, fiesta litúrgica de Nuestra Señora de Lourdes, se publica la encíclica, *"Salvifici Doloris"*, la primera en la historia de la Iglesia que aborda el sufrimiento humano. Afirma que *"el mundo del sufrimiento contiene en sí un*

singular desafío a la comunión y la solidaridad" (SD 8). Afirma también que:

"Cristo se acercó al mundo del sufrimiento humano, asumiendo este sufrimiento en sí mismo" (SD 16).

Considera *"el sufrimiento, más que cualquier otra cosa, como el camino que abre a la gracia que transforma las almas"* (SD 27). Dirige finalmente unas palabras de aprecio a las personas que orientan su vida a los que sufren: *"Pensando en las personas que con su ciencia y capacidad prestan servicios al prójimo que sufre, no podemos menos de dirigirles unas palabras de aprecio y gratitud. Su acción caritativa puede definirse acción social o apostolado"* (SD 29).

Un año más tarde, 11 de febrero de 1985, instituye con el Motu Proprio *"Dolentium Hominum"* el Pontificio Consejo para los Profesionales de la Salud, posteriormente denominado Pontificio Consejo para la Pastoral de la Salud. Tiene en consideración el hecho de que en la Iglesia ha habido desde su fundación diversas instituciones e iniciativas a favor de las personas enfermas y necesitadas (DH 1).

Habla de la necesidad de tener una visión integralmente humana de la enfermedad y pide una actitud realmente humana y humanizante en la asistencia a quien sufre (DH 2).

Ve con agrado la multitud de servicios para los que sufren que se han creado en los Estados así como las Instituciones a nivel Internacional a los que manifiesta la necesidad de tener en cuenta no sólo los aspectos sociales y organizativos sino los específicamente éticos y religiosos (DH 3).

A todos hace una llamada e instituye el Pontificio Consejo para tratar de coordinar a todas las instituciones católicas, religiosas y laicas, comprometidas en la pastoral de los enfermos, queriendo que tenga como primera finalidad una mejor formación ético-religiosa de los profesionales sanitarios católicos (DH 6).

El trabajo realizado por el Pontificio Consejo ha sido arduo, en la promoción de la Pastoral de la Salud a través de las Conferencias episcopales y de las diócesis. También por la organización cada año de una Conferencia de reflexión sobre un tema específico, por el esfuerzo realizado en las publicaciones, sea de la revista *Dolentium Hominum*, sea de las reflexiones propias del Pontificio Consejo o de su mismo Presidente. Además de todo ello Juan Pablo II tiene un rico Magisterio llevado adelante en los encuentros y actividades realizados por los distintos grupos, institutos religiosos, prodigándose en cuanto a facilitar sus mensajes y la posibilidad de animar su acción apostólica.

Finalmente es de resaltar la creación en la Iglesia de la Jornada Mundial del enfermo el 13 de mayo de 1992, que cada año se celebra en la memoria de Nuestra Señora de Lourdes, en un Santuario Mariano en los diversos Continentes.

3. Aportación a la defensa de la vida y de los últimos de la tierra

La aportación a la defensa de la vida la ha realizado en todo su Magisterio, declarándose siempre en

contra de una cultura de muerte que oculta el rostro de Dios y los valores que definen y dan sentido a la vida humana. Lo ha hecho defendiéndola siempre, rechazando con fuerza el aborto y la eutanasia, manifestándose en contra de la pena de muerte y de la guerra,

Hablando siempre a favor de la paz y en defensa de la vida.

La Encíclica que podemos considerar orientada básicamente a este tema es "*Evangelium Vitae*". Hace un bonito planteamiento abordando las amenazas que considera tiene actualmente la vida (Cap. 1), presentado el mensaje cristiano sobre la vida basado en el texto evangélico "*he venido para que tengan vida*" (Jn. 10,10) (Cap.2), presentando la necesidad de respetar la vida (Cap. 3) y tratando de promover una cultura de la vida (Cap. 4).

Otra aportación ha sido la institución de la Pontificia Academia para la Vida el día 11 de febrero de 1994 que por su ideal, operatividad y finalidad, está estrechamente asociada a los objetivos y tareas del Dicasterio para la Pastoral de la Salud.

Su sensibilidad por los más desfavorecidos de la tierra, por los más pequeños ha sido evidente a través de gestos concretos: hospitales, residencias de ancianos, prisiones, barrios marginales, naciones lejanas, etc., realidades que han sido objeto de sus visitas y de sus desvelos de Pastor.

Lo mismo podemos afirmar con respecto a la dedicación a los últimos de la tierra. Muchas han sido sus intervenciones, muchos sus gestos.

De hecho la séptima de sus encíclicas, "*Sollicitudo rei socialis*" (1987) está dedicada a la causa social. Temas preocupantes que aborda son: la aparición del cuarto mundo (SRS 16), la crisis de la vivienda (SRS 17), el desempleo (SRS 18), la

deuda internacional (SRS 19), la producción de armas (SRS 23), la caída de la tasa de natalidad (SRS 25), la opción preferencial por los pobres (SRS 42).

4. Desafíos para la Iglesia después de Juan Pablo II

La figura de Juan Pablo II ha sido de una riqueza humana y espiritual magnífica. No somos ajenos a las opiniones de los que son más críticos con respecto a cuanto ha hecho y afirmado. Tener la responsabilidad de guiar a la Iglesia, en un mundo que se materializa, en el que prima el relativismo moral, en el que aumenta la increencia y el alejamiento de la fe y de la práctica religiosa no es tarea fácil. Ponerse de espaldas a la verdad que el mundo de la existencia tiene consigo tampoco es correcto. Iluminado por el Señor creo que ha realizado lo que ha intuido desde la luz que viene de lo Alto y considero que tenía que hacer.

Nuestra vida, como consagrados a la hospitalidad y agentes de pastoral de salud en el mundo de la enfermedad, de los ancianos, de los enfermos mentales, de los discapacitados intelectuales, de los enfermos del sida, de las personas con adicciones fuertes, de los moribundos, de los sin techo, etc., lleva consigo grandes dificultades. Sabemos que se nos plantean dilemas éticos constantemente.

Siendo fieles a los principios del Magisterio, tenemos que tener cercanía a todas las personas a las que nos dedicamos,

para manifestarles nuestra aceptación, comprensión y amor en sus necesidades, para ayudarles a reconstruirse en la medida de lo posible, para anunciarles con nuestros gestos y con la palabra, cuando veamos la oportunidad, la salvación de Jesucristo.

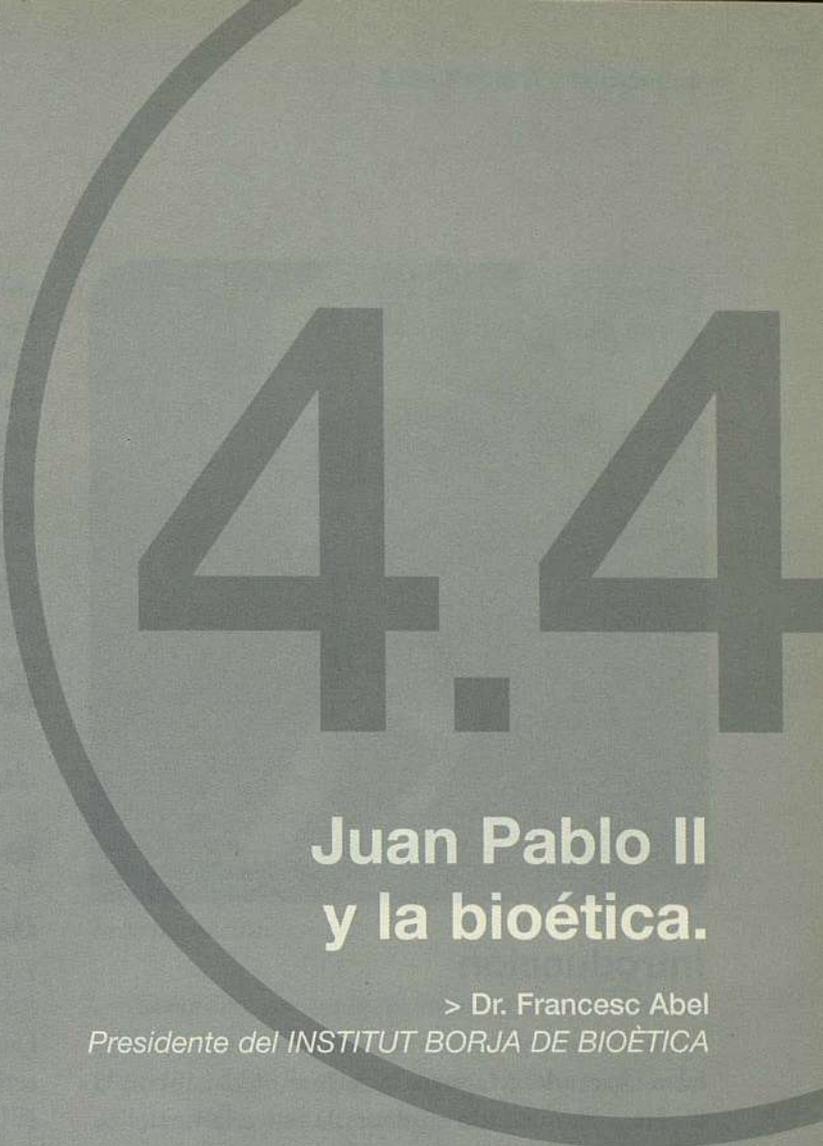
Hay que decir que muchas veces no llegamos a completar todo este proceso, pero hemos de promover siempre en ellos una experiencia positiva que nace de nuestro amor a Jesucristo y a su Iglesia y del amor que les tenemos a los destinatarios de nuestra acción.

Después de la muerte de Juan Pablo II, hemos tenido la sorpresa de la elección del nuevo Papa, Benedicto XVI, antiguo presidente de la Congregación para la Doctrina de la Fe y que en sus primeras apariciones e intervenciones ha manifestado una dimensión pastoral que muchos de nosotros desconocíamos.

Pedimos para que el Espíritu le ilumine, pedimos para que su Pontificado sea fecundo, que haga un buen servicio a la Iglesia,

Comprendiendo la realidad de nuestro mundo, las exigencias de la modernidad e iluminándola con acierto desde la salvación que nos ha traído Jesucristo.

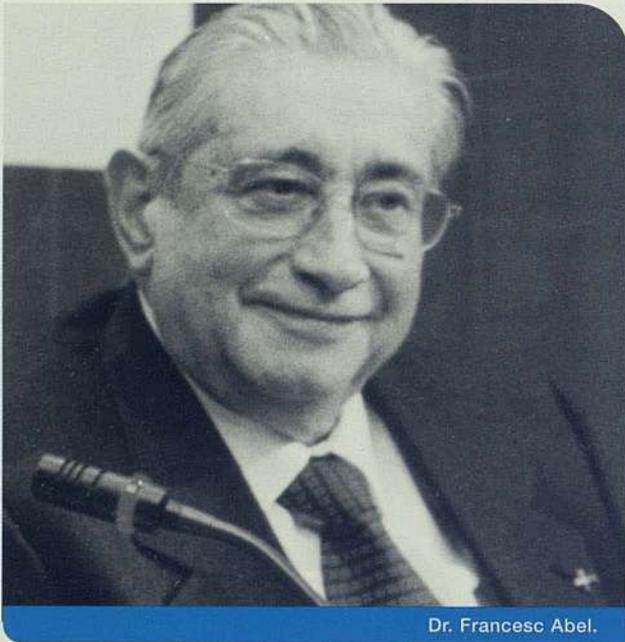
Este es su mayor desafío que es el de toda la Iglesia. Apoyemos al Papa con nuestra oración, como nos lo ha pedido, y con nuestra vida.



4.44

Juan Pablo II y la bioética.

> Dr. Francesc Abel
Presidente del INSTITUT BORJA DE BIOÈTICA



Dr. Francesc Abel.

Introducción

La relación del Magisterio de Juan Pablo II con la Bioética ha quedado enmarcada entre la Encíclica de **Pablo VI Humanae Vitae** del 25 de Julio de 1968 sobre la regulación de la natalidad y la suya propia **Evangelium Vitae**, del 25 de Marzo de 1995, sobre el valor y carácter inviolable de la vida humana, pasando por la Exhortación Apostólica **Familiaris Consortio**, sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual, del 22 de Noviembre de 1981 y la Instrucción **Donum Vitae** sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación, de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe.

Las dos encíclicas, así como estos dos últimos documentos, Exhortación Apostólica e Instrucción, de inferior carácter doctrinal, si bien firme, muestran la preocupación del Papa por la vida humana desde el momento de su existencia hasta el fin de la misma. Ofrecen una importancia singular también su Carta al **Rvdo. George V. Coyne, S.J. Director del Observatorio Vaticano**

con motivo del tricentenario de la publicación de los **Principios de la Filosofía Natural de Newton**, sobre las múltiples relaciones entre la teología, la filosofía y las ciencias naturales (1 de Junio de 1998). Ofrecemos en esta breve comunicación al presente número de LH, algunos comentarios a estos documentos .

Breve semblanza del Papa Juan Pablo II en relación con la encíclica **Humanae Vitae** de Pablo VI

La seguridad que muestra el Papa Juan Pablo II, refleja su carácter, de la misma manera que el Papa Pablo VI expone humildemente su inseguridad, dentro de la firmeza de su doctrina. La seguridad de nuestro recién fallecido Pontífice, el 2 Abril de 2005, le viene condicionada, en parte, por su extraordinaria salud mental y en sus aspectos más extrínsecos por su carácter, forjado en la lucha contra el nazismo, primero y el comunismo después. Este apunte biográfico explica que esté más inclinado a la confrontación que al diálogo. Consciente de que el **Cardenal Ratzinger** será un firme apoyo en cuestiones teológicas, dogmáticas y morales, se apoyará en su mejor preparación teológica, mientras mantendrá los fundamentos filosóficos de su tratado **Amor y Responsabilidad**¹. Esta colaboración le permitirá contener su ímpetu de anatematizar lo que es intrínsecamente malo desde la moral católica. Probablemente se debe al cardenal Ratzinger, que las formulaciones sobre el aborto y la eutanasia, de la "**Evangelium Vitae**"² no recibieran la condena específica propia de las definiciones dogmáticas.

1- Karol Wojtyła. *Amore e Responsabilità*. Marietti, Roma 1968.
2- Juan Pablo II. Enc. *Evangelium Vitae*. AAS 87 (1995) n° 62.

Las dudas de Pablo VI, las explícitas con claridad en la *Humane Vitae*³,

cuando se pregunta ¿no sería indicado revisar las normas éticas hasta ahora vigentes, sobre todo, si se considera que las mismas no pueden observarse sin sacrificios, algunas veces heroicos? ¿no se podría admitir que la finalidad procreadora pertenezca al conjunto de la vida conyugal más bien que a cada uno de los actos? Dado el creciente sentido de responsabilidad del hombre moderno ¿no ha llegado el momento de someter a su razón y a su voluntad, más que a los ritmos biológicos de su organismo, la tarea de regular la natalidad? (H.V. I,3). Respecto a la hipotética aprobación de la separación de las dimensiones unitiva y procreadora del acto conyugal, utilizando métodos contraceptivos artificiales, se pregunta: ¿Quién podría reprochar a un Gobierno el aplicar a la solución de los problemas de la colectividad lo que hubiera sido reconocido lícito a los cónyuges para la solución de un problema familiar?. Estas preguntas siguen teniendo su vigencia en el corazón de muchos fieles, incapaces de comprender a fondo las exigencias del amor, dimanado del amor de Dios, Padre Bueno y Misericordioso. Y, siguen resonando las respuestas tan taxativas que vienen formuladas, poco amablemente, en el célebre n° 14 de la *Humanae Vitae*. La precisión y contundencia hacen pensar que otra mano y no la del Pablo VI, se encargó de cambiar el estilo de este apartado. Lo que se dice del mal menor, sorprendió a muchos que preguntaron qué significaba exactamente: La respuesta que se dio “un cristiano no puede elegir entre dos males. Entendiendo esta elección como un mal “reduplicative sumpto!” algunos apuntaron, y no sin razón que esta norma tan finamente académica como inútil pastoralmente probablemente se introdujo, gracias o por culpa del **P. Marcelino Zalba** s.j. Profesor de la Universidad Gregoriana. Muy frustrante este n° 14

para quienes, teólogos morales, matrimonios, médicos católicos, las hubieran preferido por lo menos más matizadas.

“...Debemos excluir absolutamente, como vía lícita para la regulación de los nacimientos la interrupción directa del proceso generador ya iniciado, y sobre todo el aborto, directamente querido y procurado, aunque sea por razones terapéuticas”... “Hay que excluir igualmente, como el Magisterio de la Iglesia ha declarado muchas veces, la esterilización directa, perpetua o temporal, tanto del hombre como de la mujer; queda además excluida toda acción que, o en previsión del acto conyugal, o en su realización, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, se proponga como fin o como medio, hacer imposible la procreación.

Tampoco se pueden invocar como razones válidas, para justificar los actos conyugales intencionalmente infecundos, el mal menor o el hecho de que tales actos constituirían un todo con los actos fecundos anteriores, o que seguirán después, y que por tanto compartirían la única e idéntica bondad moral...”

Este lenguaje, realmente severo que surge al considerar por una parte los graves peligros que se seguirían de la contracepción arbitraria, choca bastante con la belleza de la descripción del amor conyugal, de la dimensión pastoral de la encíclica, y de la cariñosa exhortación a los cónyuges pidiendo que la fuerza del amor a Cristo, les ayude a cumplir con lo que se les exige de sacrificio. A los sacerdotes se les pide “*que tengan en cuenta en la administración del Sacramento de la reconciliación que la convicción establecida en conciencia, de manera seria y responsable, debe ser respetada por todos*”.

Cuando pasados 37 años desde la promulgación de la *Humanae Vitae* y han fallecido tres Pontífices: Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II, hemos

3- Pablo VI. Enc. *Humanae Vitae*: AAS 60 (1968).

de reconocer que el documento de Pablo VI, que se ha calificado de profético, no ha sido todavía plena y cordialmente asumido⁴.

Surgen aquí y allá, dudas sobre su exacta interpretación y aplicación, y también temores de que la Iglesia, al urgir esa enseñanza pierda plausibilidad ante la conciencia crítica del hombre de hoy e incluso ante los creyentes.

Juan Pablo II, *Humanae Vitae*, *Gaudium et Spes*⁵ y *Familiaris Consortio*⁶

Tuve la ocasión de escuchar por vez primera al Cardenal Karol Wojtyla en Milán, en el mes de junio de 1978, pocos meses antes de que fuera elegido Pontífice (16 de Octubre de 1978), con motivo de los diez años de la *Humanae Vitae*. La ponencia que el Cardenal Wojtyla desarrolló entroncaba perfectamente con el texto de su obra "Amor y responsabilidad", muy trabajado, muy escolástico, y al mismo tiempo impregnado de afecto y devoción a la memoria del Papa Pablo VI. Las referencias de su ponencia a la *Humanae Vitae* y a la Constitución *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II, lograron entusiasmar a la audiencia por su clara orientación pastoral y aire renovador. Aún cuando la mayoría de la audiencia celebraba entusiásticamente el décimo aniversario de la encíclica,

El futuro Papa sorprendió con su afirmación "el referente último de la decisión de los cónyuges que

aman a Dios y a la Iglesia es la conciencia bien formada".

En la exhortación apostólica de Juan Pablo II sobre la familia "*Familiaris Consortio*", Juan Pablo II dio un paso tranquilizador al aceptar el principio de la gradualidad del crecimiento en el amor, dando prueba de la importancia que tiene mejorar las formulaciones, aún cuando no se retroceda un ápice en la doctrina. La gradualidad del crecimiento en el amor tuvo una precisión: que en esta gradualidad, no hay rebajas en la exigencia del amor. Por esta razón se dijo la gradualidad del crecimiento no supone una gradualidad en la norma.

"A la injusticia originada por el pecado -que ha penetrado profundamente también en las estructuras del mundo de hoy- y que con frecuencia pone obstáculos a la familia en la plena realización de sí misma y de sus derechos fundamentales, debemos oponernos todos con una conversión de la mente y del corazón, siguiendo a Cristo Crucificado en la renuncia al propio egoísmo: semejante conversión no podrá dejar de ejercer una influencia beneficiosa y renovadora incluso en las estructuras de la sociedad.

Se pide una conversión continua, permanente, que, aunque exija el alejamiento interior de todo mal y la adhesión al bien en su plenitud, se actúa sin embargo concretamente con pasos que conducen cada vez más lejos. Se desarrolla así un proceso dinámico, que avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios y de las exigencias de su amor definitivo y absoluto en toda vida personal y social del hombre. Por esto es necesario un camino pedagógico de crecimiento

4- Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe y refrendado por la LVII Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (16-21 Nov.1992). Ecclesia. Nº 2620, 20 Febrero 1993..

5- *Gaudium et Spes*. Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy. Concilio Vaticano II. Constituciones, Decretos, Declaraciones. B.A.C. 252.

6- Juan Pablo II. *Familiaris Consortio*. Exhort. Apost. AAS 74 (1982).

con el fin de que los fieles, las familias y los pueblos, es más, la misma civilización, partiendo de lo que han recibido ya del misterio de Cristo sean conducidos pacientemente más allá hasta llegar a un conocimiento más rico y a una integración más plena de este misterio en su vida" (FC,9).

Evangelium Vitae

Esta encíclica es un canto a la vida y un documento excepcional y positivo, el undécimo de su pontificado, promulgado el 25 de marzo de 1995, dos años después de la publicación de la "Veritatis Splendor" (VS) del 6 de Agosto de 1993.

La Encíclica

"Evangelium Vitae"

reafirma, integra y perfecciona la doctrina de la mencionada Encíclica HV y de la Instrucción Donum Vitae del 22 de Febrero de 1987.

Por su singular importancia, destacaremos a modo de resumen algunos puntos que merecen atención especial en nuestro contexto sociocultural, histórico, jurídico y científico. Subrayaré las dificultades que su aplicación tiene para distintos

grupos diana, haciendo una distinción entre creyentes y no creyentes, unos y otros polarizados en uno u otro aspecto. Es evidente que tal procedimiento se presta a muchas lagunas pero, las exigencias editoriales, me obligan a sintetizar mucho.

Resumen sintético

Esta encíclica puede verse como una fuerte denuncia de toda estructura de pecado que encuentra sus raíces más hondas en el eclipse del sentido de Dios y del ser humano.

Esto conlleva que muchos sectores de la opinión pública justifiquen atentados en contra de la vida en nombre de la libertad individual y derechos derivados de ella, exigiendo incluso la legalización e intervención gratuita de las estructuras sanitarias.

También puede verse como una llamada a la esperanza, exhortando a todos los ciudadanos y gobiernos a trabajar a favor de la justicia y la solidaridad, construyendo una civilización que defienda la vida, la verdad y el amor.

Creo que sería muy difícil encontrar en la encíclica respuestas diferentes o mucho más claras de las declaraciones del Magisterio manifestadas hasta el momento sobre cuestiones morales.

La encíclica es particularmente severa en analizar las leyes que autorizan o promueven el aborto o la eutanasia, ya que se oponen radicalmente al

bien del individuo y al bien común y por lo tanto no tienen validez jurídica y no son moralmente vinculantes. Urge que se haga objeción de conciencia por parte de médicos, enfermeras, farmacéuticos, y gestores de estructuras sanitarias.

Además la encíclica urge a los legisladores que procuren cambiar las leyes a favor del aborto o de la eutanasia allí donde estén promulgadas. Sin embargo, permite a los parlamentarios apoyar una ley restrictiva, si es la única alternativa posible ante una ley más permisiva.

La encíclica encuentra en diversas ocasiones el lenguaje apropiado para los casos dramáticos de mujeres que se encuentran sujetas a fuertes presiones psicológicas y condicionamientos diversos que, ante una gestación conflictiva, solo encuentran como única ayuda eficaz el recurso al aborto. Los medios de comunicación social reciben la atención de la encíclica en tres o cuatro ocasiones exhortándolos a asumir la responsabilidad de fomentar la cultura de la vida, como configuradores de la opinión pública. Veamos, ahora, algunos puntos concretos.

Fecundación in vitro

Así como la contracepción, la esterilización y el aborto reciben la reprobación formal, señalando las diferencias importantes desde la perspectiva moral, aunque englobadas dentro de la llamada "cultura de la muerte" en la encíclica *Evangelium Vitae*,

La fecundación "in vitro" recibe menor atención, cuando se utilizan los gametos de los cónyuges que la prestada en la Donum Vitae DV, con un

lenguaje y argumentación muy pobres.

Fueron muchos los teólogos morales que presentaron objeciones de mucho peso. Dado que, todavía muchos católicos han interiorizado las prohibiciones de este documento en este punto, conviene leer la siguiente respuesta del **P. Manuel Cuyás**⁸ cuando salió la DV y que comparto plenamente: *"La Iglesia se ha pronunciado repetidas veces contra la separación de los significados unitivo y procreador en el acto conyugal. No ha exigido nunca la unión biológica de ambos aspectos, pero reconoce que los esposos tienen derecho a desear que su unión sexual halle en el hijo el complemento deseado. Suponemos que los esposos deseosos de conseguir el hijo mediante la fecundación "in vitro" expresan normalmente su amor sin separar ambos significados"*.

"Esto es suficiente para que se cumpla el carácter de fecundidad del matrimonio en palabras de Juan Pablo II: La fecundidad es el fruto y el símbolo del amor conyugal, el testimonio vivo de la plena donación recíproca de los esposos".

Tales esposos no son responsables de la falta de continuidad biológica entre la unión y el logro del fruto deseado. Una malformación o defecto natural obstaculiza la continuidad, y recurren a la técnica para orillar el obstáculo. En el marco de una auténtica comunidad de vida y amor darán lugar al hijo con la máxima unión moral y ontológica posible entre las dos vertientes, amorosa y procreativa, de la sexualidad humana. Cuando la "actio naturae" ha separado ontológicamente los efectos del significado unitivo y del procreador, no se ve que no pueda la técnica unirlos, al menos moralmente, con la fecundación "in vitro", si no es posible unirlos también biológicamente mediante la recanalización de las trompas o de otro modo.

No se puede decir que personas extrañas al matrimonio "producen" el hijo. Se limitan a remover

causas impeditivas y a disponer las circunstancias que harán posible el encuentro natural de los gametos. Que la tecnificación del proceso entrañe el peligro de substituir la "lógica del don", inherente a la generación humana, marcada por la gratuidad y mutua entrega, poniendo en su lugar la "lógica de la producción", marcada por la voluntad egoísta de poder y de apropiación respecto al hijo, no significa que los esposos hayan de ceder a la tentación.

La intervención ajena para una fecundación heteróloga es algo totalmente diverso. Cuando Pío XII se ocupó por primera vez de la inseminación artificial, enjuició "pura y simplemente como inmoral" la fecundación artificial fuera del matrimonio, porque la ley natural y divina exigen "que la procreación de una nueva vida no pueda ser sino el fruto de un matrimonio, único estado que salvaguarda la dignidad de los esposos y el bien tanto de éstos como del hijo". En este caso la intervención ajena entraña una violación de la exclusividad con que los esposos se entregaron el uno al otro.

La intervención técnico-científica que recoge óvulos y esperma, los prepara, los mezcla, sigue las primeras divisiones de los cigotos y los introduce en la matriz con la esperanza de que se inserten en ella. Poco importa que sea una o varias las personas encargadas de llevar a término el proceso. Prestan apoyo técnico a una acción de naturaleza en el sentido biofisiológico del término.

El respeto debido a la vida humana

No podrá nunca la ética cristiana aceptar la instrumentalización de un ser humano para colmar aspiraciones ajenas a su propio interés por nobles que sean. Toda persona es amada por Dios en sí misma y tiene un destino personal insustituible. La Iglesia condenará siempre aquellas prácticas que atenten contra el derecho a existir de una vida

humana inocente. Es laudable que se tomen medidas previas para asegurar, en lo posible, la salud y perfecta formación de la persona, cuya vida se desea suscitar "in vitro".

Pero no sería aceptable la disposición a interrumpir su desarrollo, caso de manifestarse anormal. No podríamos moralmente aprobar el que un centro urgiese, como condición previa para prestar sus servicios a una pareja estéril, el que ésta suscribiese la voluntad de que el proceso sea interrumpido en el caso de una evolución patológica. La simple aceptación hipotética del aborto, mal llamado terapéutico, entraña ya en la intención y en la voluntad malicia ética de éste.

Que algún servicio clínico para la fertilización extracorpórea haya cometido este atentado, no debe prejuzgar el comportamiento de los centros, que se muestran coherentes en todo el proceder con su opción a favor de la vida humana. Esto es posible y con gusto aprobamos la fecundación "in vitro" procurada en la forma debida, es decir, aceptando la eventual anormalidad.

Excluida la voluntad previa de procurar el aborto en la hipótesis indicada, siguen algunos acusando a la fecundación extracorpórea de poco respetuosa con la vida humana, porque, según los objetores, crea artificiales peligros a la continuidad de ésta y da lugar a una injustificada proliferación de nuevos seres condenados a perecer.

Éticamente hablando, el problema radica en ponderar las pérdidas, o males previsibles, comparándolos con los bienes razonablemente esperados. No hablamos de términos de igualdad matemática, sino de la valoración ética.

7- Congregación para la Doctrina de la Fe. Donum Vitae Sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. 22 de Febrero de 1987. AAS 80 (1988).

8- Manuel Cuyás. Fecundación "in vitro". Consideraciones morales. Rassegna di Teologia, 26 (1985) nº 5.

Si el riesgo corrido resulta proporcionado, en relación con el valor o valores promovidos, las posibles pérdidas, no buscadas ni queridas, deben considerarse éticamente justificadas.

Recorreremos ahora diversos momentos en que la intervención técnica suple la actuación espontánea de la naturaleza y modifica, al mismo tiempo, la relación normal con las expectativas de vida lograda.

Los cambios realizados en la disposición de gametos no ofrecen dificultad. En este estadio del proceso generativo no existe un nuevo sujeto de derechos. Cualquier motivo razonable basta para que resulte lícito forzar la maduración de varios óvulos en un determinado ciclo, aunque se hubiesen de perder casi todos en este estadio.

La sobreabundancia de oocitos es notable. Tampoco ofrece dificultad la concentración y selección de espermatozoides. Incluso la exclusión de los que darían lugar a un determinado sexo puede justificarse por razones terapéuticas, cuando se teme una tara hereditaria vinculada a la condición masculina o femenina del nuevo ser, o cuando existe alguna otra razón, que no pueda considerarse depreciativa de una u otra condición en sí misma.

Aborto

El Santo Padre, Juan Pablo II, declaró solemnemente: *Con la autoridad que Cristo confirió a Pedro y a sus Sucesores, en comunión con todos los Obispos -que en varias ocasiones han condenado el aborto y que en la consulta realizada, aunque dispersos por el mundo, han concordado unánimemente sobre esta doctrina- declaro que el aborto*

directo, es decir querido como fin o como medio, es siempre un desorden moral grave, en cuanto eliminación deliberada de un ser humano inocente. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita; es transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal. (EV.62).

Eutanasia

Para un correcto juicio moral sobre la eutanasia, es necesario ante todo definirla con claridad. Por eutanasia, en sentido verdadero y propio, se debe entender una acción o una omisión que por su naturaleza y en la intención causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor. *“La eutanasia se sitúa, pues, en el nivel de las intenciones o de los métodos usados”* (EV 65). De ella debe distinguirse la decisión de renunciar al llamado “ensañamiento terapéutico”.

La denominación de ensañamiento terapéutico, resulta poco adecuada, siendo preferible la de obstinación terapéutica, salvo en aquellas ocasiones en las que por ignorancia, o por tozudez, se vive desde la perspectiva médica con la preocupación de servir a un principio del tipo: *“Es obligación del médico hacer todo lo posible por salvar la vida biológica de todo paciente”*, prescindiendo de la calidad de esta vida.

Otras veces se vive con tanto miedo a caer dentro de la condena de la eutanasia “directa” que para obviar tal peligro

Se elige, más o menos conscientemente, continuar utilizando medios, que se han mostrado ya inútiles o fútiles.

En estos casos se cae en la crueldad terapéutica.

Procurando evitar el riesgo de ser acusado de cometer el delito de eutanasia, se cae en algo mucho peor que es prolongar la agonía de los pacientes, infligiendo sufrimiento innecesario y cruel.

Soy plenamente consciente que muchos temas de Bioética, que trató Juan Pablo II, se quedan en el tintero. Dejo constancia que algunos que nos afectan profundamente a todos me resultan particularmente amables, como son los temas de la Encíclica, "Dives in Misericordia", del 30 de Noviembre de 1980 y el de la Carta Apostólica "Sentido cristiano del sufrimiento humano", del 11 de Febrero de 1984, que ayudan a abrirnos a la contemplación y a la acción de gracias.

No podemos olvidarnos de las Encíclicas "Sollicitudo Rei Socialis" del 30 de Diciembre de 1987 y la "Centessimus Annus" del 1 de Mayo de 1991, más directamente relacionadas con los ámbitos sociales y políticos, pero por su compromiso a favor de los pobres y la condena de los sistemas que los oprimen, merecen un lugar especial dentro de la Bioética Global.

Al comenzar el Pontificado de Benedicto XVI,

**Desearía que se profundizara
y se pusiera en la práctica
el diálogo respetuoso entre
la ciencia y la fe de acuerdo
con la carta de Juan Pablo II
al jesuita P. Coyne⁹,**

que hemos mencionado al comenzar esta comunicación. Esta carta, recordémoslo trata de las relaciones entre la Teología, la Filosofía, las

Ciencias Naturales y la Fe. Juan Pablo II señaló tres características básicas de esta relación:

"Ha de ser autónoma, recíproca e interactiva. Para ser más específico, ambas religión y ciencia, han de preservar su autonomía y su carácter distintivo. La religión no se fundamenta en la ciencia, ni la ciencia es una prolongación de la religión. Cada una posee sus propios principios, sus formas de proceder, sus diversidades de interpretación y sus propias conclusiones. El cristianismo posee en si mismo el origen de su justificación y no espera que la ciencia sea su principal apologética. La ciencia ha de dar testimonio de su propia dignidad. Aún cuando cada una puede y debe ayudar a la otra como una dimensión diferente de la cultura humana común, ninguna de las dos ha de asumir que constituye una premisa necesaria de la otra.

La oportunidad, sin precedentes, que tenemos hoy es la de una relación interactiva común en la que cada una mantiene su integridad y a pesar de ello está abierta a los descubrimientos e intuiciones de la otra"

Desafíos de la Iglesia después de Juan Pablo II

La elección del Cardenal Ratzinger, quien en nombre de la Iglesia aceptó la responsabilidad de representar al mismo Jesucristo, como Pastor de la Iglesia, aceptando la herencia de Juan Pablo II y la suya propia para asegurar la continuidad doctrinal y moral, y al mismo tiempo, la de conducir la barca de Pedro con suavidad (firmiter sed suaviter).

Resulta evidente que Benedicto XVI va a presentar un frente duro al relativismo, nihilismo y hedonismo de la sociedad postmoderna. Simultáneamente,

9- Albert Dou. Els científics i la fe cristiana. Quaderns Fundació Joan Maragall; 15, Barcelona: Claret; 1993.

**Sabe bien que la Iglesia
se mueve en la historia
y debe, pues, adaptarse
a las circunstancias
concretas de tiempo
y lugar; debe buscar
el modo de exponer
las verdades de la fe
en diferentes
épocas y culturas,**

así como la manera de adaptar su actividad a las mutaciones que tienen lugar en el mundo. (Pablo VI en *Comunión y Progreso*, 1971).

La fortaleza y el espíritu de diálogo que manifestó claramente en su intervención en Milán, que hemos mencionado al principio del artículo, con motivo del décimo aniversario de la *Humanae Vitae*, permite abrirnos a la esperanza de que Benedicto XVI recuperará la dinámica del Concilio Vaticano II en cuestiones como: una mayor dirección colegiada de la Iglesia, un impulso a las Conferencias Episcopales y reconocimiento de su autoridad. Además, esperamos de su apostolado un discurso menos dogmático y más abierto a la sociedad en temas de moral y familia, del que ha existido en estos últimos años. En este aspecto, la Iglesia deberá revisar su diálogo bioético en todas las cuestiones fronterizas, atendiendo a los progresos científicos, que no pueden ser ignorados.

También creemos muy importante el seguir el diálogo con las grandes instituciones como las Naciones Unidas, la Organización Mundial de la Salud, la FAO, y otros poderes fácticos, para ver cómo se podrían encontrar las vías efectivas para la lucha contra las grandes injusticias en el mundo actual: la primera sería el hambre que padece un tercio de la humanidad, superando además otras desigualdades entre países (Norte-Sur a nivel internacional y dentro de cada nación). Denunciar por activa y pasiva, toda violencia y las guerras que no pueden ni deben ser justificadas, asimismo, un toque severo de atención a los cristianos del mundo entero por las graves faltas de omisión frente a la injusticia, la violencia, la falta de receptividad a los inmigrantes y emigrantes, y el autismo de los países más ricos ante al clamor de los más pobres.

* Este trabajo ha sido posible gracias al fondo de documentación de la Asociación Prosaic elaborado por su Consiliario nacional, RP Rudesindo Delgado.

4.5

El Papa y los Profesionales de la Salud. Desafíos después de Juan Pablo II.

> Jose M^a Rubio Rubio*

Presidente de la Asociación de Profesionales Sanitarios Cristianos (PROSAC)

“La vida puede ser amada en la medida en que es conocida y solamente puede ser dignamente servida si es amada”¹. Son palabras de Juan Pablo II a los participantes en la IX Conferencia Internacional del Pontificio Consejo cuyo lema fue “Conocer, amar y servir la vida” y que nos dan pie para afirmar que sólo desde el conocimiento de la vida de Karol Wojtyla puede entenderse su pensamiento. Y aún más, sólo contemplando su experiencia personal de soledad y sufrimiento pueden alcanzarse las profundas razones que explican su actitud ante el dolor propio y el de los demás. Unas razones que siguiendo el itinerario de una vida marcada por accidentes violentos, profundas heridas y muchos días de enfermedad, llegamos no solo a entender sino también a compartir y es así y sólo así, compartiendo y amando la vida extraordinaria de este hombre de Dios como se nos revelan los más profundos misterios, la fuerza poderosa que lo mantuvo hasta el último momento con las ventanas de su vida abiertas a los sonidos de Dios y de los hombres. ▶



José María Rbío.

Juan Pablo II y la salud

Juan Pablo II amaba la vida y disfrutaba gozosamente del bien de la salud. Aunque por las frecuentes y graves patologías que sufrió llegara a considerar el hospital Gemelli como su segunda casa, Juan Pablo II era un atleta al que le gustaba pasear por las praderas y las altas montañas. Su salud tan bien probada le ayudó a superar las dificultades físicas de sus últimos años y aumentaba su profunda compasión y su rebeldía al contemplar el dolor de los que carecían de ella.

Pero Juan Pablo II no entendió nunca la salud como una sensación más o menos objetiva de bienestar y ausencia de enfermedad sino muy al contrario como una condición vital que, más allá de lo sensible y lo inmediato, hace posible los más profundos anhelos del hombre y su esperanza. En el Mensaje para la Jornada del Enfermo del año Jubilar expresaba la salud entendida al modo de Jesús como: *“Plenitud armoniosa de vida ordenada y plena para todos”*. Servir a la salud así entendida conlleva dos deberes esenciales: *“Ante todo, la defensa*

de la vida” para la que nos implicaba particularmente a los profesionales de la salud y *“La promoción de una salud digna del hombre”* (ib 1).

Juan Pablo II y el sufrimiento

Para comprender la actitud de Juan Pablo II ante el sufrimiento es necesario recordar la intensa experiencia del dolor que significó su vida desde su infancia hasta los últimos días de su pontificado: orfandad temprana, muerte de sus seres más queridos, soledad, trabajos inhumanos en el más crudo invierno, persecución, clandestinidad y una dramática historia de dolores físicos. Sobrevivió a dos atentados y un cáncer y durante muchos años tuvo que soportar importantes limitaciones provocadas por accidentes, enfermedades graves y progresivas y por los efectos secundarios de los tratamientos². Ya en sus años de juventud, Carol Wojtyla alcanzó altas cotas de sufrimiento que no lograron frenar el impulso de su vida. Al contrario, parecía sacar fuerzas de su propio dolor. Se forjó en ese mismo sufrimiento, proyectándolo y llenándolo de sentido y en una original y luminosa experiencia, aprendiendo a compartir el dolor con los que sufrían a su lado hasta transformarlo en alimento, vigor y causa solidaria.

Es la dimensión interpersonal del sufrimiento que describió luminosamente en su Carta Apostólica *“Salvifici Doloris”*: *“Los hombres que sufren se hacen semejantes entre sí... Por ello, aunque el mundo del sufrimiento exista en la dispersión, al mismo tiempo contiene en sí un singular desafío a la comunión y la solidaridad.....”*³. O cuando les reconocía a los enfermos de Bangladesh: *“A menudo a través de vuestro dolor, habéis aprendido a ser más humanos y más sensibles a las necesidades de los demás”*⁴.

1-Discurso a los participantes en la IX Conferencia Internacional organizada por el Pontificio Consejo de la Pastoral de la Salud., DH n° 28, 1995

2- G-Weigel: "Biografía de Juan Pablo II. "Testigo de la Esperanza" Plaza y Janés., 1999.

3- Salvifici Doloris., 15., 1984.

4- Juan Pablo II: "Alocución a los enfermos de Bangladesh", Dolentium Hominum n° 5, 1986.

Fue por esa comunión que suscita el sufrimiento por la que Juan Pablo II venció la soledad que el dolor provoca haciéndose amigo de los que sufrían con él y estableciendo poderosas alianzas solidarias a lo largo de toda su vida. Y en esas alianzas fue superando su debilidad por la fuerza misteriosa del amor que brota en medio del dolor y que lleva a comulgar con Cristo en su misma experiencia redentora. Porque para él la cruz: *"Tiene el poder de transformar la vida de los enfermos en una gran victoria sobre la debilidad humana"*⁵.

Pero además el sufrimiento es un reclamo, una llamada, un encuentro y un camino común de la Iglesia y del hombre

"De una forma o de otra, el sufrimiento parece ser, y lo es, casi inseparable de la existencia terrena del hombreLa Iglesia, que nace del misterio de

5- Juan Pablo II: "Alocución a los anfermos de Brisbane, Australia", Dolentium Hominum nº 5., 1986.

Villa-Reyes, S.A.

CONSTRUCCIÓN DE OBRAS

Figueras, 8, dcho. 15
Tels. 417 83 41 - 417 03 06 • Fax: 418 89 90
08022 BARCELONA

*la redención en la cruz de Cristo, está obligada a buscar el encuentro con el hombre, de modo particular en el camino de su sufrimiento*⁶.

Para Juan Pablo II la raíz del sufrimiento es el mal en su más amplio sentido y no seríamos justos en esta breve memoria si no aludiéramos a su actitud profética denunciando las carencias e infidelidades del mundo ante el universo del dolor del hombre. En el mensaje de la VIII Jornada mundial del enfermo clamaba: *"En el ocaso del segundo milenio, no se puede decir que la humanidad ha hecho todo lo posible para aliviar el peso inmenso del sufrimiento que grava sobre las personas, sobre las familias y sobre toda la sociedad...pienso en las guerras que han ensangrentado este siglo... pienso en las formas de enfermedad difundidas ampliamente en la sociedad, como la drogadicción, el sida, las enfermedades debidas a la degradación de las grandes ciudades y del ambiente"*⁷.

Juan Pablo II y los enfermos

Está claro que el misterio del sufrimiento abarca mucho más que la estricta enfermedad, pero no cabe duda que *"...los enfermos son la expresión más frecuente y más común del sufrir humano"*⁸. Monseñor Angelini, presidente durante muchos años del Pontificio Consejo para Pastoral de la Salud, insistía en esta idea del Papa cuando nos recordaba que la enfermedad es el templo que más tarde o más temprano todos hemos de visitar.

A Juan Pablo II le preocupaba la enfermedad y todo mal que provocara sufrimiento, pero sobre todo le interesaban los enfermos y durante su pontificado dio constantes muestras de ello.

Podemos asegurar sin miedo a equivocarnos que fue el Papa que más cerca ha estado de los enfermos y no sólo por su propia experiencia de enfermedad sino también por el testimonio de su palabra y sus escritos, sus frecuentes visitas y encuentros con los enfermos, sus mensajes de compasión y de esperanza, sus hermosas oraciones y muy especialmente por la institución de la Jornada Mundial del enfermo.

En todas estas ocasiones y muchas más que resultaría imposible concretar, Juan Pablo II demostró su especial sensibilidad hacia ellos, su cercanía y su fidelidad.

Juan Pablo II
amaba especialmente
a los enfermos, se
compadecía de ellos,
se unía y se identificaba
con ellos al modo
de Jesús

que *"...Se acercó incesantemente al mundo del sufrimiento humano. Pasó haciendo bien... ante todo, a los enfermos y a quienes esperaban ayuda"*⁹. Imitando esta actitud de Jesús, icono del rostro compasivo de nuestro Dios, en la incondicional donación al enfermo que encontramos en el camino, el hombre y la Iglesia alcanzan su excelencia y la medida en la que fuimos creados, porque *"El hombre no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás"*¹⁰.

6- Juan Pablo II: Salvifici Doloris., 3., 1984.

7- Juan Pablo II. "Mensaje de la VIII Jornada Mundial del enfermo", Roma, 2000.

8- Juan Pablo II. "Christifideles Laici", 53.

9- Juan Pablo II., Salvifici Doloris, 16, 1984.

10- Gaudium et spes., 24.

Pero esta identificación con el enfermo, insistentemente reclamada con su ejemplo y su palabra ha de completarse con una praxis exquisita respetando su dimensión personal y su dignidad conforme a la concepción cristiana del hombre.

*"La Iglesia, al acercarse a los hombres que sufren y al misterio del dolor, se guía por una precisa concepción de la persona humana y de su destino según los designios de Dios. Considera la medicina y los cuidados terapéuticos no sólo como algo que se refiere únicamente al bien y a la salud del cuerpo, sino que afecta a la persona como tal, a la que el mal ataca en el cuerpo"*¹¹.

Y todo ello completado con el ineludible deber de la justicia que nos obliga a mirar a aquellos lugares del mundo donde la salud es un bien escaso y mal administrado por falta de recursos económicos y humanos e implicarnos generosamente todos en esta lucha. A este objetivo común llamaba especialmente a los gobernantes:

*"Hago pues un nuevo llamamiento a quienes tienen a su cargo los destinos de las naciones para que fomenten lo más posible condiciones adecuadas para resolver tan dramáticas situaciones de injusticia y marginación"*¹².

Juan Pablo II y los profesionales sanitarios

El recuerdo de Juan Pablo II quedará definitivamente ligado a la memoria de los sanitarios cristianos por la institución del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes de la Salud, primer

órgano de la Iglesia dedicado especialmente a los profesionales sanitarios y que desde su constitución por el *Motu Proprio Dolentium Hominum*¹³, en 1985 ha producido ya innumerables frutos de coordinación, formación e impulso de la actividad sanitaria y evangelizadora de la Iglesia en todo el mundo. Entre sus actividades destacan las 19 Conferencias Internacionales celebradas en las que se ha abordado de manera interdisciplinar y ecuménica una amplia panorámica de la actualidad sanitaria que abarca desde el uso de los fármacos al servicio de la vida humana hasta la depresión, pasando por los problemas de la mente, el SIDA y la drogadicción, el alcoholismo, la humanización de la asistencia sanitaria, los niños, los ancianos, los minusválidos físicos y psíquicos, el respeto a la vida, sanidad y sociedad, instituciones sanitarias de la Iglesia etc... En todos ellos estuvo presente Juan Pablo II y sus discursos, actuales y lúcidos sobre cada uno de los temas abordados constituyen un fondo documental extraordinario del magisterio de la Iglesia.

La revista *Dolentium Hominum*, con 20 años de publicación es ya un medio de información y formación imprescindible para los agentes sanitarios cristianos. La Jornada Mundial del enfermo, las peregrinaciones a Lourdes, Fátima y otros santuarios marianos,

Sus numerosos viajes fueron siempre ocasión para visitar enfermos y profesionales a los que constantemente

11- Juan Pablo II., *Motu Proprio "Dolentium Hominum"*, 2, 1985.

12- Juan Pablo II: Discurso con ocasión de la XV Conferencia Internacional sobre Sanidad y Sociedad, organizada por el Pontificio Consejo para la Pastoral de la salud" 7, 11, 2000.

13- Ib 11.

agradeció su vocación y su entrega y animó a continuar en su inestimable misión sanitaria y evangelizadora.

Puestos a destacar y a modo de resumen de la herencia de Juan Pablo II a los profesionales sanitarios en general y muy en especial a los agentes de la salud cristianos yo señalaría, además de todo lo referido, dos hechos principales:

En primer lugar Juan Pablo II fue un Papa decisivo en la integración de los agentes sanitarios laicos en la pastoral de la salud que durante su pontificado pasó de ser una actividad fundamentalmente asistencial en lo social a una pastoral específica y profesional en la que los agentes de la salud evangelizan y son evangelizados en su misma actividad profesional y en sus propios lugares de trabajo.

En segundo lugar, Juan Pablo II fue un testigo de la esperanza en medio de los sufrimientos del mundo y de los hombres y con esa actitud se embarcó y navegó mar adentro hasta los más lejanos y oscuros océanos del dolor invitándonos a acompañarle. El año 1991 tuve ocasión de asistir a la VI Conferencia Internacional: "Droga y alcoholismo contra la vida" que fue presentado bajo el lema paulino: *Contra spem in spem*¹⁴, y cuyas son estas palabras dirigidas a todos pero muy en especial a los agentes de la salud: "...vosotros y yo queremos testificar, sin embargo, que las razones para conti-

*nuar esperando existen y son mucho más fuertes que las contrarias: contra spem in spem. ...Por esto, a las familias afectadas por esta prueba les quiero decir: ¡No os desesperéis! Orad, más bien conmigo para que se multipliquen estos Buenos Samaritanos que trabajan en los centros públicos y en los grupos de voluntariado, entre los ciudadanos privados y los responsables de los pueblos y se forme así un frente sólido que se dedique de manera creciente no sólo a la prevención y a la rehabilitación de los drogadictos, sino también a denunciar y perseguir legalmente a los traficantes de muerte y derribar los muros de la disgregación moral y social"*¹⁵.

Desafíos después de Juan Pablo II

El horizonte abierto a los agentes de la salud cristianos por Juan Pablo II es inmenso. Al contemplarlo a la luz de su mensaje nos podemos sentir tentados por la debilidad y es en ese instante de duda y claudicación cuando alcanzan su más profundo significado las primeras palabras con las que saludó al orbe cristiano aquel lejano Octubre de 1978: **¡No tengáis miedo!** Dispuestos a avanzar por un bosque de poderosos avances científicos, incertidumbre ética, escandalosas desigualdades sociales en el ámbito de la salud, profundas soledades, sombras vacías de pan, de Dios y de ternura pero también luces de fe, generosidad, juventud e ilusiones; si queremos que el progreso esté realmente al servicio de los más pobres y la salud de quienes más la necesitan, si deseamos ser verdaderos testigos de la esperanza a la que hemos sido llamados,

14- Esperando contra toda esperanza. Rm 4, 18.

15- Juan Pablo II: Discurso a los participantes en la VI Conferencia Internacional del Pontificio Consejo de la pastoral de la Salud., Nov, 1991.

Las huellas
del Papa
que se fue nos
marcan un camino
ineludible para
todos los profesionales
sanitarios cristianos:

– Servir, amar y respetar la vida; la vida de todos y toda la vida desde el principio al final de la misma. El derecho a la vida ...es para el hombre, no uno de los derechos, sino el derecho fundamental; ¡No hay ningún otro que toque más de cerca la existencia misma de la persona! Derecho a la vida significa derecho a venir a la luz y después a perseverar en la existencia hasta su extinción natural. “Mientras vivo tengo el derecho de vivir”¹⁶. Especialmente apremiantes son sus alegatos en contra del aborto, la eutanasia y cualquier forma de manipulación de la vida humana.

– Promover una salud digna del hombre...
“...fundada en la antropología respetuosa de la persona en su integridad...atributo de la vida, recurso para el servicio del prójimo y apertura a la acogida de la salvación”¹⁷

– Establecer, en el itinerario del sufrimiento, alianzas solidarias y sanadoras con los enfermos, sus familias, los demás profesionales y todos los que de una u otra manera nos encontremos en ese camino desarrollando actitudes de servicio, honestidad y competencia pero también siendo “prójimo de sus hermanos y hermanas que sufren, mediante el respeto, la comprensión, la aceptación, la ternura, la compasión y la gratuidad”¹⁸.

– Ayudar a la construcción de un mundo más justo y más sano por medio de la solidaridad responsable y una conciencia abierta a la verdad y al futuro de la humanidad. En esta tarea “... el Buen Samaritano es modelo de los deberes y de las tareas de los agentes sanitarios. Este modelo reafirma, queridísimos hermanos dedicados a la asistencia y a la pastoral sanitaria, que vuestro servicio, antes de ser una profesión es una misión, sostenida por la creciente conciencia de solidaridad existente entre los seres humanos”¹⁹.

– Y en los momentos de dificultad dar siempre, como dejó escrito su antecesor Pedro, primer obispo de Roma, razones de nuestra esperanza a la manera del maestro Jesús, de Juan Pablo II y de todos aquellos de los que podemos reconocer agradecidos: Sus heridas, nos han curado.

16- Juan Pablo II, Cruzando el umbral de la esperanza, , p. 223. 1994.

17- Juan Pablo II: Mensaje de la VIII Jornada Mundial del enfermo, 10, Roma 2000.

18- Ib, 9.

19- Juan Pablo II, Discurso con ocasión de la X Conferencia Internacional "De Hipócrates al Buen samaritano", Nov 1995.

20- 1P, 3,15.

4.6

Juan Pablo II, y la Pastoral de la Salud.

> Rudesindo Delgado Pérez

El 2 de abril el mundo se conmovía al recibir la noticia de la muerte de Juan Pablo II. Su esfuerzo titánico por decir una palabra sin conseguirlo, ha quedado para siempre grabada en nuestra memoria. Pero también su última bendición.

Y los miles de gestos que nos ofrecían en sus reportajes las cadenas de televisión, y sus palabras. Yo también me conmoví en lo más hondo al contemplar su rostro ya sin vida y los rostros de jóvenes y mayores en profunda contemplación.

Palpo igualmente en la visita a los enfermos de mi hospital y de la parroquia los sentimientos de admiración y de gratitud hacia el Papa. Ha sido un tiempo de gracia concentrada para la Iglesia y para la humanidad. Gracias sean dadas a Dios. ▶



Rudesindo Delgado Pérez.

La petición de Labor Hospitalaria de escribir este artículo sobre Juan Pablo II y la pastoral de la salud ha sido para mí un gozoso regalo, ya que me ha dado la oportunidad de leer y releer, saborear y meditar, algo de lo mucho que ha escrito sobre el sufrimiento, la salud, los enfermos, los profesionales sanitarios, la ancianidad o la muerte.

Pero lo más provechoso ha sido recordar su vida, sus gestos de cercanía y de ternura para con los enfermos, sus encuentros con los agentes sanitarios, su vivencia de la enfermedad y de la muerte y verificar ese rasgo de su persona y de su vida, que tanto ha impactado. Verdaderamente Juan Pablo II ha sido un testigo coherente. Dijo lo que vivió y vivió lo que dijo.

Juan Pablo II impulsor de la pastoral de la salud en la Iglesia

Es un hecho evidente para cuantos nos movemos en este campo pastoral. Su abundante magisterio y sus múltiples gestos a lo largo de su pontificado son una muestra de la importancia dada por Juan

Pablo II a la misión y actividad de la Iglesia en el mundo de la salud. Baste recordar algunos:

- La primera salida como Papa es al Hospital Gemelli para visitar a su amigo Deskur;
- El 11 de febrero de 1984 publica la Carta Apostólica *Salvifici Doloris* sobre el sentido cristiano del sufrimiento humano, el primer documento de un Papa dedicado al Evangelio del sufrimiento;
- El 11 de febrero de 1985 promulga el *Motu proprio Dolentium Hominum* mediante el que instituye el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, hoy Consejo Pontificio para la Pastoral de la Salud, cuya labor ingente tanto ha contribuido a la expansión y consolidación de la pastoral de la salud en el mundo;
- El 13 de mayo de 1992 instituye la Jornada Mundial del Enfermo y se celebra por primera vez en Lourdes el 11 de febrero de 1993. Cada año el Papa dirige un mensaje a la Iglesia con ocasión de la Jornada.
- El 25 de marzo de 1995 publica la *Evangelium Vitae* en la que defiende la dignidad de la vida e invita a anunciar, celebrar y servir el evangelio de la vida.
- Los encuentros con los enfermos, tanto en Roma como en sus viajes pastorales por el mundo, han sido una ocasión que Juan Pablo II aprovechó para mostrar su cercanía a los que sufren y para decirles a ellos y a quienes les asisten y cuidan palabras de aliento y de gratitud. En mi memoria han quedado el de Zaragoza en su primera visita a España y el de Santiago de Compostela con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud el año 1989, en el que una joven minusválida le dirigió la palabra en nombre de todos los enfermos y minusválidos jóvenes y le entregó un libro que recopilaba sus testimonios y peticiones al Santo Padre.
- Por último, su forma de afrontar y vivir las enfermedades, el deterioro de los años y su

muerte ha sido la lección magistral que ha impactado a enfermos y sanos, cuyos frutos ya estamos viendo muchos en el contacto con los enfermos.

Juan Pablo II, convencido de que el hombre que sufre ha de ser el camino de la Iglesia, invita a ésta a “promover la pastoral de los enfermos”.

Teniendo en cuenta que la enfermedad es una situación que plantea cuestiones esenciales sobre el sentido de la vida, el cuidado de los enfermos ha de ser una de las prioridades *“en una sociedad de la prosperidad y la eficiencia, en una cultura caracterizada por la idolatría del cuerpo, por la supresión del sufrimiento y el dolor y por el mito de la eterna juventud”*¹.

El amor y la devoción de Juan Pablo II a María se refleja con especial intensidad en este campo pastoral. María, “Salud de los enfermos” y experta en el sufrimiento, ejerce su constante y amorosa protección en favor de cuantos viven en el cuerpo y en el espíritu los límites y las heridas de la condición humana². María, Madre del divino Samaritano, ayuda a los que dedican su existencia al servicio de los enfermos a testimoniar la ternura de Dios y a transformarse en iconos vivos de su Hijo³ a ser propagadores de la civilización del amor⁴ y a imprimir en el esfuerzo en favor de los más pequeños

la bondad operante, el ejemplo que arrastra y el amor que se da⁵, así como las características maternas de la disponibilidad amorosa y de la inagotable generosidad⁶.

Aportaciones de Juan Pablo II a la pastoral de la salud

En la lectura de los gestos y de los múltiples escritos de Juan Pablo II he descubierto las grandes aportaciones que ha hecho a la acción evangélica y evangelizadora de la Iglesia en el mundo de la salud. Dadas las limitaciones de que dispongo, señalé las diez que considero más relevantes, explicadas y refrendadas por sus palabras.

1. Recuperar en la Iglesia la conciencia de su misión sanante: *Id y curad.*

*“En el correr de los siglos, la Iglesia ha sido muy sensible al ministerio para con los enfermos y los que sufren, como parte integrante de su misión, y no sólo ha favorecido entre los cristianos la floración de diversas obras de misericordia, sino que ha hecho surgir de su seno muchas instituciones religiosas con la finalidad específica de promover, organizar, perfeccionar y extender la asistencia a los enfermos y a los débiles. A su vez, los misioneros, al realizar la tarea de evangelización, asociaron constantemente la predicación de la Buena Nueva con la asistencia y el cuidado a los enfermos”*⁷.

“Es necesario que esta preciosísima herencia, que la Iglesia ha recibido de Jesucristo «médico de la carne y del espíritu», no sólo no disminuya

1- Ecclesia in Europa, 88.

2- Mensaje de la Jornada Mundial del Enfermo. 2000.

3- Mensaje de la Jornada Mundial del Enfermo. 2001.

4- Mensaje de la Jornada Mundial del Enfermo. 2000.

5- Conferencia Internacional del Vaticano. 1994.

6- Conferencia Internacional del Vaticano. 1995.

7- Dolentium Hominum, 1.

jamás, sino que sea valorada y enriquecida cada vez más mediante una recuperación y un decidido relanzamiento de la acción pastoral para y con los enfermos y los que sufren.

Ha de ser una acción capaz de sostener y de promover atención, cercanía, presencia, escucha, diálogo, participación y ayuda concreta para con el hombre, en momentos en los que la enfermedad y el sufrimiento ponen a dura prueba. no sólo su confianza en la vida, sino también su misma fe en Dios y en su amor de Padre. Este relanzamiento pastoral tiene su expresión más significativa en la celebración sacramental con y para los enfermos, como fortaleza en el dolor y en la debilidad, como esperanza en la desesperación, como lugar de encuentro y de fiesta”⁸.

2. Evangelizar la cultura de la salud ofreciendo una visión de la salud fiel a los valores evangélicos.

“La visión cristiana del hombre contrasta con una noción de salud reducida a pura vitalidad exuberante, satisfecha de la propia eficiencia física y absolutamente cerrada a toda consideración positiva del sufrimiento. Dicha visión, descuidando las dimensiones espirituales y sociales de la persona, termina por perjudicar su verdadero bien.

Precisamente porque la salud no se limita a la perfección biológica,

También la vida
vivida en el sufrimiento
ofrece espacios
de crecimiento
y autorrealización,

y abre el camino al
descubrimiento
de nuevos valores.

Esta visión de la salud se presenta como aspiración a una armonía más plena y a un sano equilibrio físico, psíquico, espiritual y social. Desde esta perspectiva, la persona misma está llamada a movilizar todas las energías disponibles para realizar su propia vocación y el bien de los demás”⁹.

3. Educar para vivir y para ayudar a vivir el sufrimiento y la muerte

“La labor educativa debe tener en cuenta el sufrimiento y la muerte. Forman parte de la experiencia humana, y es vano, además de equivocado, tratar de ocultarlos o descartarlos. Al contrario, se debe ayudar a cada uno a comprender, en la realidad concreta y difícil, su misterio profundo.

El dolor y el sufrimiento
tienen también un sentido
y un valor, cuando se viven
en estrecha relación con el
amor recibido y entregado.

En este sentido he querido que se celebre cada año la Jornada Mundial del Enfermo, destacando “el carácter salvífico del ofrecimiento del sacrificio que, vivido en comunión con Cristo, pertenece a la esencia misma de la redención”. Por otra parte, incluso la muerte es algo más que una aventura sin

8- Christifideles laici, 54.

9- Mensaje de la Jornada Mundial del Enfermo. 2000.

esperanza: es la puerta de la existencia que se proyecta hacia la eternidad y, para quienes la viven en Cristo, es experiencia de participación en su misterio de muerte y resurrección¹⁰.

“La familia, la escuela, las demás instituciones educativas, aunque sólo sea por motivos humanitarios, deben trabajar con perseverancia para despertar y afinar esa sensibilidad hacia el prójimo y su sufrimiento, del que es un símbolo la figura del samaritano evangélico. La Iglesia, obviamente, debe hacer lo mismo, profundizando aún más intensamente -dentro de lo posible- en los motivos que Cristo ha recogido en su parábola y en todo el Evangelio. La elocuencia de la parábola del buen samaritano, como también la de todo el Evangelio, es concretamente ésta: el hombre debe sentirse llamado personalmente a testimoniar el amor en el sufrimiento”¹¹.

4. Acompañar y ayudar al enfermo a vivir como experiencia de gracia el sufrimiento, la enfermedad y la muerte

El hombre está llamado a la alegría y a la vida feliz, pero experimenta diariamente muchas formas de dolor. El dolor es un misterio, muchas veces inescrutable para la razón. Forma parte del misterio de la persona humana, que sólo se esclarece en Jesucristo, que es quien revela al hombre su propia identidad.

– *“El sufrimiento no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior, sino interior. Casi siempre cada uno entra en el sufrimiento con una protesta típicamente humana y con la pregunta del 'porqué'... Cristo no responde directamente ni en abstracto.. sino que ante todo dice: 'Sígueme'... A medida que el hombre toma su cruz; uniéndose espiritualmente a la cruz de Cristo, se revela ante él el sentido salvífico del sufrimiento. El hombre no descubre este*

sentido a nivel humano, sino a nivel del sufrimiento de Cristo. Pero al mismo tiempo, de este nivel de Cristo aquel sentido salvífico del sufrimiento desciende al nivel humano y se hace, en cierto modo, su respuesta personal. Entonces el hombre encuentra en su sufrimiento la paz interior e incluso la alegría espiritual”¹².

– Por eso, Juan Pablo II no cesa de invitar a los enfermos a encontrar el sentido a su dolor: *“Vosotros que vivís bajo la prueba, que os enfrentáis con el problema de la limitación, del dolor y de la soledad interior frente a él, no dejéis de dar un sentido a esa situación. En la cruz de Cristo, en la unión redentora con El, en el aparente fracaso del Hombre justo que sufre y que con su sacrificio salva a la humanidad, en el valor de eternidad de ese sufrimiento está la respuesta. Mirad hacia El, hacia la Iglesia y el mundo, y elevad vuestro dolor, completando con él, hoy, el misterio salvador de su cruz”¹³.*

– Señala el amor como la respuesta más plena al sentido: *“El amor es la fuente más rica sobre el sentido del sufrimiento, que es siempre un misterio; somos conscientes de la insuficiencia e inadecuación de nuestras explicaciones. Cristo nos hace entrar en el misterio y nos hace descubrir el 'porqué' del sufrimiento en cuanto somos capaces de comprender la sublimación del amor divino...El Amor es también la fuente más plena de la respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento”¹⁴.*

– Invita a mirar al Resucitado: *“Como ha manifestado un minusválido en su intervención en el aula sinodal, «es de gran importancia aclarar el hecho de que los cristianos que viven en situaciones de enfermedad, de dolor y de vejez, no están invitados por Dios solamente a unir su dolor a la Pasión de Cristo, sino también a*

10- Evangelium vitae, 97.

11- Salvifici doloris, 29.

12- Salvifici doloris, 26.

13- Encuentro con los enfermos en Zaragoza 1982.

14- Salvifici doloris, 13.

**Acoger ya ahora
en sí mismos y a
transmitir a los demás
la fuerza de la renovación
y la alegría de Cristo
resucitado**¹⁵.

– Y clarifica que *“la revelación por parte de Cristo del sentido salvífico del sufrimiento no se identifica de ningún modo con una actitud de pasividad. Es todo lo contrario.*

**El Evangelio es
la negación de
la pasividad ante
el sufrimiento.**

*El mismo Cristo, en este aspecto, es sobre todo activo. En el programa mesiánico de Cristo, que es a la vez el programa del reino de Dios, el sufrimiento está presente en el mundo para provocar amor, para hacer nacer obras de amor al prójimo, para transformar toda la civilización humana en la 'civilización del amor'*¹⁶.

Las palabras del Cardenal Ratzinger, en su homilía de misa de exequias, resumen la forma de ver y de vivir Juan Pablo el sufrimiento: *“Ha interpretado para nosotros el misterio pascual como misterio de la divina misericordia. Reflexionando sobre el atentado (el Santo padre) dice*

*‘Cristo, sufriendo por todos nosotros, ha conferido un nuevo sentido al sufrimiento; lo ha introducido en una nueva dimensión, en un nuevo orden: el del amor... Es el sufrimiento que quema y consume el mal con la llama del amor y obtiene también del pecado un multiforme florecimiento de bien. Animado por esta visión, el Papa ha sufrido y amado en comunión con Cristo, y por eso, el mensaje de su sufrimiento y de su silencio ha sido tan elocuente y fecundo’*¹⁷.

5. Promover una atención humana y una asistencia integral al enfermo

*“La enfermedad y el dolor son fenómenos que, si se profundiza en ellos, siempre plantean interrogantes que trascienden el campo de la medicina y afectan a la esencia de la condición humana en este mundo. Por lo cual, fácilmente se entiende la importancia que tiene en los mismos servicios sociales a los enfermos, no sólo la presencia de los Pastores de almas, sino también la de los agentes sanitarios, que deben guiarse por una visión integralmente humana de la enfermedad y, por lo mismo, han de saber entablar una relación plenamente humana con el hombre enfermo y que sufre”*¹⁸.

“Salir al encuentro del enfermo significa pues salir al encuentro de la persona doliente y no limitarse a tratar un cuerpo enfermo. Por ello a los agentes sanitarios se les exige una dedicación que posea las características de una vocación.

La experiencia os enseña que la demanda de los enfermos va más allá de la mera petición de sanar de las patologías orgánicas en curso. Ellos esperan del médico el apoyo necesario para afrontar el inquietante misterio del dolor y de la muerte. Dar a los enfermos y a sus familiares razones de esperanza ante los urgentes interrogantes que los apremian: ésta es vuestra misión. La Iglesia está a

15- Christífideles laici, 53.

16- Salvifici doloris, 30.

17- Ecclesia nº 3253, 16 de abril de 2005.

18- Dolentium Hominum, 2.

vuestro lado y comparte con vosotros tan apasionante servicio a la vida”¹⁹.

“La medicina debe hacer de quien la ejerce, en todos los niveles, un experto de gran sensibilidad humana. En el plano social la humanización se traduce en el compromiso de mejorar estructuras inadecuadas, de eliminar las causas de tantas enfermedades, a favorecer la justa distribución de los recursos sanitarios, de hacer que la política sanitaria en el mundo tenga como fin solamente el bien de la persona humana”²⁰ (2 CI).

6. Considerar al enfermo como miembro activo y responsable de la obra de evangelización y de salvación

“Uno de los objetivos fundamentales -dice Juan Pablo II- de la pastoral de la salud es considerar al enfermo, al minusválido, al que sufre, no simplemente como término del amor y del servicio de la Iglesia, sino más bien como miembro activo y responsable de la obra de evangelización y de salvación”²¹.

Convencido de ello, Juan Pablo, llama a los enfermos a ser más conscientes y responsables de su lugar y su tarea en la Iglesia y les invita a desempeñarla: *“A vosotros, queridos hermanos y hermanas que sufrís en el cuerpo o en el espíritu, os deseo de corazón que sepáis reconocer y acoger al Señor que os llama a ser testigos del Evangelio del sufrimiento, contemplando con confianza y amor el Rostro de Cristo crucificado y uniendo vuestros sufrimientos a los suyos”²².*

“Vosotros sois para nosotros una constante lección, que nos invita a relativizar tantos valores y formas de vida.

Para vivir mejor los valores del Evangelio y desarrollar la solidaridad, la bondad, la ayuda, el amor. Por eso no consideréis inútil vuestro estado, que tiene para la Iglesia y para el mundo de hoy un gran sentido humanizante, evangelizador, expiatorio e impetratorio. Sobre todo si vosotros mismos adoptáis una actitud abierta, creadora dentro de lo posible y positiva, ante la acción de la gracia que actúa en vuestro espíritu”²³. “Vosotros (jóvenes enfermos y minusválidos), mis queridos amigos en el dolor, a través del sufrimiento descubriréis más fácilmente, y nos enseñaréis a los demás, a descubrir a Jesucristo ‘Camino, Verdad y Vida’. Mirad al Señor, Varón de dolores.”²⁴. “Vosotros (enfermos de SIDA) podéis ofrecer, en cambio, algo muy significativo a la comunidad de la que formáis parte. El esfuerzo que hacéis por dar un significado a vuestro sufrimiento es para todos un valioso llamamiento a los valores más altos de la vida y una ayuda quizás determinante para cuantos están tentados por la desesperación”²⁵.

Juan Pablo II invita a las comunidades cristianas y a la sociedad a integrar a los enfermos y a contar con ellos como miembros activos y plenos:

19- Conferencia Internacional del Vaticano. 2000.

20- Conferencia Internacional del Vaticano. 2001.

21- Christifideles laici, 54.

22- Mensaje de la Jornada Mundial del Enfermo. 2003.

23- Encuentro con los enfermos en Zaragoza 1982.

24- Encuentro con los enfermos y minusválidos jóvenes. Santiago 1989.

25- Conferencia Internacional del Vaticano sobre el SIDA.

“Hace falta actuar de forma que ellos mismos (los minusválidos) puedan sentirse acogidos con pleno derecho en la comunidad civil, siéndoles concedida la oportunidad efectiva de desarrollar un papel activo en la familia, en la sociedad y en la Iglesia. Se pide, en este sentido, una contribución especial a la familia, al Estado y a la Iglesia a fin de que la cultura de la solidaridad se desarrolle y para que las personas que sufren de handicap puedan ser auténticos y libres protagonistas de su existencia”²⁶. “Hoy os hago una llamada urgente: No olvidéis a los enfermos ni a las personas de edad. No los releguéis al margen de la sociedad. Si así lo hicierais, es que ignoráis lo que significan. Ellos nos enseñan que la debilidad es una parte creativa de la vida humana y que el sufrimiento puede ser aceptado sin que se pierda la dignidad”²⁷. Los enfermos nos muestran el rostro de Cristo y son una llamada al amor servicial y desinteresado: “El sufrimiento, que bajo tantas formas diversas está presente en el mundo humano, está también presente para irradiar el amor al hombre, precisamente ese desinteresado don del propio 'yo' en favor de los demás hombres, de los hombres que sufren. Podría decirse que el mundo del sufrimiento humano invoca sin pausa otro mundo: el del amor humano”²⁸.

7. Estar junto a los enfermos más necesitados

Juan Pablo II ha mostrado una gran sensibilidad hacia los enfermos más necesitados. Y ha querido una Iglesia cercana y solidaria con ellos. *“La opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los que sufren en el cuerpo y en el espíritu asumirá, en este último tramo del segundo milenio de la era cristiana, el carácter de un camino de auténtica conversión al Evangelio”²⁹.*

Ha denunciado ante el mundo su situación: *“La Iglesia no puede callarse ante los 800 millones de personas obligadas a sobrevivir en condiciones de miseria, desnutrición, hambre y salud precaria. Demasiadas personas, sobre todo en los países pobres, sufren enfermedades que pueden prevenirse y curarse”³⁰.*

“No podemos asistir inertes ante una situación en la que enteras poblaciones sufren por males que la ciencia médica es capaz ya de afrontar y vencer.

Los Países ricos no deben, por tanto, olvidarse de los Países menos afortunados en los que, a causa de la elevada población, sólo se garantiza a pocos una idónea asistencia. Las grandes industrias farmacéuticas, a través de una política humanitaria de los Países respectivos, deberían a portar a esos Países aquellos medicamentos, dolorosamente llamados “huérfanos”, que, innecesarios allí donde es mayor el bienestar, pueden ser decisivos en amplísimas zonas del mundo”³¹.

Ha dirigido apremiantes llamadas *“para que se trabaje por favorecer el necesario desarrollo de los servicios sanitarios en los países, todavía numerosos,*

26- Conferencia Internacional del Vaticano sobre los minusválidos. 1992.

27- Encuentro con los enfermos en Londres 1982.

28- Salvifici doloris, 29.

29- Mensaje de la Jornada Mundial del Enfermo. 1999.

30- XII Conferencia Internacional del Vaticano. 1997.

31- Conferencia Internacional del Vaticano. 1988.

que no pueden ofrecer a sus habitantes unas condiciones de vida dignas y una tutela adecuada de la salud. Asimismo, espero que las innumerables potencialidades de la medicina moderna se pongan al servicio efectivo del hombre y se apliquen con pleno respeto de su dignidad”³². “Que en vuestras opciones -dice a las religiosas sanitarias- ocupe siempre un lugar privilegiado la atención a los enfermos más abandonados. Que vuestra mirada y vuestra acción se extiendan generosamente a los países del Tercer Mundo, faltos de los más elementales recursos para hacer frente a la enfermedad y promover la salud”³³.

Ha expresado su gratitud y su aliento a quienes se dedican a los enfermos más necesitados: “Pienso con particular afecto en los innumerables religiosos y religiosas que en hospitales y en centros sanitarios «de frontera», juntamente con un número cada

vez mayor de laicos y laicas, están escribiendo páginas admirables de caridad evangélica. Deseo recordar, asimismo, a las numerosas organizaciones no gubernamentales que han surgido en estos últimos tiempos para socorrer a los más desfavorecidos en el campo de la salud”³⁴.

8. Atender y apoyar a la familia de los enfermos

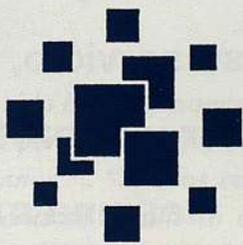
“La familia es el santuario del amor y de la comprensión, está llamada a compartir más que ninguna otra instancia, la condición de los más débiles, a descubrir su papel determinante en la formación del minusválido, para su recuperación física y espiritual y para su inserción social real”³⁵.

32- Mensaje de la Jornada Mundial del Enfermo. 2001.

33- Congreso de religiosas enfermeras. Roma 1998.

34- Mensaje de la Jornada Mundial del Enfermo. 2001.

35- Conferencia Internacional del Vaticano. 1992.



agefred

Una compañía de

Dalkia

**Mantenimiento Multitécnico
Gestión Técnica de la Energía
Instalaciones**

Escultor Canet, 35-37 08028 Barcelona
Tel. 933 340 800 Fax. 933 345 037
E-mail: agefred@agefred.es

**“Es necesario
un empeño
pastoral generoso,
inteligente y prudente
hacia las familias
que pasan por
situaciones difíciles.**

Estas son, por ejemplo, las familias con hijos minusválidos o drogadictos, las familias de los alcoholizados, los ancianos, la dolorosa experiencia de la viudez, de la muerte de un familiar, que transforma en profundidad el núcleo original de la familia”³⁶.

9. Realizar todos la misión evangelizadora en el mundo de la salud en comunión y corresponsabilidad.

“En el momento más verdadero y auténtico del confrontarse del hombre consigo mismo es muy importante la presencia de agentes sanitarios formados, que sean guiados por una visión integralmente humana de la enfermedad y sepan realizar, en consecuencia, un acercamiento cumplidamente humano al enfermo que sufre”³⁷.

“Para dar una eficacia mayor a la pastoral entre los enfermos, es necesario que toda la comunidad cristiana se sienta llamada a colaborar en esa tarea. Ahí tienen su puesto los miembros de los organismos eclesiales o religiosos, asociaciones y movimientos seculares católicos; ahí tienen su lugar las parroquias, llamadas a impulsar grupos específicos de apostolado y de voluntariado de

ayuda a los enfermos. Así la comunidad cristiana hará presente en nuestra sociedad crecientemente secularizada el amor cristiano”³⁸.

“Este campo privilegiado de apostolado concierne a todas las Iglesias particulares. Es necesario, pues, que cada Conferencia Episcopal, por medio de organismos apropiados, se esfuerce en promover, orientar y coordinar la Pastoral de la Salud, para fomentar en todo el Pueblo de Dios la atención y disponibilidad respecto al complejo mundo del dolor”³⁹.

**“El Buen Samaritano
es modelo de los
deberes y de las
tareas de los agentes
sanitarios... y reafirma
que su servicio, antes
de ser una profesión
es una misión,**

sostenida por la creciente conciencia de solidaridad existente entre los seres humanos. Esta conciencia se refuerza y estimula por la fe, de la cual os exhorto a dar generoso testimonio, cuales heraldos de confianza y de esperanza en el hombre, llamado por Dios a realizarse en la gratuidad”⁴⁰.

“A los agentes sanitarios -médicos, farmacéuticos,

36- Familiaris consortio, 85.

37- Dolentium Hominum, 2.

38- Encuentro con los enfermos en Zaragoza. 1982.

39- Mensaje Jornada Mundial del Enfermo 2001.

40- Conferencia Internacional del Vaticano 1995.

enfermeros, capellanes, religiosos y religiosas, administradores y voluntarios-, llamados por vocación y profesión a ser custodios y servidores de la vida humana, les señalo una vez más el ejemplo de Cristo: enviado por el Padre como prueba suprema de su infinito amor, enseñó al hombre "a hacer bien con el sufrimiento y a hacer bien a quien sufre", desvelando, hasta el fondo, "bajo este doble aspecto, el sentido del sufrimiento"... .

**Estad abiertos
a la colaboración
de todos, ya que el
tema de la vida
y de su defensa y
promoción no es
prerrogativa única
de los cristianos.**

*En la vida hay seguramente un valor sagrado y religioso, pero de ningún modo interpela sólo a los cristianos*⁴¹. "Sentíos colaboradores de Dios, que en Jesús se manifestó como "médico de las almas y de los cuerpos", de modo que lleguéis a ser anunciadores concretos del evangelio de la vida"⁴².

*"Que los enfermos que asistís puedan advertir en vosotros la cercanía de Jesús, la presencia vigilante y materna de la Virgen. Estad cerca de los últimos y de los más abandonados. Sed testigos del amor de la Iglesia a los que padecen y de su predilección por los más probados por el mal"*⁴³.

10. Ofrecer su orientación ética.

"El mundo de la salud "plantea cuestiones ineludibles y delicadas, que afectan no sólo al aspecto social e institucional, sino también a la índole ética y religiosa, ya que se ven implicados fundamentales sucesos "humanos", como son el dolor mismo y la enfermedad, así como la muerte unida a los interrogantes sobre la función de la medicina y la misión del médico en relación con los enfermos..

**Las nuevas metas,
pues, que ha abierto
el progreso de las
ciencias y sus posibles
aplicaciones técnicas
y terapéuticas, tocan
los ámbitos más
delicados de la vida
en sus mismas fuentes
y en su significado
más profundo"**⁴⁴.

"Estas alteraciones profundas han cambiado el rostro del mundo del dolor y de la salud, y exigen

41- Mensaje Jornada Mundial del Enfermo 1999.

42- XII Conferencia Internacional del Vaticano. 1997.

43- Conferencia Internacional del Vaticano. 1989.

44- Dolentium Hominum, 2.

45- Congreso de religiosas enfermeras. Roma 1998.

una respuesta cristiana nueva. ¿Cómo armonizar imperativos técnicos e imperativos éticos? ¿Cómo superar victoriosamente la tendencia a la indiferencia, la ausencia de compasión, la falta de respeto y de valoración de la vida en todas sus fases? ¿Cómo promover una salud digna del hombre? ¿Cómo asegurar una presencia cristiana que, colaborando con los componentes válidos que ya están presentes en la sociedad, contribuya a empapar de valores evangélicos -y por ende auténticamente humanos- el mundo del dolor y de la salud, privilegiando la tutela y el apoyo a los pequeños y a los pobres? Estos interrogantes son la expresión de otros tantos retos a los que también vosotras, junto con toda la comunidad eclesial, estáis llamadas a responder”⁴⁵.

El Pontificio Consejo -que tiene la función de defender y difundir las enseñanzas de la Iglesia en materia de sanidad, y fomentar su penetración en la práctica por parte de los agentes sanitarios;⁴⁶ -ha redactado y publicado la Carta de los Agentes Sanitarios, que constituye una síntesis del Magisterio de la Iglesia a través de la cual se favorece la reflexión y el diálogo -entre creyentes y no creyentes, así como entre creyentes de diferentes religiones- sobre problemas éticos, incluso fundamentales, que afectan a la vida del hombre.

Juan Pablo II ha enriquecido la presencia de la Iglesia en el mundo de la salud. Nos deja una valiosa herencia. La pastoral de la salud tiene el reto de llevarla a la práctica. Su ejemplo será un estímulo y su intercesión una gran ayuda.

Para terminar, deseo expresar por escrito una vez más mi gratitud a Juan Pablo II, como ya lo hice de palabra en su visita a la Conferencia Episcopal Española (1982 y 1993) y en las audiencias durante las Conferencias Internacionales del Vaticano y las Asambleas del Pontificio Consejo en las que participé como Consultor del mismo desde 1991 en que fui nombrado por él. En el álbum de mi memoria guardo el recuerdo de la audiencia del año 1997 en la Sala Clementina. Había hablado yo en la Conferencia Internacional sobre Vivir sanamente el sufrimiento y la muerte, por lo que me colocaron en la primera fila. Fui el último que le saludó antes de dirigirse a la silla desde la que pronunciaría su discurso. Tenía dificultad para girar. Necesitaba un apoyo. Lo encontró en mi mano temblorosa. Y me sentí muy feliz.

4.6

46- Dolentium Hominum,

Biografía del nuevo Papa Benedicto XVI*.

Queremos cerrar este número de Labor Hospitalaria, ofreciendo una breve biografía del nuevo Papa Benedicto XVI, sucesor de Juan Pablo II. El hasta entonces Cardenal Joseph Ratzinger, fue elegido Papa de la Iglesia Católica el día 19 de Abril de 2005.

Al igual que hicimos al inicio de este número, sólo queremos ofrecer unos rasgos mínimos y esenciales, pero que nos ayuden a conocer al nuevo Pastor de la Iglesia, a quien está llamado a servir para ofrecer y testimoniar al mundo y al hombre de hoy, especialmente al que sufre y está necesitado, el mensaje liberador y salvador del Evangelio. En el inicio de su pontificado, todos suplicamos al Espíritu Santo para que ilumine y asista al nuevo Papa y a toda la Iglesia en esta misión permanente que el Señor le confía, para dar respuestas acertadas a tantos desafíos que la propia Iglesia, la sociedad y el hombre de hoy plantean.

Deseamos asimismo, que siguiendo las huellas de Juan Pablo II, sea un pontificado fructífero para la pastoral de la salud, atento y sensible al sufrimiento, la enfermedad y las personas necesitadas de nuestro mundo. Unidos al Papa, toda la Iglesia hacemos votos para que así sea, asumiendo el compromiso que cada uno tenemos como miembros del Pueblo de Dios, asistidos por su Espíritu y enviados a ser evangelizadores en nuestro mundo. ▶

El cardenal **Joseph Ratzinger, Papa Benedicto XVI**, nació en Marktl am Inn, diócesis de Passau (Alemania), el 16 de abril de 1927 (Sábado Santo) y fue bautizado ese mismo día. Su padre, comisario de gendarmería, provenía de una antigua familia de agricultores de la Baja Baviera, de condiciones económicas más bien modestas. Su madre era hija de artesanos de Rimsting, en el lago Chiem, y antes de casarse trabajó de cocinera en varios hoteles.

Pasó su infancia y su adolescencia en Traunstein, una pequeña localidad cerca de la frontera con Austria, a treinta kilómetros de Salzburgo. En ese marco, que él mismo ha definido “mozartiano”, recibió su formación cristiana, humana y cultural.

El periodo de su juventud no fue fácil. La fe y la educación de su familia lo prepararon para afrontar la dura experiencia de esos tiempos, en los que el régimen nazi mantenía un clima de fuerte hostilidad contra la Iglesia católica. El joven Joseph vio cómo los nazis golpeaban al párroco antes de la celebración de la santa misa.

Precisamente en esa compleja situación, descubrió la belleza y la verdad de la fe en Cristo; para ello fue fundamental la actitud de su familia, que siempre dio un claro testimonio de bondad y esperanza, arraigada en la pertenencia consciente a la Iglesia.

En los últimos meses de la segunda guerra mundial fue enrolado en los servicios auxiliares antiaéreos.

De 1946 a 1951 estudió filosofía y teología en la Escuela Superior de Filosofía y Teología de Freising y en la universidad de Munich. Recibió la ordenación sacerdotal el 29 de junio de 1951. Un año después, inició su actividad de profesor de la Escuela superior de Freising. En el año 1953 se doctoró en teología con la tesis: “Pueblo y casa de Dios en la doctrina de la Iglesia de san Agustín”.

Cuatro años más tarde, bajo la dirección del conocido profesor de teología fundamental Gottlieb Söhngen, obtuvo la habilitación para la

enseñanza con una disertación sobre: “La teología de la historia de san Buenaventura”. Tras ejercer el cargo de profesor de teología dogmática y fundamental en la Escuela Superior de Filosofía y Teología de Freising, prosiguió su actividad de enseñanza en Bonn, de 1959 a 1963; en Münster, de 1966 a 1969. En este último año pasó a ser catedrático de dogmática e historia del dogma en la Universidad de Ratisbona, donde ocupó también el cargo de vicepresidente de la Universidad.

De 1962 a 1965 dio una notable contribución al concilio Vaticano II como “experto”; acudió como consultor teológico del cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia. Su intensa actividad científica lo llevó a desempeñar importantes cargos al servicio de la Conferencia episcopal alemana y en la Comisión teológica internacional.

En 1972, juntamente con Hans Urs von Baltasar, Henri de Lubac y otros grandes teólogos, inició la revista de teología «Communio».

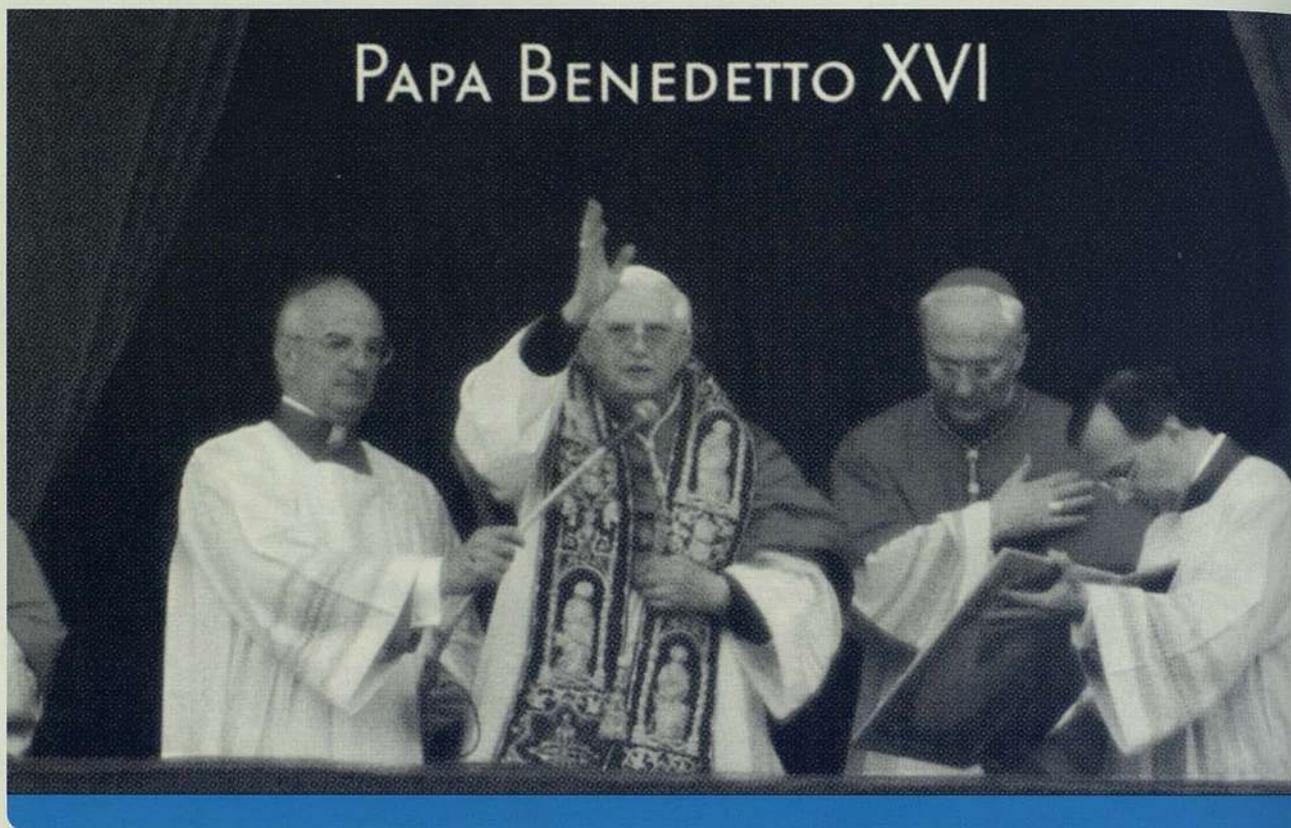
El 24 de marzo de 1977, el **Papa Pablo VI** lo nombró arzobispo de Munich y Freising. El 28 de mayo siguiente recibió la consagración episcopal. Fue el primer sacerdote diocesano, después de 80 años, que asumió el gobierno pastoral de la gran archidiócesis bávara. Escogió como lema episcopal: “Colaborador de la verdad”. Él mismo explicó: “*Por un lado, me parecía que esa era la relación entre mi tarea previa como profesor y mi nueva misión. A pesar de los diferentes modos, lo que estaba en juego y seguía estándolo era seguir la verdad, estar a su servicio. Y, por otro, escogí ese lema porque en el mundo de hoy el tema de la verdad se omite casi totalmente, pues parece algo demasiado grande para el hombre y, sin embargo, todo se desmorona si falta la verdad*”.

Pablo VI lo nombró cardenal, del título presbiteral de Santa María de la Consolación en Tiburtino, en el consistorio del 27 de junio de ese mismo año.

En 1978 participó en el Cónclave, celebrado del 25 al 26 de agosto, que eligió a Juan Pablo I, el



PAPA BENEDETTO XVI



cual lo nombró enviado especial suyo al III Congreso mariológico internacional, celebrado en Guayaquil (Ecuador), del 16 al 24 de septiembre. En el mes de octubre de ese mismo año participó también en el Cónclave que eligió a Juan Pablo II.

Actuó de relator en la V Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos, celebrada en 1980, sobre el tema: “**Misión de la familia cristiana en el mundo contemporáneo**”, y presidente delegado de la VI Asamblea general ordinaria, celebrada en 1983, sobre “**La reconciliación y la penitencia en la misión de la Iglesia**”.

Juan Pablo II lo nombró prefecto de la Congregación para la doctrina de la fe, y presidente de la Pontificia Comisión bíblica y de la Comisión teológica internacional el 25 de noviembre de 1981. El 15 de febrero de 1982 renunció al gobierno pastoral de la arquidiócesis de Munich y Freising. Lo elevó al orden de los obispos, asignándole la sede suburbicaria de Velletri-Segni, el 5 de abril de 1993.

Fue presidente de la comisión para la preparación

del Catecismo de la Iglesia católica, que, después de seis años de trabajo (1986-1992), presentó al Santo Padre el nuevo Catecismo.

El Santo Padre, el 6 de noviembre de 1998, aprobó la elección del cardenal Ratzinger como vicedecano del Colegio cardenalicio, realizada por los cardenales del orden de los obispos. Y el 30 de noviembre de 2002, aprobó su elección como decano; con dicho cargo le fue asignada, además, la sede suburbicaria de Ostia.

En 1999 fue enviado especial del Papa a las celebraciones con ocasión del XII centenario de la creación de la diócesis de Paderborn, Alemania, que tuvieron lugar el 3 de enero.

Desde el 13 de noviembre de 2000 era Académico honorario de la Academia pontificia de ciencias.

En la Curia romana, fue miembro del Consejo de la Secretaría de Estado para las Relaciones con los Estados; de las Congregaciones para las Iglesias orientales, para el culto divino y la disciplina

de los sacramentos, para los obispos, para la evangelización de los pueblos, para la educación católica, para el clero y para las causas de los santos; de los Consejos pontificios para la promoción de la unidad de los cristianos y para la cultura; el Tribunal supremo de la Signatura apostólica; y de las Comisiones pontificias para América Latina, "Ecclesia Dei", para la interpretación auténtica del Código de derecho canónico y para la revisión del Código de derecho canónico oriental.

Entre sus numerosas publicaciones ocupa un lugar destacado el libro: "Introducción al Cristianismo", recopilación de lecciones universitarias publicadas en 1968 sobre la profesión de la fe apostólica; "Dogma y revelación" (1973), antología de ensayos, predicaciones y reflexiones, dedicadas a la pastoral.

Obtuvo gran resonancia el discurso que pronunció ante la Academia católica bávara sobre el tema: "¿Por qué sigo aún en la Iglesia?", en el que, con su habitual claridad, afirmó: "Sólo en la Iglesia es posible ser cristiano y no al lado de la Iglesia".

La serie de sus publicaciones prosiguió abundante en el decurso de los años, constituyendo un punto de referencia para muchas personas, especialmente para los que querían profundizar en el estudio de la teología. En 1985 publicó el libro-entrevista "Informe sobre la fe" y, en 1996, "La sal de la tierra". Asimismo, con ocasión de su 70º cumpleaños, se publicó el libro: "En la escuela de la verdad", en el que varios autores ilustran diversos aspectos de su personalidad y su obra.

Ha recibido numerosos doctorados "honoris causa" por el College of St. Thomas in St. Paul (Minnesota, Estados Unidos), en 1984; por la Universidad católica de Eichstätt, en 1985; por la Universidad católica de Lima, en 1986; por la Universidad católica de Lublin, en 1988; por la Universidad de Navarra (Pamplona - España), en 1998; por la Libre Universidad María Santísima Asunta (LUMSA) Roma, en 1999; por la Facultad de teología de la Universidad de Wroclaw (Polonia) en 2000.

Postgrado en coordinación
y formación del voluntariado
sociosanitario

UNIVERSITAT DE BARCELONA
Sant Joan de Déu
Hospital Sant Joan de Déu
Voluntariado Sant Joan de Déu

Edifici Docent Sant Joan de Déu

secretaría y lugar de realización del curso

Escola de Enfermeria Sant Joan de Déu
C/S. Rosa 39-57
08950 ESPLUGUES DE LLOBREGAT (Barcelona)

web: eui.hsjdben.org
mail: eui@eui.hsjdben.org
tel.: 93 280 09 49

UNIVERSITAT DE BARCELONA
Sant Joan de Déu
Hospital Sant Joan de Déu
Voluntariado Sant Joan de Déu

Fe de Erratas.

Número 275:

- 1.- página 17. En la segunda columna, donde pone Ley 41/2002 del Parlament de Catalunya, debería constar:

Ley 41/2002 básica estatal reguladora de autonomía del paciente y de derechos y obligaciones en materia de información y documentación clínica.

- 2.- página 41. El artículo Instrumento de evaluación para las trayectorias clínicas/críticas, su autora es:

Francisca Pérez Robles

Profesora titular Fundamentos de Enfermería y Jefa de Estudios.

EUI Sant Joan de Déu.

Esplugues de Llobregat (Barcelona)

con la colaboración de:

Dolors Miquel Ruiz

Profesora titular. EUI Sant Joan de Déu

Hermanos
de
San
Juan
de Dios



VISITANOS EN:

www.sanjuandedios.net

Provincia de Aragón—San Rafael

Curia Provincial

C/ Dr. Antoni Pujadas, 40

08830 Sant Boi de Llobregat

Barcelona

Telf. 93 630 30 90

Fax 93 654 36 09

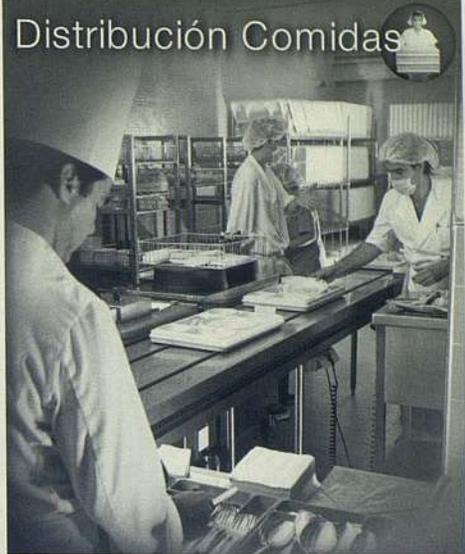
curia@ohsjd.es



Bloque Quirúrgico



Esterilización



Distribución Comidas

Lo cotidiano en un Hospital es vital para muchas personas



Sábado 3:30 de la madrugada.

Una mujer en avanzado estado de gestación es ingresada urgentemente. El parto es inminente.

Con prontitud, es trasladada a la sala de dilatación donde se la prepara convenientemente para su ingreso en el quirófano.

Domingo 8:30 de la mañana. Puntualmente, la paciente toma un apetitoso desayuno. Se siente feliz: todo ha transcurrido como ella deseaba.

Detrás de esta satisfacción, toda una cotidiana y compleja organización ha funcionado de forma perfecta:

- Máxima higiene y asepsia en todo el proceso.

- Máxima seguridad y comodidad en el quirófano.

- Máxima calidad en el servicio de distribución de comidas.

Matachana, líder en el sector, lleva muchos años contribuyendo con sus equipos a que la difícil labor de todos los profesionales de un Hospital sea más eficaz y segura.

En Matachana trabajamos pensando en usted y en sus pacientes. Sabemos que un óptimo funcionamiento se basa en disponer del mejor equipo -tanto humano como técnico- que le garantice una ejecución perfecta de toda la planificación diaria de su Centro Hospitalario.

Matachana aporta soluciones concretas en cada caso con la tecnología de vanguardia que caracteriza a todos sus productos:

- Centrales de esterilización: la más amplia gama de esterilizadores y equipamiento.
- Bloque Quirúrgico: lámparas y mesas de quirófanos con la técnica más avanzada
- Bloque de cocción y Distribución de comidas: sistema centralizado o línea fría/caliente.

Matachana sabe, como Usted, que lo cotidiano en un Hospital es vital para muchas personas

matachana

Web: <http://www.matachana.com>

Central
Almogávares, 174
Tel. 93 486 87 00
Fax. 93 309 86 92
hospitales@matachana.com
E-08018 Barcelona
ESPAÑA

Fábrica
Hierro, 20 - 22
Tel. 93 223 26 28
Fax. 93 223 33 31
E-08038 Barcelona
ESPAÑA

División Exportación
Almogávares, 174
Tel. (+34) 93 300 85 04
Fax (+34) 93 485 43 54
export@matachana.com
E-08018 Barcelona
ESPAÑA

Matachana Argentina
Lincoln, 2572 Villa Maipú
Partido San Martín
Prov. Buenos Aires
Tel/Fax: (+54) 11 47 53 10 47
matachana@arnet.com.ar
ARGENTINA

Matachana France
4, rue Eugène Dupuis
Europarc
Tel. (+33) 01 41 94 17 80
Fax (+33) 01 41 94 17 82
hospitalier@matachana.fr
31000 Toulouse
FRANCIA

Matachana France
6, rue Joseph Bosc
Tel. (+33) 05 61 630396
Fax (+33) 05 61 620664
laboratoires@matachana.fr
31000 Toulouse
FRANCIA

Matachana UK
Unit 5, Selby Business Park
Bawtry Road Selby YO8 8LZ
Tel. +44 (0) 1757 290 999
Fax +44 (0) 1757 291 056
sterilisers@matachana.co.uk
GRAN BRETAÑA

www.sanjuandedios.net

